

Cronología

1 – LA FIESTA – VIERNES 13 DICIEMBRE – Páginas 2 a 22

2 - ENCUENTRO CON DANTE – SABADO 14 DIC. – Páginas 23 a 42

3 - TEMPLANZA – DOMINGO 15 DICIEMBRE – Páginas 43 a 61

**4 - FORTALEZA – LUNES 16 Y MARTES 17 DE DICIEMBRE – Páginas
62 - 82**

5 - JUSTICIA - MIERCOLES 18 DICIEMBRE- Páginas 83 - 99

**6 - PRUDENCIA - JUEVES 19 Y VIERNES 20 DICIEMBRE – Páginas 100 –
120**

**7 - FE, ESPERANZA, AMOR DE CARIDAD - VIERNES 20 DIC. – Pág.
121 - 151**

CAPITULO 1:

LA FIESTA

Pablo miraba el periódico que había en la mesa de la cocina. Era viernes y estaba con la expectativa de aquello que podía ofrecerle un cálido fin de semana de primavera. Observaba con detenimiento los distintos titulares buscando alguna pista sobre lo que podía pasar en aquellas agitadas semanas. Mientras tanto se servía un poco de café americano con leche. Había terminado de leer el periódico. Decidió mirar la televisión un minuto y sintió hambre, revisó la heladera y viendo el pedazo de pizza de la noche anterior, tomó una porción y la comió. Siempre pensó que la pizza tenía mejor sabor al día siguiente.

El café se estaba acabando, lo preparaba tía Graciela porque era la primera en levantarse. Fué inútil seguir tomando más café con leche y ver televisión. Miró el reloj, ya era la hora. Antes de irse pensó que sería mejor revisar su agenda para verificar las citas previstas. Lo esperaba una reunión importante a media tarde y revisó su billetera para confirmar de cuánto dinero disponía. No tenía mucho, unos pocos pesos y algunas monedas. Al llegar tía Graciela a la cocina le preguntó.

-¿Tenés algo de plata para salir del paso?

Graciela llevaba una cartera enorme repleta de cosas, tanto era así que sólo ella podía encontrar algo en todo ese caos. El desorden de su cartera se asemejaba a los desórdenes que finalmente sobrevendrían en el país. El cuadro dantesco la obligó a improvisar. Tres presidentes se sucederían entre sí en pocas semanas.

Se tomó unos minutos buscando la plata.

-Tengo un billete de 100 patacones y 10 lecops - le contestó.

-¿100 patacones?, ¿lecops? , ¿Y eso?

Graciela le mostró.

-¿Pero con esto hago algo?

-Mirá, no sé, pero es lo único que tengo. Ayer me pagó un cliente con esos papeles. Pablo dudó, le parecía una cargada, como si fueran billetes del estanciero o del monopoly, pero después de unos segundos se dijo: “esto es mejor que nada”.

Y Graciela le acotó:

-Acordate de que está circulando cada vez menos efectivo en la calle, ahora tenés esto o la tarjeta de débito. Acostumbrate.

-¿Qué vas a hacer hoy? – le preguntó a Graciela.

-No sé, quizás me quede acá. ¿Sabés que hace unos días quisieron saquear el almacén chino que está cerca de Panamericana?

Pablo la miró con asombro.

-No te puedo creer.

Pablo era una persona de acción pese a los problemas, él sintió que no se podía quedar deprimido. El país y su vida parecían un enorme desorden.

Tomó sus cosas, las carpetas con los nuevos diseños de prendas para la siguiente temporada hechos por Giselle su prima y, en especial, el frente desmontable de su estéreo. Salió de la puerta de su casa ubicada en un elegante barrio de Olivos, que algunos, para darle mas corte, llamaban el barrio Golf y, como todas las mañanas, se despidió primero de sus hermosos y ágiles perros Weimaraner, que siempre cuidaban la entrada de la casa, y luego del

garitero de la esquina, tras lo cual decidió dirigirse hacia su trabajo en la capital.

Se había recibido hacía pocos meses de contador público y manejaba, con sus familiares más próximos, un pequeño emprendimiento textil.

Preocupado verificaba, obsesivamente, no olvidarse de nada, en especial el teléfono celular que lo perdía con bastante frecuencia. No terminaba de aprender a manejar uno que ya tenía que comprar otro, le decía a menudo su tía Graciela.

El sol tibio se filtraba por los plátanos mientras una brisa suave, que movía las hojas, provocaba un armonioso juego de sombras sobre su coche estacionado en la calle. La melodía de los pájaros preanunciaba un hermoso día.

Se subió al Fiat Uno de color blanco, colocó un CD de música para distraerse, arrancó y, bajando las ventanillas, se dispuso a disfrutar lo que le daba esa mañana. Se dirigió hacia la Panamericana, apagó el CD y sintonizó música AM.

Al poco rato empezó a escuchar los comentarios políticos del día. La tensión social crecía cada segundo durante la transmisión del programa, agresividad, odio y desconcierto parecían ser el eje temático de los periodistas y los interlocutores. Las noticias cabalgaban sobre los relatos de los periodistas como jinetes del Apocalipsis.

Era mediados de Diciembre de 2001 y, días antes, el ministro de economía Cavallo, había anunciado el corralito de los ahorros. Mientras conducía por el barrio de Belgrano observaba cómo la gente hacía interminables colas en los Bancos esperando sacar sus magros ahorros o, en todo caso, obtener una

tarjeta de débito para poder ir extrayendo, semanalmente, el dinero depositado.

Pablo se angustió, decidió no escuchar más y apagó el equipo.

Miró el tablero del coche, observó que casi no tenía combustible por lo que decidió cargar nafta. Paró el vehículo y le preguntó a uno de los empleados de la gasolinera si aceptaba patacones.

Le señaló un cartel grande y muy visible y le contestó que sí, pero que tenía que pagar justo, y con un billete de 100 patacones no podía cargar..., le preguntó después si aceptaba lecops y le dijo que eso no, ni tampoco los bonos federales de Entre Ríos, ya un cliente había generado una discusión que casi termina a los golpes. Entonces juntó las monedas y billetes que tenía con los que apenas pudo cargar unos pocos litros de combustible.

El empleado lo miró mientras le aclaraba:

-No te preocupes pibe, no sos el único que tiene guita y que no dispone ni de un peso para vivir.

Pablo recibió una llamada de Gino, uno de sus amigos de la facultad que se había recibido hacía pocos días. Escuchó que lo invitaba a una reunión esa misma noche, en su departamento del distinguido barrio de Belgrano. El departamento se encontraba cerca del Paseo del Ángel, un conocido lugar de encuentro para ellos. El ágape era con motivo de su flamante título universitario. Se despidieron por teléfono y Pablo siguió viaje.

Esa noche volvió del trabajo como de costumbre y se encontró con Graciela y Giselle que estaban cenando. Ellas lo convidaron.

-Tengo una fiesta, tía – se excusó él.

-¿Volvés temprano?

-No sé, ni idea, cualquier cosa te llamo.

-Tené cuidado - añadió Giselle.

Giselle era una joven que prometía. Era diseñadora de indumentaria, de baja estatura, simpática y de una personalidad muy despierta, además de coqueta. Le gustaban los piercing, en especial, uno que tenía al costado de la nariz y los llamativos peinados que se hacía con su pelo castaño, crespo y ondulado. Trabajaba con Pablo en la empresa y era muy compañera de él.

Pablo se preparó para ir a la reunión, se despidió de ellas y se subió al vehículo. En barrancas de Belgrano paró frente a la barrera donde un chico se acercó para limpiarle el parabrisas y de paso rogarle alguna moneda. Tanteó los bolsillos y sólo tenía un patacón y se lo dió. Entonces el pibe le gritó a otro:

- Mirá....tengo un patacón...y siguió su viaje.

Al llegar estacionó el vehículo en la vereda de enfrente del departamento, movió frenéticamente las manos sobre sus bolsillos verificando no olvidarse de nada, pensó en aquel momento lo que Giselle le solía decir: “estás obsesivo”.

Pero después reflexionó y le adjudicó ese problema a que tenía, en esos días, demasiadas preocupaciones.

Tocó timbre en el departamento, lo atendieron por el portero y subió.

Lo recibió Gino, un muchacho de origen ítaloperuano que se había radicado en Buenos Aires para estudiar. Se abrazaron y lo felicitó por su logro. El departamento estaba lleno de invitados, Pablo reconoció a algunos de ellos que permanecían en la entrada, no eran precisamente amigos, sino caras conocidas y pensó que no era muy conveniente mostrar descortesía.

Su grupo de viejos compañeros se encontraban en el living y estaban todos sentados en los sillones. No había ningún lugar vacío. El espacio era amplio y luminoso. El frente daba a la calle provisto de un hermoso balcón. Desde lejos

los llamó y algunos lo saludaron haciéndole señas para que se acercara. Vio a varias de las chicas fumando como chimeneas y, como él detestaba el humo del cigarrillo, prefirió evitar el tumulto y se dirigió a la cocina que era contigua al living.

Había amplios canastos de embalaje, lo miró a Gino y le preguntó del porqué de la presunta mudanza. Le contestó que era el último hermano en recibirse y que ya no tenía sentido seguir viviendo en Buenos Aires. La multinacional italiana, para la cual trabajaba su padre, le había ofrecido un trabajo en Módena.

En la cocina, sobre una amplia mesa, estaban las bebidas y los vasos de plástico. Las bolsas de papas fritas y maníes se encontraban en forma desordenada sobre cada rincón de la cocina y era frecuente sentir el típico sonido de las papas cuando son pisadas.

Se encontró con su viejo amigo Nicolás y se pusieron a comentar sobre los días en que eran estudiantes de los primeros años de la carrera.

Él solía cargarlo a Pablo por el modo en que se había recibido.

-Te llevás siempre los exámenes a febrero y te la tenés que pasar todo el verano estudiando, pero este año te pusiste las pilas y aprobaste al toque todas las materias, sos un fenómeno - le acotaba.

Se podía observar una típica fiesta de jóvenes talentosos y de buen pasar económico, algo preocupados por la crisis que atravesaba el país, pero con el optimismo propio de la edad.

Mientras hablaban se dirigieron al lugar donde se encontraba la cerveza, alternando la charla con la bebida y los sanguchitos de miga. Al rato Nicolás giró la cabeza hacia la entrada y aclaró:

-Mirá llegó Helena y su grupito de amigas.

Hacía tiempo que Pablo sentía un fuerte deseo de estar con ella pero sabía que no era correspondido.

Ella era la típica joven de Barrio Norte, de mediana estatura, elegante, refinada, de pelo castaño y lacio, cejas finas, hermosos ojos marrones, nariz ancha, busto turgente, cara y pómulos redondos. Tenía por sobre todo una llamativa y armoniosa sonrisa que hacía juego con sus dientes grandes y blancos como el mármol.

No era una mujer muy delgada, pero insinuaba interesantes curvas.

Ella era, fundamentalmente, una persona intuitiva y con un intelecto sumamente desarrollado. Su carrera como estudiante, marcada por el esfuerzo y el éxito la convertía, en última instancia, en una mujer segura de sí misma, aunque algo presumida, superficial y vanidosa.

Parecía una diosa griega, como Afrodita, la hija de Zeus. Era en definitiva una joven que, con su belleza y su personalidad, inspiraba el amor que los antiguos filósofos griegos mencionaban.

Le gustaba usar un enorme crucifijo estilo Madonna y pollera con medias negras, bien opacas, para que se le notaran sus elegantes y formadas piernas. Alternaba su vida capitalina con algún country durante los fines de semana, que Pablo ignoraba. Se habían conocido en la Universidad.

-Quizás ésta sea la última fiesta de graduación, si hay problemas en los próximos meses, nadie va a querer hacer otra.

-Por eso, - añadió Nicolás - si querés hablar con Helena para arreglar algo, mejor que sea ahora.

Pablo se sintió triste pensando que quizás esa fuera la última vez que la vería, ella siempre le había esquivado cualquier charla.

Helena se acercó sola para tomar unos vasos sobre la mesa en la que estaban apoyados los chicos y Pablo la saludó:

-Hola Helena.

-¿Hola que tal? - le contestó fríamente y mirándolo de costado.

-¿Querés tomar algo con nosotros?

-No, mirá no me molestes, estoy con mis amigas - y sin dar más explicaciones con esa contestación seca, se fue.

-Es una chica muy linda Helena, pero tiene su carácter, qué le vas a hacer - le dijo Nicolás - la mina no tiene onda con vos, sacátela de la cabeza.

Con esa contestación Pablo se puso muy triste, ya que tenía una personalidad tímida e insegura.

Al rato se acercó Miguel, otro viejo compañero de estudios con una chica.

- Les presento a una amiga, se llama Alexandra - les informó.

Ella sonrió amablemente y les dio un beso en la mejilla. Su semblante fue para los chicos como un Sol en medio de la noche. Se notaba que era rubia natural, de rasgos nórdicos, delgada, de mediana estatura, poco busto y penetrantes ojos marrones, lo que la hacía sumamente llamativa. Tenía una nariz aguileña como extraída de un fresco, además de caracterizarse por simpática y verborrágica.

Vestía pantalones de mezclilla, bien ajustados con bordados llamativos. Las botitas y la blusa combinando tonos formaban un magnífico compossé que realzaba sus elegantes y finas piernas. Todo armonizaba para destacar la cola

bien marcada típica de las chicas bien dotadas por la naturaleza y que, además, saben venderse bien.

Su personalidad era tan extrovertida que no sólo hablaba con las palabras sino también con sus manos y sus gestos corporales. Teatralizaba exagerando cualquier situación que se le presentase. Siempre buscaba la manera de manejar todo, cosa que normalmente lograba dada su perspicacia y gran belleza.

Era una verdadera Valkyria, una auténtica hija de Odín. Como ellas, Alexandra parecía ser enviada por un ser superior para elegir los hombres que debían ser matados en el campo de batalla.

Los chicos notaron, súbitamente, que era un ser con mucho ángel y encanto.

-¿Hay varios en esta fiesta que se recibieron, no? - preguntó Alexandra.

Pablo y Nicolás asintieron, ellos habían dado juntos su último examen de Auditoría.

-Sí, nosotros, menos mal que nos recibimos - dijo Pablo.

-¿Por? - preguntó Alexandra.

-La Universidad es privada y no se sabe qué puede pasar, a ver si dolarizan las cuotas - continuó Pablo.

-Eso ya pasó hace varios años y se armó un quilombo bárbaro, hubo una sentada y todo - añadió Nicolás.

-Ésas son las ideas originales del Rector, lo único que le falta es inventar una tarjeta de crédito, las Universidades privadas son una máquina de hacer dinero - continuó Miguel.

-Pero te recibís, y no tenés que esperar siglos con el título - aclaró con certeza Pablo.

-¿De qué se recibieron, perdón? - preguntó Alexandra.

-De contadores - informó Nicolás.

-¿Vos, Alexandra? - inquirió Pablo.

-Me recibí el año pasado de abogada – comentó como si nada.

Por varios minutos la joven dirigió la conversación y todos se quedaron mirándola como si estuvieran presenciando una obra de teatro y ella fuera el centro de la escena.

Lo observó a Pablo con detenimiento, como deseando adivinar su estado de ánimo.

-¿Te pasa algo?, te noto triste.

-Me siento remal.

Nicolás lo miró a Miguel.

- Vos sabés, es Helena.

-¿Quién? - preguntó Alexandra.

-La chica que está en la puerta - le contestó Pablo.

Alexandra se tomó su tiempo para mirarla con detenimiento.

-¡Ajá! – exclamó después.

-Uy, esa mina, dejate de joder, a mí me cae pésimo, el otro día se puso histérica no sé por qué historia. Es una chica llamativa, eso sí, pero no da para más, no seas boludo buscate otra, mirá todas las mujeres que hay, no te lo puedo creer – dijo Miguel.

-Los hombres se enamoran un par de veces en la vida, ¿no? - sentenció Pablo.

-Ustedes se van a quedar siempre solteros - añadió Alexandra - son muy vuelteros, buscan personas demasiado especiales y nunca les viene bien nada.

-Bueno che - añadió Nicolás - tomate algo y divertite, además la cosa en la calle está que explota.

-Pero esto es lo que siempre sucede en el país - agregó Pablo - , ¿por qué se extrañan?, siempre hay períodos cíclicos, como pasó en Malvinas, un período de súper euforia, un período de escepticismo, luego la depresión y finalmente la furia. Aparte yo siempre les comenté que este plan económico no era recto y que nos iba a llevar a la ruina.

-Uy Pablo, ahora nos hacés estos discursos che - continuó Nicolás - me voy a hablar con las chicas que están en el living.

Miguel lo miró para informarles:

-Los dejo un minuto.

Alexandra tomó un vaso.

-Tengo sed, - y mirando a Pablo con intriga dijo - ¿habrá algo para beber acá?

Pablo asintió y le ofreció lo que tenía a mano.

-Agua no, que oxida, ¿hay whisky?

Alexandra probó whisky y buscó un cigarrillo.

-¿Fumás?

-No.

-Es impresionante como corren los chismes por acá – afirmó Alexandra.

-Eso parece. ¿No?

Buscó en su jean marca Versace un encendedor. A ella le gustaba la ropa de marca, era una chica con estilo, odiaba la gente vulgar y de modales toscos.

Tomó su encendedor marca Zippo, de un hermoso color dorado y encendió lentamente el cigarrillo, como quien disfruta lentamente una conversación.

Aspiró, y eliminó el primer humo girando al costado.

-Parece que no tenés vicios.

-Todos tenemos alguno – le contestó Pablo.

Pablo sintió que la joven lo estaba seduciendo, se sintió halagado y quizás al final no fuera tan poca cosa pensó.

-Interesante observación la que hiciste con los chicos, tenés buenas ideas, pero parece que causan cierto efecto entre tus amigos, hay una enorme sensación de miedo en el ambiente - continuó ella - diría que no les gusta escuchar este tipo de comentarios.

-No sé, qué te puedo decir.

-Muchos están pensando en irse rápidamente a Montevideo, eso es lo que se fueron a discutir entre ellos – añadió Alexandra.

Pablo buscó un poco de bebida, tomó algo.

-Dicen que algunos abogados son como tiburones - afirmó Pablo.

Alexandra lo miró fijo, quizás estuviera por contestarle algo, bajó la vista.

-Lo mío es algo parecido, no precisamente eso.

Ella se movió hacia la mesa. Dejó el vaso y tomó una estatuilla de madera.

Era pequeña, de color negro, tenía un aspecto sombrío, con cabeza de león, torso y manos humanas y piernas de serpiente. Sostenía en una de sus manos una lanza.

Exhaló nuevamente el humo del cigarrillo, estudiando a su nuevo compañero, sonrió, le agradó ese objeto, y lo acercó hacia sí.

-¿Qué es ese objeto?

-Esta estatua representa un Súcubo, Pablo.

-¿Y eso que es?

-Para algunos maestros de la antigüedad, el infierno también está en este mundo. Los Súcubos según ellos son demonios femeninos. Ellas toman la energía vital de los hombres, que yace en el deseo, a través de la unión sexual, debilitándolos mental y físicamente. Pero ellas – continuó Alexandra con su relato luego de una pausa – tienen oponentes naturales, los hombres espirituales, ellos son los elegidos y, a través de la gracia de Dios, están libres de la acción del pecado en este mundo y buscan en este mundo la semejanza y la unión con lo divino.

-Interesante tu relato – exclamó Pablo -. Yo no creo en esas cosas, pero por lo que está pasando ahora en el país, no parece ser idea equivocada, esto se parece cada vez más al infierno.

-Tenés mucha razón – afirmó Alexandra.

Los dos se rieron sarcásticamente, como aceptando que ya nada tenía arreglo y que, en definitiva, el bien consistía en pasarla lo mejor posible el breve tiempo que se estuviera en este mundo.

Las miradas se distendieron. El mundo pareció detenerse en aquel momento.

Ella dejó la estatuilla en su lugar y ambos bebieron lentamente.

-¿Conocés la historia de Fausto, Pablo?

-No para nada, ¿por? – contestó.

-Decime Pablo, ¿si pudieras cumplir un deseo que te hiciera feliz, cuánto serías capaz de pagar? - preguntó Alexandra.

-¿Un deseo dijiste?

Pablo dejó la bebida que estaba tomando y se miraron trató de acercarse más a la joven, quizás para besarla. Ella lo percibió y dio un paso hacia atrás.

Cerca de ellos había un concurrido grupo de jóvenes que competían entre sí, tomando abundante bebida alcohólica, “Fondo Blanco” era la consigna entre ellos. Nadie parecía echarse atrás.

Los muchachos que lo conocían vieron que hablaba con ella, murmuraron algunas palabras y, rápidamente, uno se acercó. Era la persona más alta y corpulenta de la reunión, se notaba que estaba algo excedido de bebida. Lo tomó del hombro y zamarreó a Pablo como bolsa de papas.

- Vení, ponete a tomar con nosotros che...

Alexandra lo miró y le dio una vuelta de rostro al entrometido visitante, para no dar oportunidades.

- Pablo, te conseguiste una compañía bárbara, los desahuciados de la fiesta, ahora sí me voy, un gusto haberte conocido que disfrutes la noche – y, con un gesto de desprecio mezclado con una sonrisa pérfida, Alexandra dejó su vaso y se dio media vuelta.

Mientras se iba, su hermoso y llamativo contorno era acompañado por una figura de humo espectral. Nada más frustrante, angustioso y desolador que una bella muchacha dejando a sus admiradores de turno con las ganas de seguir la noche con ella.

Varios se quedaron boquiabiertos.

Pablo se sintió algo molesto, agachó la cabeza y la sacudió negando la situación, otra vez lo mismo, siempre que aparecía una muchacha bonita nunca se le daba.

Pensó que tenía que hablar con Helena, quizás tendría una oportunidad. Se relajó y acomodando todo lo que tenía entre sus manos se movió dentro del salón para divisarla.

La vio con el chico que a ella le gustaba.

Él la tomaba del hombro y estaban en amena charla con otras personas de la fiesta, entre las cuales, ahora, se encontraba Alexandra. El muchacho era el favorito de todas las chicas, el típico “carilindo del grupo”. Alto, de ojos celestes y pelo rubio llamaba la atención inmediata de las jóvenes y siempre estaba bien acompañado.

Ellas, ni lentas ni perezosas, se esforzaban y competían entre sí por su compañía.

Pablo no se llevaba bien con la gente que estaba con Helena y advirtió que no sería bien recibido si se acercaba a ese grupo.

Se deprimió, se sintió mal, apenado. Su conversación con la joven había terminado sin concluir nada, estaba solo, “sin el pan y sin la torta”.

Quizás, al fin de cuentas, sería apropiado olvidarlas a las dos y tomar algo, lo haría soportar mejor la frustración. Sintió que era un perdedor.

Se acercó Gino.

-Pablo, ¿Qué onda con Alexandra?

-No nada, no pasó nada

-Lo siento, qué pena, es la chica más hermosa de la fiesta, todos preguntan por ella.

Gino se apenó ya que lo tenía en buena estima a Pablo y siguió adelante ya que tenía asuntos que atender.

En la puerta Gino se despedía de algunos familiares que habían estado antes. Como buenos italianos, las reuniones familiares nunca eran cortas y las despedidas eran largas.

Al final se retiraron y quedaron sólo sus amigos.

Así Pablo continuó el resto de la reunión bebiendo junto a los otros borrachos: cerveza, whisky y quién sabe qué otros mejunjes, yerbas y demás experimentos químicos de la noche.

En plena madrugada, uno de los chicos fue a un dormitorio y se tiró inconsciente sobre una cama cubierta de sacos. Otro, que había tomado demasiado, vomitó todo en un inodoro.

La fiesta, al adentrarse en la madrugada, fue ingresando en un tremendo descontrol. En el medio del living, Gino, se encontró discutiendo con una de las amigas de Helena y, vociferando a todo lo que podía con su castellano italianizado, avisó que alguien había robado una billetera de una de las carteras de las chicas. Apenas se oía ya que la música estaba a gran volumen.

Gino se acercó donde estaban Miguel y Nicolás.

-¿Viste esa pareja que se fue hace unos minutos? - comentó Nicolás.

-Colados - les contestó Miguel - no me extrañaría que se hubieran afanado algo.

Gino se quedó sorprendido, no reaccionó, el problema lo había tomado por sorpresa, se asustó. Vio la puerta de la entrada semiabierta y con la angustia del susto la cerró.

-Bueno, se terminó la fiesta - gritó de los nervios - esto es un quibombo che, mi departamento no es un puterío - mascullaba mientras ponía fin a la música.

Así, y en forma más o menos ordenada, comenzaron a retirarse todos.

Pablo estaba algo mareado y fue uno de los últimos en salir.

Gino lo miró:

-¿Estás bien?, ¿vas para tu casa?

-Sí.

-Te noto remal, ¿es por la rubia?

-No, es por Helena, pensé que podía arreglar algo con ella esta noche y no fue así.

-Bueno pero pensá que si no se dio es por que ella no es para vos, a mí también me pasó algo así hace poco.

-Sí claro

- Pero decime, ¿así vas a salir?, apenas tenés abiertos los ojos ¿no hay nadie que te acompañe o te lleve?

-Pero ya se fueron todos, dejá...

Distraído se dirigió al ascensor y, al acercarse, Helena entró junto con su grupo de amigos y le cerró en la cara la puerta corrediza del ascensor. Él se dio por aludido, suspiró y apoyó la cabeza sobre la pared moviéndola levemente como haciendo un gesto de negación.

Estaban todos en la calle y el departamento quedó totalmente vacío, sucio y desordenado, como si hubieran pasado por ahí Atila y su ejército de Hunos.

Viendo ese espectáculo, solo, aliviado y triste, Gino, se sentó sobre el piso, se agarró la cabeza y acostó la espalda sobre una pared próxima a la puerta de entrada. Observaba el espectáculo que habían dejado sus amigotes.

En la calle, Pablo, escuchaba que mientras un grupo discutía haciendo planes para seguir la noche en algún boliche de Recoleta, otros se subían a los autos.

Tomó las llaves del suyo y Helena se introdujo en alguno. Ésa fue la última vez que vio a la joven.

Manejaba por las calles de Palermo, sintió que el camino que tomaba se hacía interminable, cada vez más largo, parecía una continuación de la fiesta en la que había estado. Con enorme tristeza sabía que no vería nunca más a aquella

hermosa y brillante chica que había conocido en sus felices y divertidos años de universidad. Recordó cuando la conoció, su bello vestido y peinado y las primeras palabras que se dijeron. En estas cosas Pablo siempre tuvo una extraordinaria memoria, se la habían presentado por una amiga en común, pero ella siempre lo rechazó incluso como amigo.

Sabía que tenía que continuar y sintió una enorme tristeza y un gran vacío dentro de sí, quiso llorar, pero estaba ya seco de tanto dolor, al final ya se había acostumbrado a él.

Pensó también en aquella joven rubia y delgada que le hizo olvidar por un instante su amor por Helena, quizás el encuentro con Alexandra una mujer tan bella e interesante resultó ser un encuentro fortuito y finalmente le vino a la mente lo que le dijo Gino, que quizás ella, Alexandra, no era la chica para él. Meditó dentro de sí, y concluyó que la esperanza es lo último que se pierde y sintió en su corazón una alegría triste, mezcla de felicidad con amargura.

Apenas podía tener los ojos abiertos y debió ponerse alerta por un vehículo que se adelantaba por la derecha a alta velocidad. De líneas deportivas, color rojo y vidrios polarizados, pasó tan rápido que lo único que pudo sentir fue el ruido del motor y, para peor, los gases de escape que entraban por la ventanilla finalmente aterrizarían en sus pulmones. En cuanto el vehículo lo aventajó, se movió hacia la izquierda y le cerró el camino superándolo. Instintivamente movió el volante, perdió el control y chocó, a baja velocidad, contra un plátano. Por el ruido se acercó un patrullero que estaba en las cercanías, frenó, y bajaron algunos oficiales. Uno de ellos decidió revisar el estado del vehículo y su ocupante. Otro, observando la escena, tratando de buscar testigos percibió un sonido y la sombra de un gato deslizándose entre árboles y techos.

Pero la calle estaba totalmente vacía, no había personas ni vehículos, y un suave viento, inusualmente frío, comenzó a mover las hojas de los árboles provocando un extraño murmullo entre ellas, como si las ramas comenzaran a dialogar entre sí. Las luces de la iluminación pública empezaron a tintinear y a perder fuerza por alguna falla, lo que le confería un aspecto fantasmal a la escena.

-Esto no me gusta nada - dijo uno de ellos.

Otro aumentó las luces del vehículo para compensar la falta de luz, los oficiales sintieron un profundo escalofrío.

Llamaron enseguida a una ambulancia. Tardó unos minutos.

Los enfermeros observaron que no tenía pulso y lo colocaron enseguida en la camilla que pusieron en el suelo.

-Hizo un paro – afirmó con preocupación el médico.

Decidieron comenzar a hacerle resucitación cardio-pulmonar. Le acomodaron un paño sobre el mentón y le hicieron respiración boca a boca junto al masaje correspondiente. Uno de ellos sugirió que luego, si no daba resultado, le practicarían un shock eléctrico. Luego de unos minutos se dieron cuenta de que no hacía falta y recobró el pulso.

Las luces del alumbrado público habían dejado de tintinear y comenzaron a iluminar normalmente.

-Uno de los oficiales le dijo al otro:

-Qué extraño, ¿Qué estará pasando con las luces?

-No seas supersticioso, no hagas caso.

Le pusieron un cuello ortopédico y lo llevaron al hospital más próximo, inconsciente.

Revisaron el vehículo y con los datos fueron por su dueña, que era Graciela. Ella fue su tutora, ya que él había perdido, hacía muchos años, a sus padres. Era una mujer, de carácter bondadoso, se hizo cargo de él, ya que conocía todas las dificultades que había tenido en la vida.

Se acercó apresuradamente en un remis al hospital donde Pablo se encontraba internado. Averiguó en la mesa de entrada y fue hacia la sala de guardia.

Se cruzó con el jefe de ese área. Él la atendió y la condujo hasta la habitación donde estaba Pablo. Y allí le informó:

-Señora, el muchacho está inconsciente, pero estable. Tuvo un paro, tiene además algunos golpes en la cabeza. Su estado es delicado y lo tenemos bajo observación.

-¿Y qué van a hacer, entonces?

-Ahora lo vamos a derivar a alguna habitación o si usted prefiere a algún hospital privado. ¿Tiene obra social?

-Sí, - le contestó ella.

Los enfermeros lo llevaron a un cuarto privado y ella los acompañó.

El hospital parecía un laberinto entre árboles, los distintos edificios y la mala iluminación. Se sintió perdida, como si nunca fuera a encontrar la salida. Trató de no trastabillar ni chocarse con los tubos de oxígeno que estaban repartidos por doquier en los pasillos.

Decidió quedarse el resto de la noche y llamó a Giselle para contarle las novedades.

Ella, la prima de Pablo, vendría después y se encargaría de hacer los papeles para decidir su traslado o no.

Llegaron a la habitación. No tenía lugar para sentarse.

Buscó en otra parte una silla, cuando la encontró, volvió, estaba sucia y rota, pero bastaba para el uso que le daría. Acomodó su saco y cartera. El lugar estaba descuidado y no resultaba nada agradable estar en ese sitio. El frío y la mala luz daban una sensación misteriosa.

Se quedó unos minutos meditando, deteniéndose en las ventanas y se acongojó recordando que los padres de Pablo habían fallecido en un accidente automovilístico.

Quizás fuera una especie de karma que lo perseguía y quizás esta vez no saldría bien librado. Dudó qué hacer. Tocó su mano y se la apretó.

Ella devota de la Virgen, buscó un rosario que tenía en su cartera, lo recostó sobre su pecho, invocó el auxilio de la Virgen y rezó por la salud de Pablo.

CAPITULO 2:

EL ENCUENTRO CON DANTE

Pablo se fue incorporando lentamente del suelo y sintió que el cuerpo le pesaba. Trato de salir del sopor que percibía y de la molesta sensación de sueño que lo dominaba. Se iba apoderando de él una gran desorientación.

A su alrededor sólo divisó piedras, grandes rocas, y un suelo seco y desnudo, la semioscuridad lo cubría todo, ni el cielo ni la tierra mostraban colores sino sombras y distintos tonos de gris. Cercano a él un espeso bosque lo aguardaba.

Sólo podía escuchar el silencio, el aire era denso y frío, no había ni brisa ni viento alguno. La soledad y la falta de vida parecían omnipresentes. Vió su fino reloj de agujas y malla metálica, se sorprendió aun más, todos los indicadores estaban detenidos y misteriosamente marcaba las dos de la mañana, lo golpeó y sacudió su mano intentando ponerlo en marcha pero era inútil.

Pablo se movió a su alrededor buscando algo familiar en esa escena, trató de recordar donde había estado antes. Pensó en la fiesta.

“¿Qué hago acá, se dijo a sí mismo?, ¿el más allá quizás?, ¿el cielo?, ¿el infierno?, ¿o simplemente se trata de un sueño del que no puedo salir?”. No encontró respuestas dentro de sí. El lugar no tenía ningún sentido. Buscó con su vista un punto de referencia, algo que le permitiera orientarse, el sol o alguna estrella probablemente, pero no logró divisar nada en el cielo, el lugar era sombrío y monótono.

Empezó a preocuparse, se sintió abandonado, con miedo, confundido, nunca se había imaginado algo así, pero siendo él una persona activa no se

desesperó. Se apoyó sobre un árbol y meditó. Finalmente cayó en la cuenta de que tenía que encontrar a alguien para que le respondiera dónde se encontraba y así decidió que lo mejor, en vez de quedarse lamentando, era elegir un camino, dónde sea que éste lo condujese.

Tomó un pequeño sendero que se abría entre la espesura que lo rodeaba, el único que había en ese inhóspito paisaje. Las horas pasaron, perdió la cuenta de ellas, quizás habría caminado durante toda la noche. No lo sabía con seguridad, no tenía respuestas. No sabía en qué dirección iba, todo daba igual, si era norte o sur, este u oeste.

Vio de lejos un monte.

Observó una tenue luz que lo cubría y se sentó sobre un enmohecido tronco a descansar para retomar fuerzas.

Tomó su tiempo y decidió que tenía que subirlo. Quizás desde allí tendría un panorama completo de lo que lo rodeaba. Si ese lugar era el cielo o el infierno sería lo menos importante, lo peor era la angustia a lo desconocido.

Con dificultad comenzó a subir, el terreno era difícil y accidentado. Vio árboles viejos, secos y algunos sin vida. Observaba con detenimiento por dónde caminaba. En medio de todo ese silencio, escuchó un ruido extraño.

Algo llamó su atención, no pudo observar con claridad, buscó un espacio para ver mejor. Inmediatamente divisó a un animal: un león lo observaba. Pabló se asustó, dominó su miedo y, con calma, se dio cuenta de que el animal no estaba al acecho por lo que decidió seguir su camino sin echarse a correr. La bestia que se hallaba en las cercanías se incorporó y, lentamente, comenzó a seguirlo.

Ya cerca de la cima, escuchó el ruido de una pequeña onza o pantera que se encontraba a lo lejos moviéndose entre unos troncos viejos. Lo atisbó y Pablo se dio cuenta. La mirada del animal fue amenazante, hizo el maullido propio de los felinos y se alejó con rapidez.

Pablo, que andaba ya con cuidado, se dio cuenta del peligro del lugar aunque los animales nunca le infundieron miedo y, si no estaba ya en el mundo de los vivos, menos que menos.

Al llegar al punto más alto de la colina divisó un lejano amanecer, el cielo despuntaba sus primeros colores, el amarillo y el celeste se mezclaban armoniosamente en el horizonte. Sintió los rayos del sol y algo de su calor en la piel lo reconfortó. Había logrado una pequeña victoria, y con ella también la esperanza. Cerró los ojos y disfrutó por un largo rato del baño de los primeros rayos de Febo.

Giró el cuerpo y vio a lo lejos, colina abajo, una figura que no podía distinguir nítidamente. Se dirigía hacia él, sintió alivio y esperanza, quedó quieto, relajado, quizás esa persona que se acercaba le podría ayudar a salir del extraño sitio en el que se encontraba.

Al acercarse se hizo más visible. El aspecto era alto y enjuto, de edad avanzada pero indefinida, de piel blanca, nariz grande y aguileña, con una mirada anciana y bondadosa. Llevaba una capucha que le caía por la espalda y le cubría las orejas. El atuendo, de color rojo, lo tapaba desde el cuello hasta los pies, dejando las mangas visibles. Debajo, en las piernas, llevaba unos

pantalones parecidos a las calzas que eran del mismo tono, con zapatos lisos de madera y sin tacos. Además sostenía un libro entre sus manos, un libro abundante en hojas, parecía antiguo de color amarillento y tapa desgastada. El volumen no tenía hojas de papel ni estaba escrito por una imprenta sino por las manos de algún viejo escriba. Pablo descendió de la cima y se encontraron a medio camino.

La figura se presentó:

-Mi nombre es Dante, de Italia soy y vengo en nombre de la Virgen para ayudarte...

Lo miró atónito, de arriba hacia abajo. Había visto cosas raras en su vida, pero nunca una persona vestida de esa manera. Al hablarle con un marcado acento italiano, le causó simpatía, algo de gracia y sonrió.

-Mi nombre es Pablo. ¿Dante dijiste? Me suena, pero no puedo acordarme de dónde, estoy desorientado, y tengo un buen dolor de cabeza, algún golpe quizás.

Hubo un momento de silencio, Pablo bajó la mirada y meditó las preguntas que deseaba hacerle:

-¿En nombre de la Virgen, dijiste?

-Sí, alguien invocó su ayuda, y ella me llamó para ser su intercesor y tu guía.

-Qué raro. ¿Dante, qué es este lugar?

- Es un lugar a medio camino entre el mundo terrenal y el infierno. ¿Te sentís bien?

-Más o menos, estoy como adormecido, no tengo muchas ganas de pensar y no termino de despertarme, en realidad, no entiendo nada de lo que está pasando. Estoy totalmente confundido, hace un momento, mientras manejaba

creo que choqué con el vehículo y no recuerdo otra cosa. Este lugar sólo me causa escalofríos.

-No es para extrañarse.

-¿Sabés qué está pasando?, ¿Tenés alguna explicación?

-Me doy cuenta de que estás bilocado, no me esperaba esto.

-¿Y qué es eso?

-Estás involuntariamente en dos lugares al mismo tiempo, tu cuerpo y tu alma están en espacios distintos.

-¿Pero y cómo puede ser?

-Es lo que hay que averiguar.

-Aparte tengo un pequeño problema, divisé unos animales cerca y creo que me están siguiendo.

-Sí, ellos son tus vicios que te acosan. Y cuando se juntan se vuelven más peligrosos.

-¿Y qué puedo hacer entonces?

-Acompañame y quizás con ayuda de la Gracia podamos resolver este misterio, alguien que conozca mejor, desde otro ángulo, el don de ubicuidad o el fenómeno que te trajo hasta acá.

-Está bien, voy a tu lado donde sigas.

Ambos se pusieron en marcha.

Pablo vio otro animal, una loba. Estaba marcadamente flaca. Trastabilló con algunas rocas y cayó al suelo.

-Tené cuidado cuando camines, el lugar es peligroso.

Dejaron aquella selva oscura y fueron descendiendo. Los animales que Pablo había visto antes, que lo escoltaron durante un gran trecho, ahora iban quedando rezagados.

Comenzaron a aparecer enormes rocas y observó, cómo, de las grietas, salían vetas de distintos tonos de verde. Apoyó sus dedos sobre las rocas y, palpando, notó que eran de azufre.

-¿Dónde estamos, Dante?

-Cerca de Jerusalén, pero allí no tenemos que ir, la persona que buscamos está en otra parte. Allí en esa ciudad, anduvo hace mucho tiempo.

Pablo se quedó callado, presintió que era mejor no preguntar. Le dio frío y se tocaba los brazos para proporcionarse algo de calor. El camino se hizo largo y empezó a sentir el cansancio.

Llegaron a una puerta enorme hecha de madera que Pablo tocó. Debido a lo tenebroso del aspecto y el moho que tenía semejaba muy antigua, de una madera noble, pesada, incrustada en la roca. Tenía una enorme manija redonda y dorada, con un enorme anillo redondo que colgaba de ella, como los que se usan bien para entrar o golpear. El fuerte olor a humedad que generaba daba la sensación de aquellas puertas que guardan algo y que nunca hay que abrirlas...

-No golpees la puerta – le añadió Dante.

Luego observó en el dintel una enorme inscripción que decía:

*“PER ME SI VA NE LA CITTA DOLENTE, PER ME SI VA NE L
ETTERNO DOLORE, PER ME SI VA TRA LA PERDUTA GENTE.
GIUSTIZIA MOSSE IL MIO ALTO FATTORE: FACEMI LA DIVINA
PODESTATE, LA SOMMA SAPIENZA E L PRIMO AMORE.*

*DINANZI A ME NON FUOR COSE CREATE SE NON ETTERNE, E IO
ETTERNO DURO. LASCIATE OGNE SPERANZA, VOI CH INTRATE”.*

Miró, sintió miedo y preocupado balbuceó:

-¿Dante conocés este lugar?

-Si, claro, yo hace mucho tiempo pasé por esta puerta.

-¿Qué significa eso?

Y Dante le tradujo aquello que significaba la inscripción:

-“Por aquí entran en la ciudad del dolor, por mí se entra en el abismo, por mí se va con la gente que se perdió a sí misma, la justicia, el saber y el amor de mi autor fue severa y su poder a todos alcanza. Delante de mí las cosas eternas fueron creadas y yo eternamente duro. Los que por aquí pasen dejen toda esperanza”.

Después añadió:

-Aquí, entra la gente que se perdió en la vida, aquellos que sabiendo discernir claramente entre el Bien y el Mal, eligieron lo último. Los que aquí entran no tienen retorno, los que aquí purgan su pena son los hombres viciosos, éste es el lugar del Odio y el Sufrimiento. Es la puerta que conduce al Infierno, es un lugar peligroso...

-¿Tenemos que ir por acá?

-No, vamos por otro lado, tenemos que ir hacia el Purgatorio.

Tomaron otro camino y entraron por una caverna siguiendo un pequeño arroyo por donde bajaron.

Luego de un largo trecho, llegaron al hemisferio Sur, que es el hemisferio de las aguas. Vieron una claridad al final de la caverna.

El panorama lo dejó asombrado. Era de noche, casi de madrugada. Desde la altura en la que estaban, gracias a la luz de la Luna se veía completo el enorme espectáculo. Las estrellas brillaban a través del tapiz oscuro del cielo con una nitidez extraordinaria. Se divisaba el astro Venus y las cuatro estrellas que forman la constelación de la Cruz del Sur que también representan las virtudes cardinales enseñadas por el filósofo y sabio griego Aristóteles. A lo lejos, se desplegaba una larga playa con finas arenas blancas, dunas, pequeños arbustos y, finalmente, un mar que formaba una gran bajante.

El mar parecía un embudo. Y formaba en el centro una enorme isla que culminaba en un gigantesco Promontorio. La enorme montaña de forma cónica tenía círculos concéntricos, llamados también terrazas, y era tan alta que llegaba hasta las nubes. Se observaba sobre la superficie un sendero que subía por los anillos. La cúspide estaba trunca, y su cima albergaba nubes en forma de corona iluminadas por una misteriosa luz. Allí descansa el Paraíso y es asiento de la Divinidad.

Entre el mar y la tierra adyacente, un gigantesco puerto, dotado de un enorme faro, guiaba a los buques que accedían o salían de él. Una serie de diques de contención limitaban, como un semicírculo, el interior del puerto para protección de tormentas y marejadas. En él se encontraban numerosos buques amarrados y en el mar una nave antigua se acercaba, parsimoniosa, hacia la costa.

Ambos sintieron la suave brisa que llegaba desde ese vasto mar. Pablo notó que Dante estaba pensativo.

-¿En qué pensás? – preguntó Pablo.

-Este lugar cambió mucho desde la última vez que estuve.

-Qué lugar tan raro – insistió el joven.

-Ya pasamos el Infierno, que es el lugar de los perdidos, de los viciosos y esa enorme montaña que ves es el Purgatorio, los que están allí son los penitentes y, a diferencia de los anteriores, no pedieron la esperanza, al final de la montaña se encuentran los elegidos, que son los que están en las esferas celestes, – señaló con su mano Dante.

- ¿Y qué es eso, el Purgatorio?

-A esa montaña llegan las almas que deben ser purificadas para acceder al Paraíso.

La playa era ancha y cerca de ella se levantaban altos y grandes acantilados y unas pocas rocas enormes surgían de entre la arena.

-Dante, ¿y esas estrellas?

-Son Venus, la constelación más importante del hemisferio sur, las cuatro estrellas pequeñas simbolizan las cuatro virtudes cardinales o Aristotélicas que significan la Templanza, la Fortaleza, la Justicia, la Prudencia.

Decidieron bajar del acantilado hacia la playa, Dante, que tenía ya un conocimiento del lugar, se movió por sobre algunas rocas y lo guió a Pablo. Le tendió una mano.

Y así ayudándose mutuamente y con un ágil salto llegaron hacia un angosto sendero que se encontraba entre los riscos. Arribaron seguros hasta la costa.

Al llegar, Pablo le pidió a Dante descansar sobre una de las rocas.

Al sentarse observaron el amplio y sereno mar y en el lado opuesto el enorme monte con anillos concéntricos. El mar, a Pablo, siempre le traía dulces recuerdos de su niñez. Para él, era signo de paz, infinitud y serenidad.

-El mar tiene forma de embudo, me llama la atención.

-Cuando el diablo cayó del cielo después de la revuelta contra Dios, se formó un enorme hoyo y las aguas que lo ocuparon formaron ese mar – enseñó Dante.

A Pablo le llamó la atención aquella extraña montaña, quiénes habitarían esa “terra incógnita”, pensó dentro de sí, y le preguntó a Dante qué era ese lugar, y él, con su mano, comenzó a describirle los anillos del monte y qué significaba cada uno.

-Mi libro – le añadió Dante- describe con exactitud ese increíble lugar, yo cuando tenía tu edad lo conocí. El Purgatorio tiene nueve anillos en total. El primero es el antipurgatorio, es para las almas de los justos que no fueron salvados, los que se convirtieron en el último momento. El segundo está reservado para los soberbios, el tercero es para los envidiosos, el cuarto para los iracundos, el quinto para los perezosos, el sexto para los avaros, el séptimo para los golosos, el octavo para los lujuriosos y, finalmente, el noveno es el último y allí comienza el Paraíso.

-¿Y es ahí donde está quien nos puede ayudar?

-Si, claro – respondió Dante.

Cuando terminó su explicación, le pidió, por curiosidad, el libro que llevaba. Lo tomó entre sus manos, miró las tapas, lo dio vuelta, lo ojeó, notó que era muy extraño, con dibujos, y grabados. Parecía manuscrito y muy antiguo.

-Es un incunable - explicó Dante.

-¿De qué se trata este libro?

-Es una comedia.

-Creo que algo sé pero la memoria me falla, ¿Qué es exactamente?

-Una comedia es una obra con un final feliz, a diferencia de la tragedia que termina mal.

-Entiendo, pero la verdad, por más que quiero, no estoy en condiciones de leerlo - y sintiéndose algo desorientado se lo devolvió.

Pasaron varias horas y recuperaron fuerzas. La marea comenzó lentamente a subir, el mar intentó, con sus olas, abrazar la gigantesca roca. Si permanecían allí, seguramente, quedarían rodeados por ese ignoto mar.

-No podemos perder tiempo, tenemos que ir hacia el Paraíso, donde está la Gracia, pero antes debemos subir, forzosamente, por el Purgatorio, allí entre Dios y sus Ángeles encontraremos las respuestas a este misterio. Por la montaña hay un sendero, que comienza por la playa y termina en la cima, que es donde está el Paraíso - añadió Dante.

Empezaba a amanecer, el sol comenzaba a despuntar detrás de la enorme montaña y, lentamente, el horizonte comenzó a tonarse de un leve color blanco y luego surgieron el color amarillo y el anaranjado.

Los colores de aquel lugar comenzaron a hacerse más nítidos, con el amanecer se hizo visible el camino señalado por Dante que, desde una parte de la playa, subía hacia el Promontorio.

Decidieron dirigirse allí luego de aquel momento de descanso.

La marea continuó subiendo y Pablo se acercó al agua para refrescarse y sentirse más relajado pensando que, tal vez, había pasado lo peor. Percibió que podía confiar en Dante.

Mientras se refrescaba pensó que sería una buena idea tener algún recuerdo de aquel lugar, quizás todo terminaría bien y sería muy útil contar con algún recuerdo para toda la vida.

Buscó algunos caracoles, pensó llevarse el murmullo de aquel misterioso mar, quizá en última instancia se haría un hermoso cenicero. Eligió los más bonitos, los que estaban enteros, los que tenían más linda forma, los de color más vivo, dudó, eligió un par y los limpió de sus adherencias. Los trató de secar con un pañuelo que llevaba. Llenó los bolsillos de ellos.

Dante que lo observaba preocupado lo llamó.

-¿Querés llevarte un recuerdo de este lugar?

-¿Tiene algo de malo?

Dante se rió y movió la cabeza, quizás él, supiera algo que Pablo ignoraba.

-No, para nada.

Y palmeando a Pablo en la espalda siguieron la marcha.

El camino se hizo largo, desde lo alto parecía corto y fácil. Al acercarse, de lejos, vieron una barca que transportaba gente, se aproximaba con serenidad. Las personas estaban vestidas de blanco de los pies a la cabeza. Detrás de todo, alguien manejaba el timón. Cuando Dante y Pablo se animaron, la barca encalló.

Las personas que bajaron de la nave observaron con curiosidad a Pablo. Eran muchos. Sus vestidos lucían totalmente blancos y los cubría desde la cabeza, donde el vestido les formaba una capucha, hasta los pies. Caminaban formando varias filas, despacio, en silencio y en forma sumamente ordenada.

Unos pocos tocaron a Pablo. Algunas miradas estaban totalmente perdidas.

Quedó asombrado y curioso. El sendero que era amplio sobre la playa,

comenzó a hacerse mas angosto ya que, lentamente, comenzó a bordear las rocas de la montaña.

-¿Por dónde se sube? – preguntó con curiosidad Pablo a las almas que subían por el sendero.

No obtuvo respuesta, y se quedó mirando como continuaban en silencio.

-Dante, ¿Qué le pasa a esta gente?

-Es que vos estás todavía vivo, en cambio ellas, han dejado la vida terrenal y van camino al Purgatorio.

Siguieron detrás de las almas para subir por la montaña. A su pie, una figura vigilaba el ascenso de las almas. De repente los observó a ellos. Se les acercó.

-Marco Catón - dijo Dante a modo de saludo.

-¿Dante, viejo amigo, qué hay de nuevo acá? ¿En qué te puedo ayudar?

Mientras ellos se daban la mano, Pablo dirigió su vista hacia el camino que habían hecho, y vio cómo la marea había cerrado el paso. No había retorno posible, advirtió entonces.

-Lo encontré al muchacho perdido, está involuntariamente bilocado, necesitamos subir por el Promontorio, en el Paraíso quizás tengamos una repuesta.

Catón, los observó extrañado.

-El muchacho se nota que todavía está vivo.

Pablo lo miró a Dante, le extrañó que le contestara de esa manera, como si supiera algo.

-¿Cómo lo sabe? – preguntó Pablo.

-Fijate que sos el único que tiene sombra. Las almas que ya dejaron esta vida no la tienen.

Pablo se dio cuenta de que Dante tenía razón y se quedó sorprendido.

-Dante - dijo la figura lejana y añadió - Ustedes no pueden seguir este camino que los llevaría hasta la Gracia.

Vestía un atavío blanco y una prenda con un ribete ancho de color púrpura cerca de las mangas, un pantalón corto a las rodillas y unas sandalias a modo de zapatos.

-¿Qué podemos hacer? – le preguntó Dante.

Catón quedó pensativo. Dudó.

-Quedarse acá no pueden, tengo curiosidad, ¿Pasaron por el infierno? – preguntó Catón.

-No, no fue necesario – afirmó Dante.

-Hay que tomar una decisión. Quédense acá, esto es muy raro, voy a pedir que venga otra persona que tenga autoridad en este asunto – contestó Catón.

Catón se retiró algunos metros, se dirigió hacia un Ángel que estaba al pie del Antepurgatorio, el Primer Anillo, y dialogaron entre sí.

Y el Ángel ascendió por la montaña.

- ¿Quién es?

-Él es el guardián de esta playa, vigila que todas las almas suban al Purgatorio, fue un antiguo pretor romano.

-¿A quién tenemos que esperar? - preguntó Pablo.

-No tengo una respuesta – pero vamos a tener que aguardar.

Pasó un largo tiempo. Los dos estaban sentados sobre la arena y hablaban entre sí. Al poco rato bajó un hombre que llevaba dos llaves en su vestido, una dorada, de oro, y una gris, de plata.

-Hola Dante – saludó el portador de las llaves.

-Pablo te presento a Simón Pedro – que así se llamaba.

-Hola mi nombre es Pablo, mucho gusto.

-Para mí también. Podés decirme Pedro.

-Pedro, el joven está bilocado – anunció Dante.

-Claro, es por eso que no pueden seguir por aquí, pero, ¿cómo llegaste entonces? – dijo esto dirigiéndose a Pablo.

-Tuve un accidente con el auto y de alguna manera me desperté en un bosque sombrío y después de caminar un trecho me encontré en este sitio nuevo para mí.

-La bilocación es involuntaria, le tuve que explicar lo que es y lo encontré perdido en un bosque del inframundo - continuó Dante.

-Entiendo, es preternatural entonces y la fuente que lo causó, probablemente, esté en la tierra - continuó diciendo Pedro - , aclárame, ¿pasó algo en especial antes de que tuvieras el accidente?

-No recuerdo nada en especial, todo normal, estuve con mis amigos en una fiesta de graduación. Reconozco que tomé bastantes bebidas pero no creo que el alcohol tenga estos efectos.

Hubo un largo silencio, Pedro colocó una de las manos debajo de su cabeza y meditó. Pablo sintió el calor de los primeros rayos de esa mañana, el sol salía detrás del enorme Promontorio.

-Qué misterio – dijo Dante.

-Es como un hechizo – afirmó Pablo.

-No – continuó Dante – esto es otra cosa.

-Es muy extraño, un misterio, pero algo es seguro, tenés que volver de algún modo al mundo terrenal para encontrar dónde está la fuente y retornar a la normalidad. Acá no podemos hacer nada por vos. Seguramente cuando estés ahí se te va a presentar con claridad el origen de la bilocación – respondió Pedro.

-Yo no puedo acompañarlo hasta el mundo terrenal de esta forma y solo, ¿qué va a hacer?, no está preparado, no está en estado de gracia, cuando lo encontré lo perseguían unas bestias quizás haya algún designio sobre él, acordate de que las bilocaciones son un presagio o implican un designio – dijo Dante.

-Es cierto – confirmó Pedro.

Se hizo una pausa.

-Solo o acompañado, me voy, este lugar no me gusta para nada – dijo con voz decidida Pablo.

-Todo comienza con una elección – dijo Dante.

-Tal vez lo pueda ayudar yo. ¿Qué querés hacer Pablo?

-No sé qué camino tomar, pero si podés ayudarme con gusto lo aceptaré.

-Entonces juntos vamos a averiguar cuál es la fuente de tu bilocación - añadió Pedro.

-Entonces está decidido - finalizó Dante - que tengas suerte, la vas a necesitar.

Y Dante apoyó su mano sobre el hombro de Pablo.

-Gracias – dijo éste.

-¿Vamos? - sugirió Pedro.

Ambos se dirigieron hacia el Puerto. Tenían que buscar una nave que saliera lo más pronto posible. Marco Catón se acercó a Dante y ambos comenzaron una charla.

-El destino del muchacho es incierto – dijo Catón.

-Así es, como el mío cuando fui joven, y ahora va a necesitar de toda la ayuda posible – respondió Dante.

Ambos se miraron como dejando entrever que ellos dos no estarían solos durante aquella misión.

Caminaron por el sendero, y luego por una serie de muelles y, mientras lo hacían, sentían el ruido de la madera vieja que pisaban. Pablo caminó con cuidado mirando cada lugar.

Vieron movimiento en una de las naves. Preguntaron. Tenían órdenes de partir.

La barca era de madera, llevaba amplias velas y una llamativa decoración.

La nave se asemejaba a una antigua galera romana, con remos y amplias velas y con el símbolo del águila de ese tiempo en ellas. En la proa estaba dibujado un enorme ojo de Horus, antiguo Dios Egipcio, símbolo usado comúnmente en las naves de la antigüedad. En la mitología egipcia Horus era un símbolo de buena suerte.

Se acomodaron sobre la cubierta. Lo hicieron de modo tal de recibir los rayos de sol que iluminaban esa fresca mañana.

Miró el horizonte, pensó en lo que había dejado atrás y, por sobre todo, sintió el primer calor de la mañana. Con angustia se dio cuenta de que su vida no

podía ir hacia el pasado por lo tanto sólo le restaba seguir adelante. “Huir hacia adelante”, quizás ésa era la frase que más sintetizaba ese momento, pensó.

Y se acordó de un momento especial, de aquello que le había dicho su amigo Gino sobre Helena, que quizás no se había dado nada con ella porque no eran el uno para el otro. Como sugiriendo que tendría que tener confianza en sí mismo y no pasarse la vida rememorando cosas que no tenían arreglo. Tomó conciencia de que no podía pasarse el resto de su vida añorando lo que nunca fue y ahora más que nunca debía tener la certeza de que tenía que sortear un enorme problema sea como sea. El amor añorado y la angustia a lo desconocido eran sus sentimientos más fuertes y los que seguramente lo acompañarían hasta el final de su camino.

Pedro le pidió a Eneas que los llevara al mundo terrenal.

Eneas lo miró y respondió:

-Esto va contra las reglas, nunca llevamos almas vivas hacia el otro plano.

-Lo sé - añadió Pedro.

-Vamos a dejarlos en algún lugar lo más cerca que podamos, es un riesgo.

-¿Por qué un riesgo? - dijo Pablo mirando a Eneas.

-¿Le dijiste, Pedro? - añadió el Conductor.

-No le dije nada.

Pablo observó extrañado la situación.

-Corrés el riesgo de quedar atrapado entre este mundo y el otro.

-Lo que sea pero esto es mejor que nada - añadió Pablo, quien se sintió muy angustiado, miró a los costados y dio un pequeño golpe a la madera, pero decidió que tenía que correr el riesgo.

-Todo va a salir bien - continuó Pedro - no creo que estés acá por casualidad.

Pablo movió la cabeza y asintió.

La barca estaba casi vacía. Eneas empezó a dar las órdenes para comenzar las maniobras.

La nave levó anclas, las velas se desplegaron. Los remos se extendieron, entonces, tomó impulso y, lentamente, comenzaron las maniobras para abandonar el Puerto.

Pablo sintió una fuerte brisa marina y apreció su frío. Trató de darse calor.

Dante desde la playa, se quedó mirándolos. Catón se retiró para continuar con su trabajo.

-Pablo, te están saludando, - le advirtió Pedro tocándole el hombro.

Él giró hacia la proa. Dante los saludó con la mano.

Lo mismo hizo Pablo, quien se quedó mirando fijamente el gigantesco Promontorio y las almas que una a una y en forma misteriosa subían por él. El barco que salía del puerto empezó a maniobrar para evitar otros buques, que entraban llevando consigo otros espíritus en medio de las peligrosas corrientes de ese mar.

Pablo quiso observar lo que portaban las otras naves. Pero Pedro le aconsejó no mirar.

Así lo hizo, bajó la cabeza miró sus bolsillos llenos y, para distraerse, Pablo comenzó a jugar con los caracoles, observó sus extraños colores y formas.

Puso uno sobre su oreja para sentir el ruido del mar.

Por un momento logró olvidar todos sus problemas.

-¿Dónde los conseguiste? – le preguntó Pedro.

-En la playa, espero me sirvan para algo.

-No lo creo.

Pedro sonrió.

-¿Vamos a llegar seguros?

-Sí, esta nave la conduce Eneas, es un buen navegante.

-¿Quién es él?

-Es un antiguo habitante de Troya, es amigo del maestro de Dante, Virgilio.

-Se conocen todos acá, parece.

-Claro, nos conocemos desde hace tiempo.

El Promontorio comenzó lentamente a hacerse cada vez más pequeño, las personas no se distinguían y ya era media mañana. Y Pablo se preguntó a sí mismo qué lo aguardaría mas adelante. Volvió sobre sus antiguos pensamientos como una repetitiva obsesión, una y otra vez tratando de encontrar alguna respuesta o algún razonamiento lógico.

Pero algo para él era claro, ya su vida no sería la misma y nada a partir de ese momento era seguro.

Al rato, una densa y fría niebla lo cubrió todo.

CAPITULO 3:

TEMPLANZA

La barca los condujo sobre ese gran mar, el agua era azul, un profundo azul turquesa. Sin que hubiera ningún oleaje, el frío se sentía y el aliento de Pablo se hacía vapor en el aire.

Entraron en una espesa niebla que lo cubría todo, el tiempo parecía inmóvil e interminable. Sólo había silencio.

Eneas, el capitán de la nave, se acercó a Pedro y le preguntó porqué motivo necesitaban ir hacia el mundo terrenal. Pedro, como pudo, le explicó el problema. Eneas se lamentó por la situación de Pablo.

-Si hubieran podido subir por el Promontorio, la Gracia Divina les habría resuelto el problema – añadió Eneas.

-Sí, pero como el muchacho está bilocado, no podíamos ascender, así que no hubo otra alternativa que ir hacia el otro lado y buscar la fuente.

-Entiendo, es extraño, nunca me había ocurrido algo así. ¿Los tengo que dejar a los dos? – preguntó Eneas.

-Sí – contestó Pedro.

La bruma comenzó lentamente a quedar atrás. Pablo vio una madera flotando sobre el agua, hizo un esfuerzo para estirarse y tomarla. Pero no pudo.

Se oyó el vuelo de un pájaro que se hizo ver.

-Parece una gaviota - observó inseguro.

-Es una garza, muchacho - le informó Eneas.

Pablo notó que su reloj había vuelto a funcionar. Se alegró de no haberlo tirado.

-Mi reloj empezó a andar de nuevo, cuando pueda lo pongo en hora – le hizo notar a Pedro y como pudo comenzó a sacarle lustre.

-Es porque ya estamos en el mundo terrenal – le recordó el amigo.

Un ángel le informó a Eneas que, a pesar de la tenue neblina, habían logrado divisar en el horizonte una orilla y, más atrás, una densa arboleda.

Eneas usó un antiguo largavista y tomó nota. La barca, lentamente aminoró la velocidad hasta que finalmente se detuvo.

Cuando la neblina se disipó, todos se maravillaron al ver las enormes montañas que los rodeaban. El sol formaba un arco iris sobre las cumbres nevadas. Habían llegado a un lago.

-Pedro, hay una playa cerca, tenemos que llevarlos en un bote, el barco puede encallar – advirtió Eneas.

Así se acercaron en un pequeño bote con dos remos. Eneas los acompañó, remando también, hasta encontrar una playa gris de arenas volcánicas.

Cuando arribaron Pedro, le agradeció el viaje a Eneas y se despidieron los tres. Con un empujón el capitán comenzó las maniobras para volver.

-Que les vaya muy bien – les deseó Eneas y los saludó enérgicamente con la mano. Los dos amigos se quedaron estáticos frente al horizonte y con sorpresa observaron cómo la nave desaparecía en esa misteriosa bruma.

-¿Estabas nervioso?, - inquirió su amigo con condescendencia.

-Algo, - confirmó el aludido.

Se encontraron en un bosque frío, húmedo y comenzaron a caminar.

-¿Sabés dónde estamos Pedro?

-No sé, tenemos que averiguarlo.

Pablo sintió el ruido de algunos vehículos y siguió en dirección al mismo. Vio más allá una ruta, pero un alambrado le cortó el paso. Dio marcha atrás.

-Está todo alambrado.

-Sigamos por el borde del lago.

Recorriendo el lugar notaron un camino de tierra y comenzaron a dejar la playa para adentrarse en una ladera que corría por el bosque frío.

Mientras caminaban hacia un destino incierto, sintieron que los macizos de lavanda, más otras flores alpinas insertas al pie de las casas de madera, perfumaban el recorrido junto al canto de los pájaros.

Raúl era un pequeño terrateniente de la zona que alcanzó un mejor pasar económico dedicándose a la explotación agropecuaria.

Era un hombre tenaz y le gustaba el trabajo duro, no era de los que se desanimaban por los infortunios o dificultades de la vida.

Como muchos de los que se fueron quedando sin oportunidades, se había mudado de Buenos Aires con una pequeña indemnización recibida por su trabajo como gerente de una empresa privatizada a principios de los '90 y, aconsejado por un amigo que ya vivía en la zona, decidió radicarse en las cercanías de Bariloche.

Era un hombre alto, delgado, de tez morena y rasgos duros. Divorciado, de mediana edad y con un pequeño hijo del cual había decidido hacerse cargo ya que su mujer los había abandonado.

Esa mañana Raúl esperaba a un guardafauna de la zona. Lo había llamado porque necesitaba de su experiencia ya que se dedicaba, con sumo esfuerzo, a la producción de quesos de cabra y, como en el transcurso de los últimos meses habían desaparecido algunos animales, se sentía preocupado.

Los guardafaunas llegaron en una camioneta. Raúl los observó desde la ventana de la casa mientras tomaba unos mates en compañía de su hijo.

Se acercaron a la tranquera, se presentaron y los dejó pasar.

Después de los saludos de rigor, los condujo hasta su garaje. Les comentó el problema y que allí tenía una gran heladera donde guardaba el cuerpo de un animal suyo que había encontrado muerto en los días anteriores.

El cuidador meditó. La refrigeración había evitado la rápida descomposición del cuerpo. Lo revisó con detenimiento y, en especial, las mordidas que había recibido. El ayudante, que poseía menos experiencia, observaba la situación y tomaba algunas notas.

-¿Tenés agua, para limpiarme las manos? – le preguntó el oficial.

-Sí claro, por acá. ¿Que opinás?

-Es algún depredador de la zona – dijo el de mayor rango, sabedor de los problemas de aquel lugar.

-¿Qué tipo de animal?

-Un cánido, un cimarrón, para decirlo de otro modo un perro salvaje, hay muchos por aquí, pero no es frecuente esto.

Raúl se sintió muy molesto, pensó que tendría que terminar con todos los perros del lugar. “Quizás lo mejor era tirar carne envenenada para definir el problema”, dijo como pensando en voz alta.

-No te lo aconsejo, podés tener problemas.

Otro de los guardafauna le comentó:

-Además tenés el parque cerca, pueden ser incluso, los perros de algún vecino de la zona o de los cazadores que frecuentan el lugar, recordá que es la temporada de ellos - le advirtieron finalmente casi al unísono.

Las cabras muchas veces se escapaban a los terrenos lindantes para buscar los mejores pastos y él lo sabía.

Se quedó callado.

-¿Me podés llevar al lugar donde encontraste la última?

-Seguime - concretó Raúl.

Al llegar, fueron analizando el terreno, las montañas, los caminos, los accesos, los lugares de pastura y la disponibilidad de agua. El guardafauna buscó, además, huellas, rastros, indicios. Encontró algunos, pero pese a su experiencia no pudo estar seguro.

-Voy a hacer un informe, mientras tanto es mejor avisar a los vecinos - dijo el cuidador consternado mientras buscaba el celular.

-No puedo perder otro animal, estoy con problemas económicos.

-Sí, pero no tomes decisiones apresuradas.

-¿Qué hacemos entonces?

-Por ahora nada, dejá. Tenemos que seguir averiguando. En cuanto tengamos más noticias te llamamos, con seguridad no va a ser un problema difícil de resolver.

Los guardafauna hablaron entre sí y dieron por terminado el trabajo de ese día y ambos se dirigieron hacia la entrada.

Raúl no quedó para nada conforme, pensó que debían darle una solución inmediata a sus problemas. Sin decir más palabras, en forma amable, pero muy malhumorado los acompañó.

Él tenía su temperamento. Lo sabía, odiaba la burocracia, la misma que nunca le solucionó los problemas. Estaba acostumbrado a no contar con la ayuda de nadie, al fin y al cabo, pensaba, sólo podía contar consigo mismo.

Finalmente decidió que lo mejor sería armarse y tenderles una trampa a estos animales. Se preguntó dónde habría dejado su antigua escopeta de caza. Seguramente en el altillo, ése era el lugar más seguro. Fue hacia allí y, después de varias horas, logró ubicar la vieja y enmohecida escopeta que tenía acomodada en el último baúl, nunca pensó que la podría volver a necesitar.

Volvió al living de su casa, la pulió, le sacó lustre, revisó los mecanismos y notó que estaba descargada, volvió al altillo para buscar las municiones pero sólo vio las cajas vacías.

Decidió que tenía que aprovisionarse de cartuchos, lo mejor sería ir hasta el almacén más cercano.

Se acomodó y apresuró el mate cebado.

En el living de su casa se encontró con que no disponía de dinero para las compras y esa mañana tenía que entregar mercadería en un hotel de la zona. Resolvió que lo primero sería terminar ese trabajo y, junto a los empleados, cargó la camioneta.

Terminado el trabajo de carga de la mercadería, Raúl llamó a su hijo y juntos se marcharon.

En el hotel recibió como de costumbre su paga y, no queriendo que se le hiciera tarde para el almuerzo, decidió que lo mejor sería ir de prisa para llegar al almacén y aprovisionarse de municiones.

Luego de unas horas el clima fue cambiando, ya no era frío ni húmedo. El sonido de los pájaros y las chicharras, junto al suave viento que movía las copas de los árboles, preanunciaban un día de altas temperaturas.

Caminaron varias horas por un sendero que se desarrollaba en un páramo de arboledas y matorrales. El tiempo se había vuelto caluroso, típico del verano, el cielo estaba despejado, con algunas nubes pequeñas y con un sol muy intenso, esto, sumado al viento, hacía que se tornase incómodo caminar.

La senda por la que se encontraban era de tierra seca cubierta por pequeñas piedras grises de origen volcánico. La vegetación de los alrededores se veía baja con un horizonte de montañas con picos helados.

Al costado de la ruta corría un arroyo que daba, con su leve ruido, una sensación de frescura en ese clima agobiante.

El camino al principio era recto y, sólo a veces, mostraba suaves ondulaciones hasta que, súbitamente, presentó una curva que estaba tapada por la vegetación, de modo que sólo se podía ver el primer tramo.

Pablo, en ese momento, se encontraba absorto y preocupado por la conversación que había tenido, un día atrás, con Dante y Pedro, este último, al observarlo, le preguntó:

-¿Te pasa algo?

-No, nada, estoy rememorando - las palabras le fluyeron solas.

Pablo reparó en un pequeño animal, una mulita. Estaba a muchos metros de distancia, pero suficientes, como para arrojarle algún objeto. Miró al piso y, frustrado porque no encontraba solución a sus problemas, advirtió una piedra que cabía en la palma de la mano, la tomó y miró al animal con detenimiento para hacer puntería.

Pedro se mantenía atento a lo que hacía su amigo. Le tocó la mano y lo reprendió:

-Algunas cosas sabemos cómo empiezan pero no cómo terminan, no hagas daño inútilmente.

Pablo, ofuscado, le replicó:

-Yo hago lo que se me da la gana.

Luego hizo un movimiento con la mano, volteó la cabeza, lo volvió a pensar y soltó la piedra. No tenía sentido lastimar por lastimar.

Inmediatamente escucharon el ruido de un vehículo que doblaba con rapidez por la ruta. Pablo apenas pudo girar la cabeza tratando de saber por dónde venía.

Pasó un vehículo todo terreno 4X4 al costado de ellos, tan veloz, que dejó una montaña de polvo que hizo toser a los dos.

Pablo, al ocurrir esto, se quedó pensativo, ya que hubiera podido pegarle la pedrada al vehículo, quién sabe con qué consecuencias.

-Tenías razón - terminó diciendo ensimismado.

El calor de la tarde, como era sofocante, hizo que Pablo, que ya empezaba a transpirar, le sugiriera a Pedro ir al costado del camino para refrescarse con el agua del arroyo y descansar a la sombra unos minutos.

Pablo se sacó el calzado que llevaba y se acercó a la corriente, se mojó los pies y, tomando un poco con las manos, se refrescó la cabeza. En ese momento se miró el rostro en el agua y recordó escenas de tiempo atrás. Meditó pensando en la relación de los actuales acontecimientos con lo que había ocurrido aquella problemática noche durante el festejo con sus compañeros en Belgrano.

Observó que se hallaban cerca un grupo de pescadores, tiraban en el arroyo sus cañas para pescar y pensó que podía poner en hora su reloj. Les preguntó y con amabilidad le dieron la hora.

-¿Día sábado, no?

-Hoy es domingo, muchacho – le respondieron.

Así Pablo se percató de que el viaje con Dante le había llevado por lo menos un día y, definitivamente, había perdido la noción del tiempo.

Lo vio a Pedro recostado debajo de un árbol. Se acercó.

-Estuve pensando sobre lo que ocurrió después de la fiesta de graduación, pero no encuentro un vínculo con lo actual - añadió Pablo y tomó una astilla de arbusto y se la colocó en la boca, mordiéndola.

-Tené paciencia, las respuestas van a llegar solas - afirmó sabiamente Pedro.

-¿Decime, hay algo más aparte de la fiesta en la que estuviste?

-Una chica, una relación que nunca funcionó.

-¿Pensás en ella?

-Con frecuencia, pero sólo me trae tristeza.

Pablo movió con desgano la cabeza y dejó en el suelo lo que tenía en la boca.

-Entiendo – le contestó Pedro.

-¿Pero esto durará mucho? - continuó el amigo inquieto mientras retornaba a su cabeza el tema de la bilocación.

-Eso no te lo puedo contestar, quizás mucho o poco, no sé, depende de las circunstancias, de cómo se vayan dando.

-Nunca había escuchado acerca de este fenómeno. ¿Es frecuente?

-No para nada, en realidad es, en extremo, raro.

-Ya me parecía, éste, seguro, va a ser mi peor año, - Pablo movió la cabeza tratando de negar la situación y se resignó.

Apoyó sus manos sobre el suelo y al hacerlo sintió que sus bolsillos estaban vacíos. Buscó los caracoles que había juntado, solo sacó arena de entre las costuras.

-Tenía mis caracoles y ahora sólo tengo arena.

-Traté de decírtelo pero me pareció que era inútil, los objetos que pertenecen al mundo sutil no pasan a éste.

-Que lástima, pensé que me iban a servir de algo.

Pasaron unos minutos, luego se acomodó la ropa y el calzado.

-¿Qué querés hacer?, - inquirió Pedro mientras giraba una hoja seca en la mano.

-Estoy nervioso, ya me refresqué, mejor seguimos. ¿No? - preguntó, de alguna forma, mientras mostraba dudas.

-De acuerdo.

Retornaron al sendero y vieron a una persona que mientras se acercaba les dijo:

-Seguro que ustedes son los únicos en varios kilómetros a la redonda, paré un momento en el camino y no puedo arrancar de nuevo la camioneta, el vehículo probablemente esté sin baterías. ¿Me podrían ayudar?

Se miraron y, después de algunas dudas, decidieron asistirlo. Luego de caminar por un breve trecho lleno de pequeñas lomadas se encontraron con la camioneta. Dentro de ella se encontraba el hijo de Raúl, de unos cinco años, impaciente, miraba preocupado por la luneta de atrás. El niño era curioso, propio de los chicos inteligentes. Al ver a Pablo se miraron con empatía y así les quedó claro a los dos que podrían llevar una buena relación.

Luego de observar el problema, se pusieron de acuerdo en empujar. Raúl se dirigió al volante y Pablo, que era el más joven, decidió efectuar el mayor esfuerzo y se colocó por detrás. Empujó con vehemencia varios metros, tomaron impulso hasta que arrancó.

El trabajo resultó algo desagradable ya que la camioneta se había embarrado y todos terminaron un poco sucios.

Raúl la dejó encendida y bajó.

Observó que Pablo estaba bastante transpirado por el esfuerzo que había hecho y, mirándolo, se apenó.

-Quedé algo sucio, ¿no? - dijo a modo de confirmación el joven.

Agradecido y dado que conocía la zona, se ofreció a llevarlos hasta la estación de servicio más próxima para que Pablo se limpiara y, además, allí había un pequeño negocio de ramos generales para hacer algunas compras de primera necesidad, por lo cual todos se sumaron.

Luego de emprender la marcha, Pablo bajó una ventanilla para tomar algo de aire y, girando el cuerpo, observó un arma en la parte de atrás, semiescondida, entre distintas cajas. Le preguntó sobre ella a Raúl:

-Mirá, está descargada y no tengo municiones, justamente voy a comprar ahora, pero pásamela, así no la pierdo, acá hay que andar siempre armado - respondió muy seguro de sí mismo y de sus razones.

Raúl les comentó que haría algunas compras para la pequeña casa donde vivía y donde se dedicaba a la producción de quesos de cabra. Agregó que portaba un arma porque en la zona habían aparecido últimamente perros cimarrones y que estos, solían merodear en sus terrenos y en los de la vecindad. Algunas veces atacaban a los vacunos, las cabras, las aves de corral y muchos otros animales de los alrededores.

Además les añadió:

-No me gustan los perros, les tengo fobia, tuve una mala experiencia y nunca la olvidé - mencionó haciendo, al terminar la frase, un gesto de desagrado.

A pocos kilómetros se encontraron con la estación de servicio que les había mencionado, de la cual era cliente desde su llegada al lugar, acercó el vehículo y estacionó mientras decía:

-¿Me acompañan?

-Tengo que buscar un baño – respondió Pablo.

Mientras se adelantaba les comentó que la casa donde vivía se vería pronto, pero que era difícil llegar ya que el terreno era montañoso. El lugar se encontraba colina arriba y añadió que el clima solía ser duro, sofocante de día y muy frío de noche. Raúl antes de bajar de la camioneta sacó de una gaveta una toalla.

-Usá esta toalla – le ofreció.

Pablo se lo agradeció y, al bajarse, su padre pensó que era mejor dejar al pequeño dentro de la camioneta. Raúl que poseía una personalidad marcadamente obsesiva, olvidó cerrar con llave pensando en las cosas que necesitaba comprar.

-Si no los veo, acá nos despedimos – afirmo Raúl.

Y así se saludaron rápidamente. Pablo buscó con suma rapidez un lugar donde lavarse, estaba lleno de polvo. Pedro lo acompañó viendo que podía necesitar ayuda.

Al terminar de hacer la elección de los productos se quedó charlando con el dueño del local, sobre lo que les había ocurrido. Como de costumbre el hombre, sabedor de los problemas de la zona, le dio un buen consejo, cosa que él le agradeció.

Mientras tanto, el hijo de Raúl vio un perro, de tamaño mediano, de pelo duro y ojos celestes, de aspecto sucio y mirada triste, que estaba hurgando entre algunos desechos en busca de algún alimento. Pasó cerca del vehículo y el niño, curioso, observándolo, abrió la puerta de la camioneta, lo llamó. El perro, de carácter asustadizo lo miró con intriga y se fue. El pequeño, pensando en jugar, lo siguió.

Luego de un buen rato Raúl volvió a la camioneta repleto de cajas con mercadería y, al terminar de colocarlas en el baúl, se encontró con que el niño no estaba. Lo llamó, pero pronto se dio cuenta de que no estaba cerca del vehículo, preocupado, comenzó a recorrer los alrededores del local llamando a su hijo.

Cuando Pablo terminó de limpiarse, se encontraron con varias personas de la zona. Raúl les contó el problema, ambos se miraron entre sí y decidieron colaborar. El dueño del almacén notificó a la policía y, luego de unos minutos, apareció la autoridad del lugar. Tomaron nota del problema procediendo, de inmediato, a la búsqueda. Se internaron en el bosque. Las horas pasaron y no hubo noticias.

Raúl, después, fue al puesto policial más cercano a asentar la denuncia del hecho. Lo habían buscado toda la tarde. Pero sin resultados ni pistas que dieran indicios de su suerte. Al atardecer, Raúl advirtió la llegada de un viento frío que preanunciaba una noche con heladas. Sintió frío y buscó abrigo. Inmediatamente comenzó a preocuparse mucho ya que, con bajas temperaturas y poco sol era casi imposible sobrevivir sin una adecuada vestimenta. Su hijo no portaba suficiente abrigo en esa oportunidad.

Al término del atardecer, la policía le comunicó a Raúl que habían rastreado todos los alrededores pero sin resultado. Sugirieron que era mejor que se retiraran a la casa para poder reiniciar la búsqueda apenas llegara el alba, y así lo hicieron.

Lo acompañaron hasta la vivienda, lo ayudaron a bajar la mercadería y él viendo que todavía podía necesitar la ayuda de ellos, les ofreció una habitación. Al descender el Sol comenzó a disminuir la temperatura fuertemente.

La casa estaba fría y colocaron unos leños en la vieja chimenea para calentarse.

En silencio sobre los leños Raúl cocinó la cena. Mientras tanto, se preguntaron si el niño podría encontrar un modo de pasar la noche. El padre, preocupado y

nervioso, les insinuó que era altamente improbable. Durante la improvisada cena Pablo no tuvo hambre. Le ofrecieron de comer pero no lo hizo. Tampoco tuvo mucho sueño durante la noche y, frente a los leños que ardían, bien abrigado, con una manta que le prestaron, se quedó hablando con Pedro del problema que había surgido. Finalmente, muy cansado, se durmió sobre una alfombra.

A la mañana siguiente, Pablo sintió que le tocaban el hombro, apenas podía abrir los ojos, perezoso se acomodó para seguir durmiendo.

-Dale vamos, ya es tarde y nos necesitan, vestite rápido - ordenó Pedro.

Con pereza y lentitud Pablo se levantó y al salir de la casa, Pablo se refregó los ojos por la claridad de la mañana. El suelo estaba cubierto de escarcha y, a unos metros, se encontraban varios móviles policiales estacionados.

Los oficiales, entre sí, se comunicaban por radio para decidir cómo empezar de nuevo el rastillaje, pero avisándole al padre que, dados los hechos, las posibilidades de supervivencia eran menores. Cosa que ya aceptaba el pobre hombre. Sus sentimientos eran una mezcla de tristeza, frustración y enojo. Todo por un pequeño descuido y ahora sólo podía esperar que los efectivos dieran con su cuerpo.

Durante algunas horas estuvieron en la búsqueda sin resultados, hasta que recibieron un llamado por radio diciendo que habían encontrado un rastro. Le informaron a Raúl del hecho, le pidieron que los siguiera. Los tres se subieron a la camioneta y fueron con el móvil policial. Se movieron rápido con los vehículos hasta el espacio más cercano al que pudieron acceder, el bosque en un lugar les impidió el paso. Deberían, de ahí en más, seguir a pie. Finalmente estacionaron en la banquina.

El lugar que le habían informado por radio estaba cerro arriba, entonces, comenzaron la escalada.

El padre fue al baúl, tomó la escopeta y la cargó, ésa era su costumbre.

-Pablo yo no puedo andar tan rápido como ustedes, los sigo después – le dijo Pedro.

-Subo con él entonces.

Al subir vio, del otro lado de un arroyo, un perro que tranquilamente estaba echado, no podía observarlo con detenimiento ya que se lo veía entre unas rocas, intentó pasar por el curso de agua pero la fuerza de su caudal se lo impidió. Se mojó, trastabilló y retrocedió. Lleno de sentimientos de frustración e ira por aquello que le ocurría, acomodó el arma y la preparó para dispararle al animal, mientras tanto Pablo lo observaba.

En ese momento sopló una leve brisa cálida desde la base de la montaña. Pedro la sintió, se quedó pensativo y apuró la subida. Unos momentos después le llegó a Pablo quien giró su cabeza para observar de dónde venía. En ese instante cerró los ojos y se relajó, pese a la tensión del momento. Le vino a la mente aquello que le había dicho Pedro: “Algunas cosas sabemos cómo empiezan pero no cómo terminan, no hagas daño inútilmente”.

Mientras Raúl cargaba el arma, del otro lado del arroyo un policía veía las huellas de un niño junto a las de un perro. Al mirar hacia la dirección opuesta, vio a Raúl que manejaba la escopeta y trató de hacerle algunas señas para evitar que descargara un tiro.

Pablo lo vio decidido, entonces bajó su arma de un manotazo provocando que disparara al piso.

Raúl, furioso, lo empujó con todo el peso de su cuerpo.

Pablo se cayó inmediatamente al suelo. Raúl al verlo tirado lo increpó:

-¿Querés que te dispare a vos también?

-¡Pará! - le contestó como pudo.

El policía se acercó más. Siguiendo las huellas vio al perro recostado sobre el piso y le hizo señas para que se levantara. Cuando se incorporó pudo ver que, bajo él, estaba el niño perdido durmiendo. Lo despertó, lo abrigó con lo que tenía puesto y lo tomó en brazos.

El padre, testigo de la escena quedó atónito, mientras tanto el policía que llevaba al niño se acercó a ellos cruzando un puente que estaba en las inmediaciones.

Pablo comenzó a levantarse y a sacudirse el polvo que tenía encima.

Al llegar, los oficiales le explicaron que el pequeño había podido sobrevivir a las bajas temperaturas debido al calor del animal y que, sin eso, hubiera muerto de frío.

Raúl miró a Pablo:

-¿Estás bien?

-Sí claro – contestó con alivio Pablo.

Finalmente le pidió disculpas por su atropello, que el joven supo aceptar.

Cuando llegó Pedro, le comentó lo que había ocurrido. En forma inmediata, el padre miró el arma, la tomó con fuerza y la rompió golpeándola con una enorme piedra arrojando sus pedazos al arroyo.

Luego de esto se acercó a los dos amigos y les dijo que quizás les podría conseguir trabajo a ambos. Sin embargo Pedro le contestó que tenían que seguir otro camino.

Pablo, observando esta situación, le hizo un comentario a su compañero.

-¡Cómo cambió de actitud!

Pedro asumió el contenido de la respuesta:

-” A veces, Pablo, para apreciar un valor, es necesario conocer primero su opuesto y, en este caso, un hombre supo del valor de la templanza porque fue conciente del precio de su opuesto: la ira”.

Pablo lo miró extrañado, pero sintió que tenía razón. Asintió moviendo la cabeza.

Luego de lo cual Pedro tocó el hombro de su amigo.

Se sonrieron con satisfacción. Se sentían enormemente aliviados.

-¿Vamos?

-Sí, claro.

Y ambos comenzaron a marcharse por el camino.

Más tarde, Pablo le preguntó:

-¿Para dónde vamos?

Y le contestó:

-A dónde nos lleve el viento.

Raúl al subirse a la camioneta sintió, otra vez, una leve brisa. Miró hacia los árboles.

Sobre una rama se encontraba una paloma blanca. Por unos segundos se quedó quieto observándola.

Se sonrió. Presintió que, a pesar de todo, había recibido una ayuda especial.

La paloma voló y él la siguió con los ojos.

Después volteó su vista hacia el camino y sus dos amigos ya no estaban.

- ¿A dónde se fueron? - pregunto Raúl.

-Ni idea, - respondió uno de los oficiales.

-Quizás tomaron otro camino - respondió otro.

El padre acarició a su hijo, luego le dedicó una suave palmada al perro junto a una mirada agradecida.

¿Qué haría con el perro, lo dejaría a su suerte?

Pensó, miró a su hijo y le preguntó:

-¿Lo subimos a él también?

-Sí – respondió el niño con una gran sonrisa.

Raúl entonces abrió la puerta trasera de la camioneta y el perro se subió. Lo mismo hizo él.

Finalmente se sentía mas aliviado, estaba alegre y feliz. Puso en marcha el vehículo y emprendió el camino de regreso.

CAPITULO 4:

FORTALEZA

En la empacadora estaban por terminar el turno de la tarde. Los obreros con sus uniformes azules seleccionaban y colocaban en cajas bien visibles los frutos que se encontraban en las cintas transportadoras luego de pasar por las cámaras de desverdizado, para ser exportados o vendidos después en el mercado interno. El trabajo era exigente, los limones y las paltas recolectados eran frutos perecederos razón por la cual los operarios tenían que cumplir con la metas de producción y se hacía todo en forma minuciosa, la iluminación y la temperatura eran controlados estrictamente. Los clientes de la empresa, en su mayoría extranjeros, sólo compraban mercadería de calidad y esto era conocido por todos. La recolección y empacado de la fruta se realizaba en un valle húmedo y caluroso del Noroeste Argentino (NOA). La zona era conocida a nivel nacional e internacional por su producción frutícola.

Al terminar el turno varias de las operarias se cambiaron y marcharon juntas, eran vecinas. Entre ellas se encontraba Juana. Con su trabajo mantenía a duras penas a su familia. De tez morena con rasgos indígenas y baja estatura, era viuda con tres hijos que estaban en edad escolar. Era reconocida en la empresa por su bondad, prontitud y capacidad de trabajo.

Poseía una pequeña casa de material con ladrillos grises de cemento y techo de chapa, en un pequeño pueblo sobre la ladera de un angosto valle a unos kilómetros de la empacadora. Las verdes montañas de baja altura que circundaban el lugar, recibían abundantes lluvias y generaban un microclima

subtropical, abundante en vegetación, de clima fresco en invierno y muy caluroso en verano.

Como de costumbre volvía a su casa caminando durante varios kilómetros, algo a lo que estaba acostumbrada. Ese día, luego de la dura jornada, se dirigió del trabajo directamente hacia su hogar sin parar para hacer compras o tomar mate con alguien. Así se enteraba de las últimas noticias del pueblo o de su trabajo. Sin mayores ceremonias dejó a cada una de sus amigas en el trayecto, sabía que su jornada no había terminado, tenía por delante los quehaceres y los hijos. Durante la caminata Juana miró el cielo, sólo se veían nubes, entre las compañeras de trabajo se comentaron esto, sabían que los esperaba una época lluviosa, pronto habría un aguacero. En la zona se daban con frecuencia fuertes tormentas torrenciales en la época de verano.

Apenas llegó fue recibida por el ladrido de sus pequeños perros, más molestos que guardianes. Los tenía para que dieran aviso cuando había gente merodeando. Una vez adentro vio, inmediatamente, a sus pequeños hijos y, como de costumbre, los abrazó y les dio un beso. Los dos mayores estaban mirando televisión. Notó que el menor no se encontraba allí, preguntó por él y los chicos despreocupados y traviosos contestaron que había dormido toda la tarde y que no quiso ni jugar a la pelota. Se extrañó de que no fuera a saludarla. Se dirigió al cuarto de los niños y lo saludó. Él le respondió con suavidad. Pensó en acercarse pero tenía tarea que hacer, más tarde quizás fuera a hablarle de cerca.

Entre todos tenían que mantener la casa en orden. Se dispuso entonces a terminar el día preparando la cena y ordenando. Se encontró con su gato, hecho un ovillo, en la cocina y, como de costumbre, lo acarició. Entonces

preparó la mesa para servir la cena. Por último la comida para los animales, los cuales, usualmente, aprovechaban las sobras del día anterior. Dejó la comida de sus mascotas y los llamó a todos. Sólo se acercaron a la mesa los dos mayores. Entonces fue a ver al menor que permanecía acostado. Para darle ánimo le preguntó cómo estaba mientras le daba un beso. El niño le contestó que no se sentía bien. Notó que estaba transpirado y al colocarle la mano en la frente confirmó su alta temperatura.

Viendo esto, pensó que lo que tenía que buscar era un termómetro y una tableta de analgésico. Pensó dónde los habría dejado la última vez, hacía ya un tiempo. No se acordaba, fue primero al baño, revisó con detenimiento, pero no encontró nada, luego fue a su cuarto y, en un cajón, halló lo que con tanta angustia necesitaba.

El termómetro lo encontró roto en su estuche y no le quedó otra opción que tirarlo a la basura. Los analgésicos aparecían en cantidades, algunos sueltos, otros en envoltorios sucios y unos pocos rotos o vencidos. Se decidió por el que lucía mejor. Nerviosa buscó un vaso con agua. Lo siguiente fue dárselo con algo de líquido y arreglar las mantas de la cama. El niño por la fiebre se había dormido enseguida. Ella se angustió pero fue a cenar con sus otros dos hijos. Uno de ellos se quejó:

-Siempre guiso, mamá.

-Es lo que hay hijo – contestó la madre y los mandó, luego de la cena, a acostar.

El niño tenía razón pero ella sabía que, con sus magros ingresos, era la única comida que podía ofrecerles. Años atrás cuando la provincia era más próspera y su marido vivía, podía darse el lujo de comprar gran variedad de productos

para la mesa. Fueron épocas de abundancia y felicidad, que ya sólo estaban en el recuerdo. Con tristeza les hizo ese comentario y, callados como de costumbre, todos terminaron su cena.

Acompañó a los niños para que fueran a dormir, luego lavó los platos y ordenó la cocina. Sintió que no tenía sueño, salió al patio de su casa y se sentó sobre una vieja hamaca. Y así, en compañía de sus mascotas y del canto de los grillos disfrutó, recordando los momentos felices, de ese tiempo de la noche que le quedaba para tomar un mate y algunos pedazos de pan duro. Escuchó truenos a lo lejos. Entonces meditó qué hacer. Dudó, la fiebre de su hijo era leve, una gripe quizás, pero si la situación persistía a la mañana siguiente lo mejor sería hacer examinar al niño.

El sonido de los gallos la despertó al alba, el reloj le indicaba que todavía no era la hora, sin embargo, lo apagó y se levantó. Fue a ver al enfermo y notó que la fiebre continuaba. Pensó en llevarlo lo más pronto posible a la salita de guardia del pueblo. Fue a la ventana y observó el clima, ya soplaba el viento que presagiaba la lluvia. Ella era una mujer muy trabajadora y tenaz, sabía que tenía que resolver el problema lo más pronto posible.

Escuchó el ruido de la lluvia cayendo sobre el techo de chapa. Había comenzado a llover en forma abundante, era plena época. Esperó que aclarara más para ir a la salita y pedir un turno. Así, a primera hora de la mañana, buscó su paraguas y se dirigió al lugar, pero se encontró con que habían cerrado hacía pocas semanas. Se dio cuenta de que le quedaba sólo una opción: el hospital de la capital del municipio.

Fue a la casa de una compañera de trabajo, pese a la tormenta, para que le informara a la empresa que tenía que ausentarse porque su niño estaba

enfermo. Se mojó muchísimo, algunas casas se inundaron, los arroyos se llenaron de agua. Tuvo que esperar en lo de su amiga hasta que menguara la tormenta.

Conocía el trayecto y, por las condiciones del clima, sabía que necesitaría ayuda. Más tarde fue a ver a su hermano que se encontraba a unas cuerdas para pedirle auxilio y llevar a su hijo al hospital del centro. Se encontraba a varios kilómetros y los caminos no estaban asfaltados. Las abundantes lluvias ablandaban la tierra y la hacían intransitable.

Al escuchar a Juana, Martín, su hermano, hombre mayor y de mediana edad, se ofreció a llevarlos, sabía que no era el mejor momento para salir. El cielo estaba totalmente nublado y las lluvias podían continuar. Por las dificultades del viaje hacia el hospital se dio cuenta de que no podían usar un remís porque quedaría atascado. Lo mejor sería transportarlos sobre el viejo burro que era propiedad de Martín cuando el clima mejorara un poco y permitiera el viaje con más seguridad.

Martín usaba el burro como transporte de carga, los caballos eran mejores, pero el animal que él poseía era económico a la hora de mantenerlo y muy eficiente a la hora del trabajo. No era el burro Platero de Juan Ramón Jiménez, era un burro común y corriente.

De pelaje color marrón, largas orejas y hocico blanco, sabía ganarse el pan de cada día con obediencia. Martín lo acarició y ambos se entendieron sin mediar palabras. Era un animal manso, así lo ensilló y le puso un cabezal. Juana llegó con su hijo, lo llevaba cubierto con una manta para que no tomara más frío. Los subió a los dos con mucho cuidado en el lomo del burro, primero a Juana y

luego a su hijo, y se dispuso a guiarlo sujetándolo desde adelante por el cabezal.

El viaje fue arduo e incómodo, vieron unos pocos vehículos varados, en algunos casos tuvieron que alejarse del camino porque estaba inundado. Era muy importante poder divisar el tráfico que iba y venía. La lluvia fue irregular durante el viaje. El niño, por la fiebre, dormía. Se encontraron con los postes de electricidad y de señalización caídos, pero el hermano de Juana que conocía el camino no se perdió y el burro, pese a la carga que llevaba, supo sortear las dificultades del trayecto. Luego de varias horas de viaje llegaron a destino cosa que les alivió la tensión. En seguida se acercaron a la sala de guardia del hospital para que los médicos lo atendieran.

El hospital, como todos los del interior, se hallaba casi colapsado, gente pobre por doquier y un estado de confusión casi total. Llegó a la sala de recepciones, la atendieron, sacó número y se puso a esperar como todos. Así se tuvo que resignar haciendo una larga y fría cola con su niño en brazos. El hospital se encontraba en muy malas condiciones, suciedad, poca luz y gente durmiendo en el suelo.

Se sintió muy angustiada pensando en qué momento atenderían a su hijo que se veía muy mal. Quizás unas horas o un día entero, era cuestión de suerte. Se cruzó un joven médico, la vio con el niño y se compadeció. Finalmente, haciendo una excepción, los atendieron. Luego de una breve consulta internaron al niño en una sala de observación.

Se retiró de allí y en la entrada del hospital se encontró con Martín, quién dejó atado al burro en el parque del hospital, Juana le comentó la novedad. Tuvo que esperar muchas horas el diagnóstico hasta que tuvieron los resultados del

análisis de sangre, la madre preguntó pero sólo obtuvo evasivas. Vio como los médicos ponían cara de preocupación. Luego vinieron otros análisis. Finalmente la llamaron para preguntarle de dónde era, ella les informó, entonces apuraron los resultados.

El niño fue tratado con los mejores recursos que tenía el hospital, pero padecía una infección producida por una bacteria que era resistente a todos los antibióticos disponibles, que eran derivados de la penicilina. Tenía pocas o nulas chances de sobrevivir. Le explicaron que este tipo de infecciones no se habían dado nunca en la región y que era propia de países tropicales. Quizás hubiera llegado traída por algún trabajador estacional.

La madre desconsolada se puso a llorar y se preguntó porqué le ocurría todo este padecimiento.

En tanto un médico le comentó a otro que el niño podía ser tratado con una nueva droga, más efectiva que las que tenían en stock, que podía servir pero, que el hospital no disponía de ella. La droga a la que se referían era usada para el tratamiento de otras enfermedades. Habían hecho un pedido hacía tiempo del producto pero, por la crisis recurrente de la salud, el pedido se hallaba en punto muerto y no sabían cuando podrían recibirla. Juana inmediatamente les preguntó dónde poder comprarla, pero le dijeron que, por su origen europeo y su precio no se hallaba en toda la provincia, quizás en Buenos Aires sí. Se preguntaron entre ellos, la posibilidad de hacer un pedido de la droga directamente al Ministerio pero, conociendo los tiempos de la burocracia, se dieron cuenta de que no llegarían a tiempo aún en caso de que la remitieran.

-No sé que decirle - uno de los especialistas agregó preocupado.

Los médicos tenían buena voluntad pero eran jóvenes y sin recursos. Llegó caminando por uno de los pasillos del hospital el director médico, tenía más experiencia y se tomó un tiempo para escucharlos. Supo dar una contestación. Él conocía una ONG importante, ubicada a unos kilómetros, que recibía periódicamente donaciones de Europa y USA tal vez allí podrían tener almacenado algo. Pero les avisó que antes había que llamarlos. Se retiró en seguida con uno de los jóvenes, pero antes le informó a Juana que volvería con una respuesta.

Las lluvias habían cesado. Lo notaron todos, eso trajo algo de tranquilidad, ya que el hospital tenía goteras y era fácil tropezarse con algún balde encargado de mitigar el problema de la falta de mantenimiento de los techos.

Luego de un tiempo prudencial volvió uno de los médicos con una conclusión. Se lo veía contento, traía buenas noticias. Tenían el medicamento en depósito en la ONG mencionada anteriormente, pero no habían hecho ninguna distribución porque habían recibido la mercadería pedida hacía pocos días y tenían todo con su embalaje original.

Juana sintió que tenía todavía algo de esperanza. Se alegró. Los médicos le preguntaron qué quería hacer. Tomó una decisión, el clima había cambiado y era posible hacer ese viaje extra. Ir hacía allí era la respuesta, pero alguien tendría que vigilar a su hijo. Su hermano se ofreció. Acomodó todas sus cosas y se marchó besando antes al niño enfermo a quien le prometió regresar cuanto antes.

Caminó por la ruta que la llevaba a destino haciendo dedo cada vez que pasaba un vehículo, pero nadie paró... las horas transcurrieron y se hizo la tarde cada vez más calurosa.

En un momento, se detuvo una camioneta, una clásica pick up de las que se usan en el campo, vieja, en mal estado y oxidada que se movía a baja velocidad. Juana se acercó a la camioneta y el conductor le preguntó a la mujer hasta dónde iba.

Juana le indicó. Por suerte el hombre conocía el lugar y la podría dejar a unos pocos kilómetros de allí. Cuando se ofreció a llevarla, ella aceptó con alivio. Se bajó. Estaba vestido como un campesino, tenía un cigarrillo en la boca, se lo sacó y, carente de finos modales pero con buen ánimo, le dijo que el asiento del acompañante estaba en muy mal estado, que lo mejor sería que se acomodara en la parte de la carga.

-En el viaje vas a tener compañía, llevo otras personas – añadió.

Allí se encontró con Pedro y Pablo quienes también, por el intenso calor y la humedad, habían pedido el favor de ser transportados. El vehículo estaba repleto de cajas con jaulas que portaban aves y bolsas de arpillera llenas de verduras, el campesino abrió la puerta trasera y comenzó, junto con los muchachos, a acomodar los trastos para que Juana subiera. Ella no era precisamente una mujer ágil, con su cuerpo robusto y su baja estatura necesitó de ayuda.

Se acomodó y les agradeció la colaboración. Ellos se sentaron y apoyaron la espalda sobre la cabina.

-¿Para dónde vas? – le preguntó Pablo.

Así la mujer durante el trayecto les comentó de su infortunio. Reanudaron la marcha. Luego de unas horas, bruscamente, la camioneta se detuvo, el conductor se bajó.

-¿Por qué habrá parado? – preguntó Pablo.

-Ni idea – le contestaron.

Fue a mirar el motor, abrió la tapa y salió una enorme cantidad de vapor, se dirigió enseguida a la parte de la carga.

Los miró y les dijo:

-Andamos con problemas mecánicos, no sabemos si vamos a volver a arrancar.

Entonces los tres se bajaron y Juana pensó en seguir caminando.

Pedro le propuso:

-Esperá a ver si se puede arreglar el problema.

El conductor se fijó en el aceite y no encontró problemas pero cargó el agua que había perdido el motor. Se dirigió a la cabina y sacó una caja de llaves, que estaba muy sucia, le quitó el polvo con sus manos y adentro encontró todas las herramientas que necesitaba.

Pablo se ofreció a ayudar, entonces, le asignaron el distribuidor y le dieron un destornillador para revisarlo, mientras tanto, el dueño y Pedro se pusieron a buscar alguna falla dentro del motor, en especial, las bujías. Una vez que sacó el distribuidor, los tres notaron que estaba muy sulfatado, podía ser el origen del problema, así el conductor le pidió a Pablo que lo limpiara, quien, con descuido, negligencia y sin importarle demasiado, trató de hacerlo con un trapo sucio, Pablo pensó que era una tarea fácil e indigna para una persona como él.

-Quédense tranquilos, no hay trabajo que sea difícil – afirmó Pablo con autosuficiencia.

Al rato les contestó que había terminado su tarea, los demás habían revisado el motor. Hicieron el intento de arrancar nuevamente. Pero no pudieron. El conductor sabía que tenía que entregar la mercadería que llevaba en buen estado y si el vehículo se quedaba allí durante mucho tiempo perdería el valor de aquélla. Se lo mencionó a los muchachos. Frustrado pegó un golpe sobre una chapa en mal estado del vehículo y se hizo un pequeño corte en la mano.

Pedro buscó un bidón de agua y lo ayudó a lavarse, luego se puso unas vendas.

Se preguntaron qué hacer. Decidieron verificar otra vez el estado del distribuidor. Los volvieron a sacar y notaron que seguía sulfatado.

-No lo limpiaste bien – le hizo notar Pedro.

-Pero a mí sólo me pidieron que lo repasara un poco – añadió Pablo con desgano.

Entonces se pusieron con un trapo de lana de vidrio a dejarlas a punto y, luego de un rato, las volvieron a colocar, entonces arrancó.

Pablo se mostró curioso y les dijo que tenían suerte.

A lo que Pedro le contestó:

-No es suerte, las personas que tienen éxito en sus tareas son las más determinadas, nunca dejes un trabajo sin cumplir.

La camioneta siguió su marcha, el conductor pese a la lastimadura pudo continuar. El vehículo frente a un desvío paró la marcha.

-Juana, si vas caminando por aquí en unas cuadras llegas a la ONG, yo tengo que seguir por la ruta principal - le comentó el campesino.

Juana le agradeció y se dispuso a seguir adelante.

-¿Por qué no vas con ella, Pablo?, quizá necesite ayuda – le señaló Pedro.

-¿Y vos, qué pensás hacer? – se anticipó Pablo.

-Voy a acompañar al conductor hasta su destino para entregar la mercadería, ya que él está con una mano lesionada. Cuando termine volveré a buscarlos a los dos acá y si no los encuentro, los veo en el hospital – finalizó Pedro.

Se pusieron de acuerdo y Pablo acompañó a Juana. Así se desviaron de la ruta por un sendero alternativo que no estaba asfaltado sino que era de ripio, caminaron por un corto trecho hasta el centro hospitalario donde fueron atendidos por el director muy amablemente. Fue el primero en recibirlos, los estaba esperando en la entrada del lugar. Les preguntó quiénes eran, y luego se presentó.

El hombre era español, de nombre Miguel y de marcado acento de origen, la ONG era española. Con amabilidad y cortesía los introdujo en el lugar, les comentó que había atendido una llamada telefónica del jefe del hospital y que estaba al tanto del problema, le añadió a Juana que quizás encontraría el remedio porque habían recibido una donación de España que aún estaba sin clasificar, la mercadería la habían recibido hacía pocos días. Ellos poseían una farmacia social y un botiquín comunitario en el cual tenían drogas genéricas con las que abastecían a la comunidad en forma básica. Cerca de allí y, para complementar la labor, había una pequeña escuelita para niños.

En los remitos de envío figuraba la droga. Era poca pero bastante para las necesidades de una persona. No tenía un stock administrativo de lo almacenado, de modo que los llevó al depósito y les dijo que, debido a la falta

de personal y lo inmediato de la necesidad, lo mejor era que empezaran ellos a ordenar y a limpiar para poder ubicar las existencias.

El panorama era desolador. El depósito era enorme y sucio. Grasa, polvo y telas de araña, eran la constante en ese lugar. Además herramientas de trabajo muy oxidadas para las labores del campo, había cosechadoras abandonadas junto a grandes cajas de cartón con cinta adhesiva que estaban colocadas sobre el suelo. La luz era solamente natural, apenas alguna bombilla colgaba de un cable eléctrico.

El director se acercó, les señaló la mercadería y les dió unos remitos que indicaban lo recibido. Pablo se quedó asombrado, tendría junto con Juana, que abrir cada caja, verificar y ordenar en estanterías qué remedios habría en cada una.

Le comentó que el trabajo era demasiado y que quizás necesitarían algo de ayuda extra. El director reflexionó el problema y les contestó que más tarde llamaría a unos lugareños que concurrían asiduamente a ayudarlos. La mayoría de los que trabajaban allí eran voluntarios. Les pidió que tuvieran cuidado al ordenar y abrir las cajas ya que, en muchos casos, era material delicado.

Juana sabía trabajar, así que, le sugirió a Pablo que antes de comenzar la tarea era mejor organizarse y buscar una escalera para acomodar el stock en estantes, tijeras para cortar las cintas y guantes para no cortarse las manos al manipular el cartón. Después de algunas horas, muy simpáticos pero algo altaneros, se presentaron los vaqueanos del lugar.

-Nos llamaron para ayudarlos a limpiar un poco el lugar – dijo uno de los lugareños.

Juana les sugirió por dónde comenzar. Así, durante muchas horas estuvieron limpiando, sacando basura, ordenando y clasificando el stock que había, pero sin encontrar lo que necesitaban.

Durante el trabajo Pablo vio unos papeles, los leyó y se lo comentó a Juana. Al anochecer dejaron las tareas y, mientras cenaban, Pablo le preguntó al director lo que había leído y con amargura les comentó la verdad y era que sólo les quedaba el día siguiente para finalizar la búsqueda ya que se había librado un edicto judicial para rematar el lugar.

El antiguo dueño que les cedió el espacio se los dejó con deudas impositivas y en muy mal estado y para resolver los problemas pidieron un dinero a un prestamista de la zona, pensando que más adelante podrían saldar la deuda, pero, por las dificultades económicas, eso no fue posible. Las deudas se fueron acumulando y, finalmente, se libró un juicio. Como resultado fueron condenados a pagar una suma de dinero y para hacer efectivo el pago se decidió el remate del lugar. Él pensaba trasladar en pocas semanas el establecimiento, ya que el gobierno municipal les había ofrecido un lugar para mudarse a la capital pero ello les traería como consecuencia que no podrían atender a la gente del lugar.

-Es una lástima todo esto, pero es así, las cosas ya no tienen arreglo, lo importante es que ustedes consigan lo que necesitan – les comentó el director.

Pablo esa noche no comió y se quedó con Juana hablando sobre lo que quedaba pendiente.

-Hasta ahora no encontramos nada – acotó Pablo.

-Por ahora, no – contestó ella.

Al amanecer comenzaron nuevamente a trabajar y cerca del mediodía el director les comentó que en pocas horas, por una noticia que había recibido por teléfono, llegaría el dueño para realizar, con efectivos policiales, el temido desalojo.

Entonces uno de los hombres desanimado les dijo que para qué seguir trabajando si ya estaba todo perdido y, seguramente, el medicamento no estaba porque ya habían revisado toda la mercadería. Juana se desanimó.

-Pibe ¿para qué vas a seguir? - dijo con amargura.

-Pero hay que ver si la mercadería esta en algún rincón, y para eso hay que mover algunos muebles muy pesados - insistió Pablo.

-Ya estamos cansados de esto – le contestó.

-Pero falta poco – le increpó Pablo.

-Pero en los rincones sólo hay mugre, y para qué vas a limpiar ahí si total detrás de las estanterías nadie ve. A mí, - continuó - sólo me pidieron eso, dejar las cosas más o menos limpias - le explicó a Pablo.

Juana miró al suelo y vio como una sombra rodeada de la luz del mediodía se formaba en la palma de su mano con forma de cruz, era la sombra que creaba una pequeña ventana. Inmediatamente levantó la cabeza.

-Pero Dios todo lo ve, - le contestó Juana.

En ese momento Pablo meditó aquello que le había dicho y recordó lo ocurrido con Pedro un rato antes.

-Ella tiene razón – afirmó Pablo.

-Eso no sirve, prefiero llamar al resto de mis amigos para preparar una protesta y hacer un piquete para que no vengán a rematar el lugar, este esfuerzo ya no tiene sentido, seguro se robaron la mercadería o no la enviaron

- terminó diciendo y con un brusco gesto de desgano y se fue. Sus compañeros tristes e indecisos se lamentaron, luego se disculparon y lo siguieron.

Con determinación, Pablo siguió su trabajo y empezó a transpirar, trató de secarse la frente y se ensució con grasa la cara. Movieron una vieja estantería de madera entre los dos. Sintieron el ruido de unas cajas que caían. Con esfuerzo se movió detrás del mueble y las tocó. Las manos se le llenaron de polvo, y presintió que allí se encontrarían los medicamentos que Juana necesitaba.

-Juana, ¿son estos? – preguntó Pablo con satisfacción mostrándole los envases.

Ella limpió las cajitas, y advirtió, con grata sorpresa, que eran los que necesitaba.

Luego de un momento de alegría Pablo se relajó y Juana le dijo seguir. Él así lo hizo y continuó limpiando y vio una pequeña tapa que se distinguía por su color en el piso, la golpeó con la mano y sonó a hueco, la levantó con un destornillador y vio un paquete lleno de polvo. Juana lo observó y buscó al director, cuando la encontró, ella le comentó y él se alegró mucho, le dijo además que habían encontrado un viejo paquete. Se acercó a averiguar. Al llegar, Pablo le alcanzó el paquete que estaba escondido, le pidió que lo desenvolviera y así lo hizo. Se encontró con que allí habían dólares americanos guardados.

-El viejo dueño nos había dicho que había ahorrado durante muchos años un dinero, que lo había escondido y que era para nosotros para cuando lo necesitáramos - dijo el director al ver con asombro la novedad - pensé que era todo mentira y nos olvidamos del tema - terminó diciendo.

Entre los tres se pusieron rápidamente a contarlos, bastaba para pagar las deudas y más. Con asombro el director lo puso después en una bolsa para no perderlo.

Mientras esto ocurría, varios vaqueanos del lugar organizaron una protesta bloqueando la ruta. Tiraron neumáticos a la ruta y los quemaron, el lugar se transformó en una inmensa nube de hollín, de tal modo que para respirar necesitaban pañuelos. Los que se dirigían al remate, inicialmente, tuvieron que detenerse, pero no por mucho tiempo, era gente avara, de los que privilegian los negocios, aparte el edicto había establecido la hora del remate, no habría retrasos. Luego vinieron los efectivos de la policía, así los vecinos fueron avisados por un micrófono que si no se retiraban con prontitud del lugar y dejaban libre la ruta serían reprimidos con determinación por la policía, ellos hacían su trabajo. Ninguno retrocedió y, como nunca se sabe quién empieza la violencia, ambos bandos se enfrentaron, cada uno tenía sus razones. Tiros, palos y botellas fue la síntesis de ese encuentro donde hubo una gran cantidad de heridos.

Después del hecho llegó la policía para organizar el remate de la propiedad. Vinieron algunos presuntos compradores, el síndico, el martillero y el acreedor para organizar la subasta, que era sin base y al contado rabioso.

Buscaron una sala para organizar el remate, para asombro de todos los que habían llegado, la subasta se suspendió minutos antes ya que el director, Miguel, con el dinero encontrado habló con el síndico, y saldó la deuda con el prestamista y así evitó el remate del lugar. El prestamista, hombre violento, avaro y desconfiado, luego de cobrar su dinero les comentó:

-Tenían ganas de pelear, hubieran evitado todo esto si querían.

Callados y sin contestar, Pablo y Juana con la satisfacción del trabajo realizado, tomaron la decisión de retirarse.

El comisario, que había conducido la acción contra los manifestantes, luego de los hechos, le preguntó al director:

-Sr., disculpe, ¿si tenían el dinero, para qué protestaron?, hubo mucha violencia y heridos, no entiendo nada.

El director no sabía qué decir, tuvo vergüenza, cualquier respuesta resultaba tonta y sin ningún sentido, al final respondió con una evasiva.

-No es el mejor momento para contestar esto, en otro momento hablamos - trató de responderle asombrado.

-Como quiera, están todos locos en este lugar, ahora dentro de poco cuando lleguen las personas heridas van a tener que atenderlas – le respondió el comisario.

El comisario tenía su carácter, de los que perdonan sólo cuando se olvidan. Así se miraron, de mala manera y entre ellos sólo quedó el silencio, el comisario frustrado, con malos modales y sin despedirse llamó a sus hombres y se subieron a los vehículos.

El director se acercó a los dos.

-Nos sobró dinero, es justo que compartamos los beneficios.

Pablo interpuso su mano, dio a entender que no aceptaba el ofrecimiento, estaba dentro de otro tema.

-Juana lo necesita más que yo, además no estoy en busca de esto sino de algunas respuestas – le respondió.

-Entiendo, presiento que las vas a encontrar – le respondió el director.

Juana agradeció y aceptó gustosa, pensó que la suerte la favorecía.

-Ya tienen lo que necesitaban, ¿Qué van a hacer ahora? – dijo el director.

-Yo voy con ella – contestó Pablo.

-Tenemos que irnos rápido - contestó Juana.

La despedida fue breve, el director les agradeció la ayuda, y ellos también, así ambos decidieron marcharse pero antes de que se olvidara les preparó un envío de medicamentos para el hospital en un pequeño paquete. Les pidió encarecidamente que no se olvidaran. Prometieron cumplir. Caminaron hacia la ruta y vieron cómo los manifestantes volvían, algunos sobre un vehículo, otros a pie, la mayoría necesitaba atención médica.

El vehículo pasó cerca de ellos dejando tras de sí una nube de polvillo que era producto del ripio. Mientras se marchaban contentos, Pablo giró la cabeza y advirtió con pena, que en ese vehículo que llevaba gente lastimada se encontraba aquella persona que le había negado ayuda unas horas atrás, llegaba triste y dolorida, tenía cortes en la cara y varias fracturas. Apenas se intercambiaron una mirada.

El director miraba preocupado cómo volvían los que habían hecho la protesta, bajó un momento la mirada y se entristeció, hizo un gesto de negación, ahora su trabajo sería atender a los que volvían. Los vio a los dos cómo se marchaban lentamente. De repente sintió una cálida brisa y observó una paloma blanca sobre un árbol, se quedó mirándola por unos instantes, tuvo un presentimiento y se dio cuenta de que había recibido algún tipo de ayuda especial, sonrió y la paloma voló. Buscó con la mirada a sus dos amigos, pero no los pudo ver, ya se habían perdido en el horizonte.

Cuando llegaron a la ruta, ni bien salieron del camino de tierra, los esperaba Pedro que se había bajado de la camioneta.

-Volvemos con quien nos trajo anteriormente, ¿Cómo les fue? - les preguntó.

-Muy bien – le contestó Juana.

Y Pablo se detuvo un instante, se sonrieron y trató, en ese breve momento, de relatarle cómo habían ocurrido los hechos... y su amigo se alegró porque le habría salido bien la tarea que se había propuesto.

-Te noto contento, quizás te diste cuenta de algo.

-¿Y de qué me di cuenta?

Juana impaciente los llamó para que se apuraran, y la conversación quedó allí. Subieron rápidamente a la camioneta. El vehículo estaba ya sin carga, así se acomodaron con facilidad.

El clima se recompuso, la lluvia había cesado y el día estaba resplandeciente. Volvieron. Los médicos en el hospital pudieron verificar que era la droga correcta, con optimismo hicieron su trabajo. Juana les dejó el envío con medicamentos que le encargó el director de la ONG. Se lo agradecieron. La droga con el pasar de las horas hizo su efecto y el niño se recuperó en corto tiempo. Lo dieron rápidamente de alta.

En la puerta del hospital tomaron una decisión, todos la acompañarían a Juana hasta su casa para ayudarla a arreglar algunas cosas. Pusieron al niño sobre el burro y fueron juntos caminando.

En la vuelta Pablo le preguntó a Juana:

-¿Qué pensás hacer con el dinero que te dieron?

-Comprar unas máquinas de coser y así tener una actividad independiente, como la tuve en los buenos tiempos. Me va a ir bien – contestó muy contenta.

En la casa mientras Pablo cocinaba unos panes en el horno, le preguntó a Pedro qué le quiso decir cuando se encontraron.

- Quizás te diste cuenta de la importancia de la Fortaleza.

En ese momento Pablo se interesó.

-¿Y por qué es importante la Fortaleza?

-” La fortaleza, es la virtud que nos permite superar las dificultades en los trabajos que realizamos, y esto es muy importante, porque la felicidad, Pablo, es siempre producto del esfuerzo hacia el Bien.” - terminó respondiéndole Pedro.

Extrañado por la afirmación, le replicó:

-¿Qué la felicidad es siempre producto del esfuerzo hacia el Bien? ¿Te parece?

-Claro que sí, comprobalo vos mismo - contestó Pedro.

Juana no prestó atención al diálogo, estaba ocupada con sus niños. Pablo sacó del horno los panes que ya estaban horneados, los tocó y estaban calientes pero podían comerse y Juana llamó a sus hijos para probarlos y, mientras se los ofrecía, los niños tomaron de a uno los panes y se sonrieron todos. Mientras tanto, una cruz de sombras se formaba en el piso, refractada por una luz blanca que entraba por la ventana.

CAPITULO 5:

JUSTICIA

José vivía en un barrio humilde, en el Gran Rosario. Había terminado la secundaria y, a duras penas, conocía un oficio. Trabajaba en un galpón que había sido abandonado por sus antiguos dueños y que cedido por la municipalidad, funcionaba como centro de acopio de una cooperativa de cartoneros. En él se acumulaban residuos reciclables que primero eran clasificados y luego utilizados para la reventa. Al final de cada jornada de trabajo cuando venían los cartoneros con la carga, primero la clasificaban y luego, tras pesarla, les pagaban a cada uno. El trabajo era sucio y duro. El lugar funcionaba como campamento improvisado ya que muchos cartoneros dormían en el galpón durante la semana para ahorrarse viáticos.

Su madre se desempeñaba como portera en un colegio de la zona y lo atendía a él y a su hermano menor. José padecía epilepsia pero con la medicación estaba controlado aunque, a veces, los tratamientos médicos complicaban su vida.

Hasta que un día se encontró con su tío quien les hacía regalos a los dos sobrinos cuando los visitaba. Siempre tenía varios celulares y un fajo de dinero en el bolsillo que exhibía con fanfarronería. Nunca le faltaba tampoco la buena ropa, un ostentoso coche, ni una atractiva compañía. El hermano menor de José que estaba en edad escolar comentaba que quería ser como el tío.

Aparentaba ser un hombre próspero y digno de imitar y, cuando los visitaba, lo recibían con alegría y para ellos era el tío favorito.

Tenía un enorme taller mecánico con gran cantidad de empleados. Con sus contactos políticos y numerosos clientes nunca le faltaba trabajo. El taller no era muy visible desde fuera pero, por dentro, ocupaba casi toda la manzana, algo muy notable para una zona tan deprimida.

Se dejaba conocer como un hombre receloso y sumamente ocupado, nunca hablaba de su trabajo sino de la buena vida que llevaba. La madre de José siempre les dijo que no aceptaran dinero de él. Y por esto tuvieron varias discusiones.

Un día, luego de la muerte de su padre, el tío lo invitó a José para unirse a la barra del club. Reclutaba jóvenes para la hinchada que fueran preferentemente menores y con dificultades económicas. José no halló razón para negarse, de modo que aceptó.

Encontraría otra familia y así los fines de semana podría ser uno más de la barra.

Ese año fue especial, la comisión directiva del club había traído nuevos jugadores y por esto esperaban ganar el ascenso y el torneo. Confiaban en que los premios y ganancias para todos serían más importantes, tanto para jugadores como para hinchas.

Por los resultados del campeonato el ascenso se disputaba con el clásico rival, que se encontraba en una ciudad próxima. Los ánimos al final del campeonato se caldearon. Los insultos y las provocaciones eran moneda corriente, más aún en el partido que disputaron entre sí los equipos contrarios.

Habían ganado el clásico por goleada y el torneo ya los perfilaba como claros triunfadores y llegaría el tan ansiado puesto, por lo que había un gran entusiasmo y el club contrario se encontraba humillado en todo sentido. Los

comentarios y festejos eran continuos. José participaba y sentía que era feliz, aunque su madre, una persona más prudente por su experiencia, lo criticaba cuando le servía la cena, pero él hacía oídos sordos.

La última fecha era algo especial, todos lo sabían. Por la localización geográfica de los partidos las hinchadas rivales podían cruzarse en algún momento y lugar en la ruta. La barra de José pensaba en los festejos, pero para la hinchada opuesta no había nada que festejar sino una cuenta que saldar.

Los contrarios estaban al tanto de la situación y era el momento calculado por ellos para el ajuste, un enfrentamiento rutero en el cual se saldaría la humillación recibida.

La policía, conocedora del problema, dispuso un operativo. Pero la barra contraria tomó una ruta más breve conocida por pocos lugareños, por lo que, viajando a gran velocidad, llegarían de manera inesperada. Los encontrarían en algún lugar sin vigilancia.

Tras el último partido del torneo, se subieron a los micros para volver a la ciudad, ganaban por puntos el campeonato y el ascenso. El club les había prometido beneficios, y tenían sobrados motivos para festejar, con cigarrillos y cerveza.

El micro que lo transportaba a José se había detenido en el peaje pero, súbitamente, notaron a los empleados de las cabinas algo nerviosos. Los pasajeros no esperaban nada más que un buen regreso.

Alguien dio el aviso, pero ya era tarde: una ráfaga de piedras y palos empezó a romper los vidrios del micro. No solamente las piedras eran peligrosas sino los vidrios rotos pues producían los mayores daños. Algunos trataron de bajarse

pero era muy difícil. Estaban decididos a no rendirse ni retirarse. En el medio de la batalla uno de los jefes de la barra, impulsivamente, se decidió por lo más extremo, sacó un arma de grueso calibre escondida en el piso del micro y la usó. Se intercambiaron tiros. José, sorprendido, se tiró al piso y se cubrió la cabeza con las manos, los vidrios que llovían lo tapaban entero.

Con los disparos, se escucharon gritos y el ataque terminó con heridos de ambos bandos, algunos bajaron del ómnibus y notaron sangre en el pavimento. Sin haber recibido graves daños decidieron seguir la marcha pero se dieron cuenta de que podría haber alguien muerto o muy lastimado en el bando opuesto.

Pensaron inmediatamente cómo deshacerse de las armas y del alcohol. La ruta pasaba unos kilómetros más adelante por un importante río, allí podrían arrojar la evidencia que los comprometía.

La policía, avisada rápidamente del hecho, se les adelantó. Antes de llegar al lugar los detuvieron en un sorpresivo operativo, y así terminaron todos en la comisaría de la zona. José sin su medicación tuvo un ataque epiléptico pero no recibió atención.

Finalmente, después de unas horas llegaron los típicos abogados y los notificaron de la situación: había muerto un hincha contrario en el tiroteo y quedaron confiscados el micro y todas las armas.

Los jefes de la barra lo llamaron a José. Lo persuadieron de que, por su enfermedad, asumiera la responsabilidad del homicidio, le dijeron que así, siendo, en principio, una persona no imputable y con algunos contactos importantes, saldría rápidamente y le prometieron que para saldar la deuda que tendrían con él, recibiría un puesto en el club. José aceptó sin meditar. Pero

luego, para él las consecuencias fueron otras. Se armaron testigos para confirmar el hecho y, finalmente, terminó alojado en una comisaría.

La noticia trascendió a los medios locales, el hecho se complicó de manera inesperada y la causa fue asignada a un Juez que no tenía relaciones con el poder político conectado con la hinchada. Al final del juicio los peritos y psiquiatras determinaron que era imputable por el hecho y así José fue condenado aunque apenas tenía la mayoría de edad.

Finalmente, abandonado a su suerte por aquellos que se habían ganado su confianza, fue declarado culpable y trasladado a prisión. En el pabellón en el que él se hallaba se encontró con otros reos, y por una casualidad con una persona que había estado con él en el hecho y que había sido detenida por otros delitos previos y que conocía con gran detalle a su tío.

Este compañero de celda le comentó de modo muy burlón que su tío tenía un desarmadero de autos y no un taller mecánico como contaba y que, además, aspiraba a un cargo político muy importante. Quizás fuera por eso que no apareció luego del hecho. El dinero fácil tenía su explicación. José se sintió como un bobo.

La vida en la cárcel fue muy dura aunque aprendió muchas cosas. Allí además había reflexionado mucho sobre las manipulaciones. Durante ese tiempo nadie lo fue a ver, ni sus amigos de la barra, ni su antigua novia que lo había dejado. Cada tanto lo iba a ver su hermano menor con su madre.

Durante esas cortas visitas se enteró de que su madre había perdido el trabajo en el colegio por los rumores que se habían creado sobre su hijo y que él, su hermano menor, trabajaba con su tío. José para no complicar la situación no

quiso nunca comentarle el hecho a su hermano sin antes hablar con su tío, quien misteriosamente, había desaparecido.

Pasado el tiempo de reclusión, que duró unos pocos años, el juez por su buena conducta dio por cumplida su condena. Cuando llegó su último día en la cárcel, mientras arreglaba sus ropas un compañero de celda le dijo:

-Que tengas suerte pibe y que no te metan por gil de vuelta.

Luego de las últimas revisiones antes de salir, esperaba que alguien lo aguardara al final de la puerta del penal, estaba preocupado y pensativo, pero no había nadie. Era de mañana, ya en la calle miró hacia atrás, decidió dejar los viejos recuerdos y, como vivía lejos, con las pocas monedas que tenía se dispuso a tomar un micro para ir hasta su casa.

Luego de unas horas de viaje, se bajó para caminar por una calle que parecía vacía y desolada. De improviso y de su misma mano aparecieron varias personas juntas. Se detuvo un momento, no tenían buen aspecto, llevaban algunas botella de cerveza, se los veía alegres pero no estaban ebrios. Pensó en cruzar y caminar por la vereda de enfrente para evitar problemas, pero dudó. Quizás vendrían de una bailanta cercana, que él conocía. No quería pensar mal de nadie y siguió.

Apenas los tuvo cerca, lo empujaron hacia una obra en construcción. Primero lo golpearon, inmediatamente uno de ellos sacó un arma afilada, lo amenazó. Luego lo tomaron y revisaron con interés su bolso. José, por la sorpresa y el miedo, no pudo reaccionar.

En la obra había operarios en los pisos superiores y con el ruido fueron a observar pero se cayó la tabla del andamio donde permanecían. Con la distracción, José forcejeó para recuperar su bolso, le dio una trompada al que portaba la navaja y el golpe fue tan fuerte que escupió un diente. Como era bastante ágil, zafó y comenzó a correr. Así logró escapar.

Decidieron perseguirlo inmediatamente y él lo sabía. Corrió varias cuerdas como pudo, dobló en una esquina y se topó, de improviso, con dos personas que venían caminando con tranquilidad en sentido contrario.

-¡Por favor, necesito que me ayuden! - les dijo con el poco aire que le quedaba.

-¿Qué te pasa? – le preguntó Pablo.

-Tengo que esconderme – respondió José.

Pedro observó el lugar inmediato a él, había un estacionamiento para vehículos que parecía abandonado.

-Escondete en esta entrada – le ordenó.

José se metió en un lugar muy pequeño. Los dos se miraron inquietos, lo habían notado muy asustado. Caminaron unos pasos, inmediatamente llegaron los hombres que lo perseguían y, con el impulso, lo empujaron a Pablo quien dio unos pasos hacia atrás.

-¿Vieron a un tipo morochito? - le preguntaron a Pedro.

-Ese tipo me debe algo – dijo otro y moviendo la boca escupió otro diente.

Trató de permanecer callado y no contestar.

-¿Vas a hablar si o no? - añadió alguien del grupo y sacó una navaja.

Uno de los ladrones vio que Pablo llevaba varios objetos personales.

-Dame el reloj pibe y todo lo que tengas encima – le dijo de mal modo.

-¿Qué?, ¡yo no tengo ningún reloj! – contestó sorprendido.

Al decirlo levantó las manos y se notó que mentía. Súbitamente le pegaron sin piedad con la botella de cerveza. Ya en el suelo, casi inconciente, le sacaron lo poco de valor que llevaba.

-Esto te pasó por gil – le advirtieron.

Pedro viendo semejante desastre y que los agresores se ponían cada vez más tensos les dijo:

-Creo que se fue en esa dirección.

Uno de los malvivientes confirmó:

-Tiene razón, vi a una persona corriendo en la otra cuadra.

-Vamos – dijo el de al lado.

Y así los ladrones se fueron rápidamente. Pedro se fijó cómo se encontraba Pablo. Con dificultad lo ayudó a levantarse.

-Me robaron mis cosas – balbuceó con angustia la nueva víctima.

-Eso no es lo importante. ¿Estás bien?

-Creo que sí.

José, luego de unos instantes, salió de donde se había ocultado.

-Me quisieron robar a mí primero, tuve una pelea con ellos y casi me matan, disculpen, no quise meterlos en este problema.

-No es culpa tuya – le añadió Pedro sosteniéndolo por un momento a Pablo.

Así les agradeció a ambos el favor que le habían hecho y se fue.

Pablo fue recuperando lentamente la compostura, entonces lo miró con frustración a Pedro:

-Mentiste, cuando te preguntaron dónde estaba y eso es pecado - le comentó con soberbia.

Pedro lo miró sorprendido durante un momento y le preguntó:

-¿Qué hubiera sucedido si yo hubiera dicho la verdad?

-Le hubieran sacado lo poco que llevaba y dado una terrible paliza seguramente hasta matarlo - contestó el amigo.

-¿Te das cuenta entonces? - insistió Pedro.

-Darme cuenta, ¿de qué?

-Tuve que faltar a un mandamiento; no mentirás, para cumplir uno de mayor importancia.

-¿Y cuál es? – se interesó Pablo.

-Amarás a Dios y a tu prójimo como a ti mismo - le contestó Pedro.

-¡Como zafaste, eso es tener buen verso!

-No Pablo, es un principio de justicia, que nada te excuse de ayudar a quien te necesite.

Siguieron caminando juntos. A pocos metros se encontraron nuevamente con José. Lo encontraron tratando de hacer una llamada en un teléfono público, el cual le “comió” las pocas monedas que le quedaban.

-Disculpen ¿tienen alguna moneda? – les solicitó José.

-Mirá, creo que sí, pero no te puedo contestar ahora, porque el muchacho se lastimó y tiene que limpiarse la herida.

- Vamos al 24 Horas que está en esa estación de servicio – señaló José con la mano.

Entraron y se acomodaron en una pequeña mesa. El encargado los miró con detenimiento cuando ingresaban, se acercó para limpiar la mesa y les preguntó qué les había pasado. Le comentaron rápidamente.

- Ah ya sé - contestó con seguridad - son gente conocida en la zona y ellos siempre traen problemas, a mí me asaltaron varias veces.

-¿Los conocés vos? – preguntó Pablo.

-Integran una barra brava de la zona, pero es mejor que no se metan – les terminó informando.

Pablo fue al baño, se limpió la herida que había recibido en el encuentro. Al volver, quedó deprimido por el hecho.

-Al final me terminaron robando a mí, y lo peor es que me sacaron hasta un recuerdo de familia, además del golpe que me dieron. José revisó sus cosas, le faltaban sus documentos.

-A mi también me robaron – afirmó José.

-Me las van a pagar – prometió enfurecido Pablo.

-Por ahí te puedo ayudar a recuperar tus cosas.

-¿Y cómo? – preguntó Pablo.

-Es una larga historia – afirmó José.

Entonces José comenzó su largo relato. Les contó que quería volver a su casa que estaba cerca de allí, pero que necesitaba hacer antes la llamada. Les comentó que había salido de la cárcel por una condena simple y que había estado durante varios años. Pablo lo escuchó con desagrado.

José continuó con su relato y le explicó a Pablo, que quería volver a ver a su hermano, que era unos años menor que él, y estaba seguro que su hermano participaba en la misma barra que les había robado.

-Seguramente son del grupo en el que yo estuve años atrás, por los tatuajes que llevaban en los brazos, yo nunca me los hice, creo que si hablo con mi tío por ahí él te puede devolver lo que te robaron a vos y lo poco que me robaron a mí. Mirá no estoy seguro cómo va a reaccionar, pero mi tío me debe algo por lo que supongo que nos va a hacer el favor.

Entonces Pedro se levantó para comprar unas gaseosas y algo para comer.

-¿Existe esa posibilidad?

-Sí claro, mirá Pablo, parecés una buena persona, te voy a contar algo, no es muy importante, pero que sea un secreto, - le susurró bajando la voz.

Y le relató que había sido parte de la barra y fue esa relación por la que había ido a la cárcel, que se vio obligado a reconocer un delito que no había cometido en un enfrentamiento rutero entre barras para encubrir a su tío quien había cometido el hecho pero que los había ayudado económicamente años atrás, y que él era dueño de un taller mecánico donde algunas veces, y por encargo, desarmaban autos. Como era una persona importante en el barrio y en la cual muchos confiaban, decidió cubrirlo con la promesa que le hizo de conseguirle un buen abogado y sacarlo rápido, cosa que nunca cumplió, y entonces para no generar mayor escándalo y no decepcionar a su hermano menor mantuvo el silencio durante todos estos años, pero tenía esperanzas de que si ahora le pidiera un favor, por todo lo que le debía su tío, él podría devolver las cosas robadas y sacar a su hermano del ambiente.

Y así le hizo jurar a Pablo que no comentara a nadie este dato, le añadió además que, para su hermano, era su tío favorito.

Pedro volvió y ofreció lo que había conseguido para comer. Pablo quedó pensativo, cavilando sobre sus problemas. José tenía hambre y se acordó de

las indeseadas comidas carcelarias. Entre los muchachos juntaron las monedas necesarias para hablar por teléfono.

Se levantó de la mesa y cerca de allí llamó a su madre quien, en ese momento, estaba con su tío y su hermano. Ella fue breve y estaba molesta, la conversación resultó pésima, le recriminó todos los problemas que le había traído. También habló con su tío, quien sabía de su salida de la cárcel, y le exigió explicaciones, él le contestó que estaba muy ocupado y todo fue discusión por lo que terminó colgando el teléfono con una enorme frustración.

José se quedó muy inquieto, sabía que si su hermano menor continuaba con su tío terminaría como él. Debía enfrentar la nueva situación, ése era el gran problema.

-¿Qué hacemos Pablo? – inquirió Pedro.

-Él me dijo que podíamos recuperar lo que nos robaron.

José regresó rápidamente, decidió ir a buscarlo.

-Sé donde pueden estar ahora, pero primero tenemos que pasar por la casa de mi madre, tengo que hablar antes con ella – les planteó José.

-Bueno dale – respondieron casi al unísono.

Los muchachos lo acompañaron hasta la casa de su familia. Se quedaron esperándolo. Encontró a su madre sola y lastimada. Entonces le narró que cuando le dijo a su tío que él iría hasta la casa, se quiso llevar al chico por que le resultaba útil y ella se había negado. Todo fue vano, la golpeó y se lo llevó igual.

Al rato José salió y buscó a sus amigos para enterarlos de la nueva situación. Llamaron a una emergencia y la madre fue llevada al hospital para atención médica.

José decidió ir a buscar a su hermano a la casa de su tío que era lindera al taller y Pablo se ofreció a acompañarlo. Pedro se quedó con la madre de José por si lo necesitaba.

Al llegar José golpeó la puerta de la casa pero no tuvo respuesta. Esperaron unos minutos, luego de los cuales le dijo al compañero:

-Vení vamos por otro lado.

Se dirigieron al taller, había un enrejado y lo saltaron. Entraron al lugar de trabajo, vieron drogas e, inmediatamente, se encontraron con el tío de José.

-¿Qué hacés acá con este tipo? - le recriminó sorprendido y tenso su tío.

-Vengo por mi hermano y para que me des algunas explicaciones.

-Yo vengo sólo para que me devuelvan mis cosas – añadió Pablo.

Así comenzaron a discutir por la suerte de su hermano.

-Esto lo terminamos acá – respondió el tío.

Sacó un arma y por el ruido llegaron otras personas.

-Mirá llegó el pibe que le robamos algunas cosas – dijo uno de los villanos.

-Ése es el tipo que me rompió un par de dientes – dijo otro.

-De acá no me voy – gritó José.

-No vengas a jodernos – ordenó el tío.

A José lo golpearon y lo sacaron del lugar.

-Le perdonamos la vida – dijo el tío refiriéndose a José – pero éste es un problema, llévenselo.

José terminó en el descampado lindante, parecía inconciente, viéndolo así lo dejaron solo, pero al cabo de unos minutos se levantó y se marchó para hacer la denuncia. Pablo entró a la pieza, lo ataron con fuerza y quedó durante un largo rato a solas, al tiempo que entre vehículos desguasados y grasa, escuchó un ruido. Moviéndose con dificultad se dio cuenta de que había cerca una persona maniatada, temblando de miedo y con la boca tapada.

Los malvivientes volvieron con una decisión clara:

-Ahora lo hacemos boleta con el almacenero – amenazó uno de los cómplices.

-Lo siento pibe – le dijo otro señalándole lo que le había robado.

Todos se rieron sarcásticamente. Apareció un muchacho joven con un arma. En la conversación, Pablo escuchó su nombre. Comentaban entre sí que el comerciante vendía droga en su negocio, que se había quedado con un dinero, que por ese motivo tenía una deuda con el tío de José y que, de alguna manera, esa deuda debía ser saldada.

Al rato, uno de los sediciosos, recibió una llamada por su celular, se asustó y se puso nervioso. Tras salir de la sorpresa, le avisó al tío de que la policía ya estaba al tanto del ilícito, entonces, decidieron matar al comerciante secuestrado y deshacerse del problema.

-La droga podemos arreglarla, pero con un muerto, ¿Cómo hacemos?- dijo uno.

Así entre los dos adultos no se pusieron de acuerdo ya que al saber que tenían problemas legales, querían hacer recaer la orden sobre el hermano de José.

-Matálos pibe, son un problema – dijo uno de los delincuentes.

Pablo, en la desesperación, se zafó de las ataduras, se acercó al joven y mientras los delincuentes observaban quietos el desenlace le dijo:

- No, mirá, no hagas eso.

-¿Por qué?, dame una razón, - le dijo el hermano de José.

Pablo pensó en contarle el secreto que José le había transmitido, seguramente su tío quería meterlo en problemas a él también, pero recordó el juramento de no contar nada a nadie. Indeciso se acordó de la recriminación de Pedro y así pudo tomar una decisión.

-Mirá tengo que contarte un secreto - afirmó Pablo.

-¿Cuál?, - le preguntó amenazándolo con un arma.

Y Pablo relató la confidencia.

Tras lo cual el hermano de José les preguntó a los demás:

-¿Es eso cierto?

Y ellos se miraron entre sí y no contestaron. De esta manera finalmente él desistió de disparar.

-No quiero saber más nada con vos tío – respondió el muchacho.

-Está bien, hiciste una elección – respondió el tío.

Así por temor, decidieron dejar a todos en un descampado de la zona.

Abandonaron al comerciante primero y luego de varios minutos de conducir, hicieron bajar a ambos cerca de una plaza.

-Tomá tus cosas pibe y no hagas bardo – hablaron con autoridad y arrojaron con desprecio sus cosas al suelo.

Así Pablo recuperó lo que le habían robado y se fue con el hermano de José para reencontrarse con el grupo en la casa. No faltaba nadie. Habían decidido recomenzar.

-Gracias a Dios que volvieron todos - dijo la madre.

Pablo comenzó a discurrir:

-Mirá José, ¿te acordás del secreto que me contaste?

-Sí claro, - afirmó él.

-Bueno resulta que ya no es un secreto, tuve que ponerlo al tanto de las bajezas de tu tío a tu hermano, tuve que hacer una elección, no hubo alternativa - le informó Pablo y continuó con la narración.

-No te preocupes, yo hubiera hecho lo mismo – aprobó el amigo.

José palmeó a Pablo en el hombro, les agradeció a ambos, preguntó qué querían hacer y ofreció ayuda.

-Tenemos que seguir - le dijo Pedro.

-Así es – asintió Pablo demostrando conformidad.

-Suerte entonces – les contestó José.

Mientras caminaban Pablo le explicó con más detalle aquello que le había pasado a Pedro. Entonces él le observó:

-Y entonces, cuál es el problema, te noto pensativo.

Mientras se tocaba la cabeza tratando de analizar, agregó:

-Fui desleal ya que revelé un secreto, pero aun así resultó que me lo agradecieron. La verdad, estoy confundido, porque cometí una falta, pero resultó.

Entonces Pedro insistió:

-¿Confundido porque tuviste que elegir?

-Así es – respondió.

-No te desconciertes Pablo, ya que, como me ocurrió a mí con la antigua Ley, “a veces los valores se oponen entre sí, y cuando esto ocurre lo justo es que prevalezca el valor más importante,”

-¿Y cuál es ese valor?, ¿el valor más importante?

-El Amor de Caridad, el Amor a Dios y al Prójimo, es el valor más importante.

Pablo reflexionó aquello que le dijo y volvió a preguntar:

-¿Y quién es mi prójimo? – quiso asegurarse Pablo.

-Quien necesite de tu ayuda - respondió Pedro.

-¿Vamos? – añadió, habiendo comprendido la lección.

-Sí, claro.

La madre entró a la casa y José los observó junto con su hermano desde la puerta. Entonces miraron hacia atrás, se saludaron entre sí desde lejos y se marcharon. Después, José sintió una brisa leve y cálida. Advirtió una paloma sobre un poste de luz, se quedó mirándola con atención unos minutos y presintió algo especial. La paloma voló y buscó con la mirada a sus amigos, pero ellos ya no estaban.

CAPITULO 6:

PRUDENCIA

Andrés era un ebanista que había trabajado durante muchos años en una fábrica de muebles, ubicada en una rica y próspera capital de la zona de Cuyo. Un día lo llamaron a una reunión. En ella, le informaron a todo el personal que el viejo dueño había fallecido. Él había ingresado a esa empresa, en Mendoza, siendo chico y allí había aprendido los secretos de su oficio, primero como ayudante y finalmente como capataz. Los obreros lo lamentaron muchísimo, el viejo dueño, un hombre viudo y sumamente trabajador, había mantenido la compañía a flote a través de todas las crisis y, a ellos, bajo su dirección, nunca les había faltado nada. El futuro se veía incierto y eso le quedó claro a todos. El discurso fue vacío, se plantearon muchas dudas. Lo importante era conservar las fuentes de trabajo, pero los nuevos dueños no dejaron visibles sus intenciones.

La empresa comenzó, luego del cambio, a trabajar con dificultades, las máquinas que se rompían no se arreglaban, los pedidos bajaban y las entregas se atrasaban.

Los reclamos de los pocos clientes que quedaban eran cada vez más frecuentes y, las discusiones entre los obreros y los delegados, aumentaban ya que había atrasos en los pagos de los sueldos. La situación parecía dirigirse hacia el caos.

Andrés comenzó a sospechar lo peor, los antiguos clientes compraban artículos importados, la producción disminuía y las suspensiones de trabajo cobraban fuerza. Finalmente ocurrió lo más temido, una mañana, mientras la

familia desayunaba tranquilamente, el cartero tocó timbre y le requirió su firma en una planilla de recibo para entregarle un telegrama. Lo colocó sin abrirlo en la mesa de su casa, buscó un mate, mientras su mujer le preguntaba de qué se trataba:

-Seguro es el telegrama de despido – dijo con preocupación.

-¿Querés que lo abra? – se ofreció ella tratando de infundirle tranquilidad.

-Sí – fue toda la respuesta.

Ella leyó el telegrama y con tristeza se lo entregó. Lamentablemente la presunción se confirmó. La empresa lo había echado. Pero él no había sido el único, con dudas y angustias buscó su vieja bicicleta en el garaje y se despidió de su esposa que lustraba la vereda con kerosene al estilo de la zona. Al llegar a la fábrica, para enterarse bien de las noticias, se encontró con sus compañeros frente a la puerta cerrada con un cartel que daba cuenta de las causas.

Había sido fundada por un inmigrante de origen italiano. Mientras él vivió, a pesar de no dar grandes dividendos, había generado una buena producción. Además había formado generaciones de ebanistas y carpinteros profesionales, entre ellos, Andrés.

Pero los hijos del fundador no pensaban igual. De buen pasar económico, acomodados en puestos burocráticos y acostumbrados a las reuniones, las relaciones sociales frívolas, las típicas fiestas ruidosas y vacías, veían, el trabajo duro de todos los días, como algo para gente de pocas ambiciones.

Aquella fábrica que les había dado de vivir durante tantos años era tan sólo una molesta carga.

Durante muchos días y meses hubo un intenso conflicto por la reapertura, entre la patronal y los obreros, ya que el balance no presentaba pérdidas. Lo que sucedía era que los nuevos dueños habían realizado un prolijo vaciamiento. Llena de deudas y con enormes compromisos ya no tenía viabilidad. Ocuparla y reabirla como cooperativa (lo que muchos habían planteado en las reuniones posteriores) no cambiaría el problema. Los artículos importados también habían hecho su parte. Era mas económico y daba menos problemas importar un mueble de Brasil que producirlo en el país. Como no tenían dinero en efectivo en la empresa y debían muchísimos meses de sueldo a los obreros, le ofrecieron a Andrés lo único que tenían. Él dudó, pero aconsejado por los abogados de la empresa y los delegados gremiales, finalmente, aceptó. Lo indemnizaron con las pocas máquinas que quedaban, casi todas en un estado lamentable. Con la ayuda de algunos de sus viejos compañeros y de la familia las guardó en el garaje de su casa.

-¿Por qué no vendés las máquinas?, te pueden pagar buen dinero - le preguntó un colega.

-Y con esa plata podés salir de vacaciones, después te buscás otro laburo – le añadió otro compañero de trabajo.

- Quizá si las cosas mejoran, pueda abrir un pequeño taller, ése es mi sueño – afirmó.

Su familia le hizo el mismo reclamo, el producto de la indemnización ocupaba todo el garaje, hacer lugar para las máquinas y herramientas, les trajo gran incomodidad. Muchas cosas que eran valiosas terminaron amontonadas y

desordenadas bajo un alero de la casa, en especial la cucha de la mascota de sus hijos: el perro, que había puesto una cara muy triste, se tendría que acostumbrar a la nueva situación. Andrés los escuchó y les pidió prudencia. Les respondió a su mujer y a sus hijos que fueran pacientes, que no esperaran el dinero de inmediato. Los problemas no eran sólo una cuestión económica como muchos planteaban.

Les relató que tenía una visión, un sueño, y eso lo motivaba a seguir, a luchar, a pesar de las dificultades. Su esperanza descansaba en que en cuanto tuviera algo de efectivo importante, empezaría nuevamente ya que con las máquinas y su experiencia, le iba a ser sencillo hacer pequeñas producciones. Podría fabricar productos más económicos y artesanales, a pedido y así iría mejorando el nivel de ingresos de la familia. Al final de su explicación su mujer y sus dos pequeñas hijas aceptaron a desgano.

Mientras tanto no le quedó más remedio que poner un letrero en el frente de su casa ofreciendo sus servicios y leer los clasificados. De vez en cuando salía a la calle, en especial a los barrios donde él sabía que había nuevas construcciones, a buscar trabajo y, cada vez que pasaba por alguna obra, se detenía con su bicicleta para fijarse si había algún cartel que pidiera trabajadores y luego, en caso de no ver ninguno, golpeaba en la entrada para preguntar a los obreros si necesitaban un ebanista. Algunos, si eran amables, le pedían una tarjeta pero, por lo general, recibía una respuesta negativa y los días iban pasando...

Su mujer había decidido mantener la casa con su empleo de doméstica, le dijo que se quedara tranquilo, su trabajo era seguro y, aunque eran unos muy pocos pesos, ninguno pasaría hambre.

Ella les había comentado del problema de su marido a sus patronos quienes le prometieron que si sabían de alguna vacante le iban a avisar. En el interior las relaciones eran sumamente importantes y la mujer de Andrés era conocedora del funcionamiento, por lo tanto, les dejó una tarjeta de su marido. Los patronos, dueños de una importante agencia de turismo de la capital provincial, tenían en claro que era una persona decente, ya que les había realizado excelentes trabajos en la casa.

Luego de un par de días de haber hecho este comentario, durante una pequeña cena, la familia de Andrés recibió un llamado, telefónico.

Atendió su mujer, pensando que serían sus patronos.

-Espere un minuto, Andrés es para vos – llamó intrigada dirigiéndose al esposo.

Después continuó sirviendo la cena. En seguida volvió él con la noticia. Por recomendación de los patronos de su mujer, una arquitecta, responsable de la terminación de una obra, lo llamó para realizar un trabajo importante de ebanistería. En un hotel situado en el centro de otra capital provincial, cercana a la ciudad de Mendoza, necesitaban de alguien con experiencia para las más finas terminaciones. Se dio cuenta, rápidamente, de una gran dificultad: debería quedarse allí, no podría, por la distancia, ir y volver a diario del trabajo. Por el relato, además, dedujo que el dinero que podía obtener era interesante pero no demasiado, una changa pensó él, pero bien valía la pena. Su oficio era también su pasión. Aceptó con dudas, pero quizás ese trabajo le serviría para

hacerse conocer y obtener otros mejor pagos. Le respondió que tendría que ver la obra para dar un presupuesto.

Y así se marchó en un micro hacia la ciudad. Al llegar, la llamó para notificarle, y acordaron encontrarse en el hotel en un horario determinado. La mujer fue impuntual, la tuvo que esperar varias horas. Cuando se presentó, se la podía observar que era llamativa, fina, elegante a la vez que superficial. Sin dar ninguna disculpa por el retraso, le mostró el trabajo. Andrés se percató de su carácter inmediatamente, pero siendo una persona paciente, no se quejó. Entonces, frente a una mesada junto a ella, tomó nota de los insumos, de los tiempos necesarios y, en una hoja detallada, le dio un afinado presupuesto con plazos de terminación y entrega. Ella le discutió algunos puntos, era una mujer muy minuciosa, mezquina y detallista. Al final aceptó y llegaron a un acuerdo. En cuanto a las provisiones para realizar el trabajo, habría una maderera cercana y las herramientas requeridas podría, él mismo, traerlas en un bolso. Ese día volvió a su casa.

Disfrutó con su gente la alegría que proporciona el tener empleo. Revisó las herramientas que necesitaba y las dejó en óptimo estado, les quitó el polvo y el óxido y verificó el funcionamiento de las máquinas requeridas para el trabajo, hacía tiempo que no las usaba. Las acomodó en un bolso.

A la mañana siguiente, como había acordado, fue otra vez para la terminal de micros despidiéndose de su familia. El trabajo que debía hacer le demandaría varios días a tiempo completo, calculó, como mucho, una semana. Buscó un boleto y se despidió brevemente de su mujer y sus hijas que lo acompañaron hasta el micro. Le desearon suerte, hacía mucho tiempo que no encontraba un

trabajo y ésta ya era una buena señal. Le dio también un beso a su hija quién le obsequió una estampita.

-Para que tengas mucha suerte papá – le añadió la niña.

Sin darle mucha importancia al hecho, el padre se lo agradeció y, con cuidado, la puso en su billetera. Colocó el bolso con las herramientas en la carga del micro y se subió al mismo.

Así comenzó esa etapa, dura, porque debía alejarse de su familia, y también por que no era un empelo ni largo ni seguro.

Tan pronto llegó se encontró con el capataz y se puso a trabajar. Como ya había arreglado, lo hacía solo. En la obra se estaban terminando los detalles: el plomero y su ayudante colocaban las griferías, lo mismo hacía un albañil con el revoque fino y las cornisas.

La arquitecta, nerviosa y preocupada, llegó al lugar con novedades: necesitaban inaugurar urgentemente la obra, los dueños habían cambiado los planes y la estaban presionando.

Decidió explicarles el problema, la mayoría de los trabajadores ya tenían sus tareas adelantadas, por lo cual para ellos no era un inconveniente. Pero no era el caso de Andrés. Así dejó la charla con él para lo último.

-¿Cómo hacemos con tu trabajo, Andrés? - le preguntó en forma inquisitiva.

Él le contestó que hacía su trabajo solo y que, lo que pretendía, era sumamente difícil.

Meditó un momento. Llegó a la conclusión de que para cumplir con las nuevas metas de tiempo, iba a necesitar, por lo menos, uno o dos ayudantes, entonces, lo comunicó.

La arquitecta, con su soberbia, le negó esa posibilidad aduciendo falta de dinero. Con desprecio, sugirió que consiguiera, en todo caso, algunas personas que, por unos pocos pesos, lo secundaran. Dicho lo cual, hizo las últimas revisiones con meticulosidad y, rápidamente, se retiró ansiosa porque tenía muchas tareas retrasadas que cumplir.

Después de la charla, Andrés habló con los otros obreros pero ninguno tenía tiempo, de modo que siguió con lo suyo y, luego de unas horas, pensó en tomar un merecido descanso, un par de horas quizás. Era mediodía y tenía algo de hambre. Un sándwich y una gaseosa bastarían para seguir la jornada.

El día era diáfano, seco y sumamente caluroso, un día “pesado”, propio de esa región del país. Era la hora de la siesta, quizás llegaría el viento zonda con su aire agobiante y sus misteriosos remolinos, algo que él detestaba, pero que le traía profundos recuerdos de su niñez, algo a lo que se había acostumbrado.

Ya en la calle, a primera vista, se topó con un vistoso local, era un maxiquiosco cercano a la obra. Ocupaba una esquina, con grandes letreros rojos y blancos, muy llamativo, abrió una puerta transparente y sintió el aire acondicionado. Era amplio con grandes exhibidores de golosinas, heladeras con muchas bebidas y un pequeño salón de juegos. Había máquinas electrónicas, billar y algún metegol.

Tenía hambre, fue primero a los exhibidores, había varios repletos de bebidas y comestibles. Uno sólo estaba apagado y los demás estaban encendidos. Eligió algo para comer, los clásicos emparedados de miga envueltos en papel de celofán. Mientras los disponía, pidió sus cigarrillos favoritos, los guardó y tomó

una lata de cerveza fría para refrescarse. Le pagó a la vendedora y ella, muy atenta, le sonrió.

Vio una mesada colocada junto a una pared y unas sillas vacías. Se acomodó. Mientras tanto pensaba sobre el problema que tenía que resolver. Notó, inmediatamente, que una parte del local que tenía las luces apagadas, había recuperado la electricidad.

Escuchó cómo, cerca de él, dos personas mayores hablaban de la electricidad del lugar, seguramente, habrían resuelto el problema, pensó. Entonces se preguntó porqué no buscar algún ayudante allí.

Le comentó a la vendedora su problema. Era la hija de los dueños del local, la joven, muy amable y extrovertida, le respondió con seguridad, que podría colaborar ya que conocía a alguien adecuado.

-Sé quién te podría ayudar – le contestó la joven.

Le gustaba un muchacho que se encontraba jugando con su hermano, ella quería quedar bien con el joven que había conocido hacía poco tiempo. Pensó que así ayudaría a los dos. Salió del mostrador y, con una sonrisa, le pidió a Andrés que la siguiera para presentárselo.

Pablo y el hijo del dueño del maxiquiosco se encontraban jugando a billar.

Mientras lo hacían compartían una cerveza fría.

La muchacha interrumpió el juego.

-Pablo, vení que te quiero presentar a alguien – le dijo la muchacha.

Su nombre era Karina, lo tomó por el brazo, y el joven la miró. Entre ellos había una simple relación de amistad, aunque ella dejara entrever que quería algo más.

-Sí, decime - le respondió mirándola interrogativamente.

-El señor necesita un ayudante para terminar un trabajo, quizá te pueda interesar – le añadió.

-Un gusto, me llamo Pablo.

-Yo soy Andrés.

Andrés decidió entonces con tranquilidad, relatarle el problema.

-Necesito un ayudante como mínimo para terminar un trabajo en una obra cercana – le acotó Andrés.

Fue agregando, además, algunos pormenores. Pablo le dijo que estaba con su amigo Pedro, quien estaba terminando un trabajo de electricidad. Pablo le pidió que lo esperara a él también, no tardaría mucho en llegar así podrían resolver el problema los tres juntos. Andrés decidió que valía la pena hacerlo.

-¿Seguimos con el partido? – le preguntó el hermano de Karina.

-No dejémoslo para otro momento – contestó Pablo.

Así se pusieron a ordenar la mesa de juego y se despidieron.

Pedro llegó con el dueño, se lo presentaron a Andrés. Pablo le explicó a su amigo la cuestión y Andrés les propuso algo a los dos. Con ellos sería ayuda suficiente, porqué no. Les comentó de la tarea y que, por poco que pudiera pagar, bien valdría la pena.

-Bueno y entonces, ¿Qué te parece? – interrogó Pedro.

Pablo le había quedado debiendo dinero a Karina por la bebida así que acepto.

-Vamos - le contestó el amigo.

Fueron a la obra y se pusieron a las órdenes de Andrés bien dispuestos a apoyarlo durante varias horas. Con esfuerzo y determinación adelantaron mucho, Andrés se dio cuenta de que Pablo era una persona hábil y con buena predisposición para todo lo concerniente a la carpintería: clavos, remaches, y listones de madera pulida enmarcaban la escena junto al típico aroma que desprende la madera. Finalmente parecía que podría terminarse a tiempo. Andrés estaba satisfecho. Durante el trabajo les preguntó qué hacían ellos en la ciudad y Pablo le contestó que era de Buenos Aires y que allí, simplemente, estaban de paso. Él, por su parte, les fue relatando sobre su necesidad de trabajo, su despido y todo lo que le estaba ocurriendo a él y, por ende, a su familia. En la charla coincidieron en que se vivían momentos difíciles y que no sabían cómo iba a terminar toda esa locura del momento.

La temperatura y el día eran agobiantes, ya entrada la tarde Pablo pidió entonces retirarse para descansar un rato y comprar una bebida fría para todos. Al llegar al maxiquiosco se encontró con la hija del dueño.

-¿Cómo te está yendo? – le dijo la muchacha.

-Muy bien, el trabajo es artesanal, la paga no es mucha, pero es interesante.

Vino entonces el hermano más pequeño de la muchacha, apenas un niño, la agarró a Karina de la mano y le reclamó con mucha insistencia, que fuera a la casa de la vecina a pedirle una pelota que había perdido. Él, frecuentemente, jugaba en la azotea y era usual que allí perdiera cosas. Con poca paciencia su hermana le contestó:

-Pero hacés siempre lo mismo.

El niño se lamentó con esa contestación y Karina, tocándole cariñosamente el cabello a su pequeño hermano, le contestó que estaba ocupada, no había

terminado su horario de atención en el negocio y no podían perder una venta, que en todo caso más tarde lo haría.

-¿Que perdiste? – le preguntó Pablo.

-Una pelota – respondió el niño.

Karina, amablemente, le explicó a Pablo que era una pelota de plástico de las que venden en el local durante la época de verano y le señaló con el dedo el lugar donde estaban exhibidas: una gran bolsa de plástico junto a los cigarrillos.

-Una de éstas – dijo la joven.

Pablo que tenía un poco de tiempo libre se ofreció para ayudarlo.

-Bueno vamos a buscarla entonces – lo invitó.

Karina se lo agradeció y los dejó a los dos, Pablo lo tomó de la mano y lo acompañó hasta la casa vecina. Tocaron timbre.

Luego de esperar varios minutos, la dueña apareció, una mujer de edad, de pelo blanco y arreglado, sola y que parecía de buen carácter, le preguntaron por la pelota.

-Miren, en verano los chicos suelen jugar en la calle y en las casas vecinas. A veces caen pelotas por acá, el jardín es amplio y cuesta encontrar algo, en algunos casos los chicos se ponen muy molestos, pero bueno, me fijo para ver si encuentro algo - dijo la señora.

Tuvieron que esperar, al poco tiempo llegó con una pelota de cuero reluciente, casi nueva, de gran valor, entonces Pablo la miró, se percató de que no era ésa.

-Espéreme señora – le dijo.

La señora se detuvo, se colocó detrás de la entrada. Pablo lo tomó al chico, se agachó y lo colocó cerca de él, de espaldas a la señora, para decirle algo en voz baja, sin que la anciana se diera cuenta de lo que pensaba:

-Mentile, decile que esa pelota es tuya porque vale mucho más.

Y el chico muy compungido le contestó:

-Mi papá me enseñó a no mentir.

Pablo lo miró con asombro.

-Bueno, está bien, decíselo - y con un gesto de desgano se resignó.

El niño se acercó al portón y le dijo a la señora:

-Disculpe, pero esa pelota no es mía.

-Bueno me fijo a ver si encuentro otra – dijo - y la señora se retiró.

Al rato volvió con la pelota de plástico.

-¿Es ésta tu pelota?

-Sí señora – contestó.

Pablo lo miró con la cabeza torcida y los brazos cruzados como reprobando.

-Me parece que hiciste mal negocio pibe.

La mujer, si bien era anciana, percibió algo de la conversación y en ese momento añadió:

-Llevate también ésta. La tengo desde hace un tiempo y nunca la vinieron a buscar, acá sólo me hace bulto, es el premio por tu honestidad - terminó diciendo con una media sonrisa de complacencia – y así el niño tomó las dos pelotas.

Pablo recibió la pelota de plástico y se quedó asombrado por cómo terminó la situación tras lo cual miró al costado y se encontró con Pedro quien le preguntó:

-Escuché sin querer la conversación, ¿por qué le pediste que mintiera?

-Porque pensé en la ganancia inmediata - contestó desatento.

-Te faltó Prudencia - añadió Pedro.

-No entiendo. ¿Por qué Prudencia?

-Si tenés Templanza y Fortaleza primero, la justicia llega después, esto es Prudencia, es decir, tener la capacidad de ver lo que no es inmediato.

-Bueno yo no entiendo lo que me querés decir, la Prudencia no me interesa. Mejor voy a comprar la bebida que vine a buscar y sigo con el trabajo - agregó Pablo ofuscado.

-Yo tengo que ir a comprar a la maderera algunas cosas que me pidieron – dijo el amigo y ambos se separaron.

Pablo acompañó al niño, compró la bebida y le dejó la pelota que sobraba a Karina, quien se puso muy contenta y el niño, feliz, volvió a sus juegos con su nueva pelota.

En cuanto Pablo se acercó a la obra, vio un vehículo muy elegante que estacionaba allí mismo. Era la arquitecta que, acompañada por algunos empresarios vestidos de traje, venían a inspeccionar las terminaciones.

La profesional, histérica por los problemas que tenía, llegó con un maletín. Los hombres, en general, no parecían conformes, le recriminaron algunas cosas, la trataron de gastadora y le recriminaron el sueldo que cobraba, sin embargo, notaron que el trabajo de ebanistería estaba bien hecho. Y se lo hicieron notar a Andrés, todos estaban conformes con su trabajo.

Durante las inspecciones, ella olvidó su maletín entre unas maderas que debían ser colocadas a último momento. Pablo, sin intervenir, llegó con la bebida pero decidieron seguir, por recomendación de Andrés, con el trabajo.

-Adelantaste mucho, parece que vas a terminar a tiempo – le dijo la arquitecta.

-Sí, eso creo, pude conseguir unos buenos ayudantes – contestó Andrés.

Así, brevemente, le presentó a la arquitecta su nuevo ayudante. Ella se retiró a discutir con los empresarios los últimos detalles. Finalizada la reunión recibió un llamado urgente del celular.

-Me tengo que retirar, tengo una emergencia, disculpen – dijo seca, cortante.

-La inspección ya está hecha, nosotros también nos retiramos – contestaron.

La arquitecta antes de retirarse se dirigió al ebanista:

-Andrés sos el último que queda, tomá las llaves, en cuanto termines avisame – le ordenó.

-De acuerdo – le contestó él.

La arquitecta inmediatamente se fue, y ellos continuaron con su trabajo. Faltaban colocar unos listones de madera, al moverlos se percataron de que había un maletín. Pablo lo miró a Andrés interrogativamente.

-¿Sabés de quién es esto? – dijo Pablo.

-Ni idea, ¿Qué hacemos?

-Abrilo y, por ahí, lo sabremos.

-Bueno, de acuerdo – aceptó Andrés.

Asombrado vieron que en el maletín había varios fajos de dinero. Andrés, de inmediato, pensó en las necesidades de su familia y en la promesa que había hecho de darles un mejor porvenir.

-Pablo, mirá, este dinero me viene muy bien, si querés lo repartimos y hacemos de cuenta que nunca estuvo.

-¿Por qué me lo decís? - insistió Pablo.

-Mi familia padece necesidad y este dinero me puede venir muy bien.

Entonces Pablo meditó y pensó en aquello que le había enseñado Pedro.

-Si te quedás con el dinero quizá no sea Prudente – continuó diciendo - ¿cómo va a terminar todo esto? Si vinieran por el maletín, ¿que pasaría?.

Andrés sintió que no era lo correcto quedarse con algo ajeno, quizás alguien lo necesitaría más que él:

-Está bien, espero que tengas razón, ¿pero cómo sabremos de quién es?, no creo que sea de los demás obreros.

-Dejáme ver – dijo Pablo, y revisando encontró en los bolsillos del maletín algo más que dinero - acá hay una tarjeta.

Andrés la miró:

-Es de una casa de quiniela, que está por aquí cerca, yo cuando vine pasé por ahí.

Decidieron tomar un descanso e ir hacia allí. Estaba a muy pocas cuadras y así comprobarían si el bolso era de alguien que tuviera que ver con la obra.

Cuando llegaron al negocio se encontraron con la arquitecta que, preocupada, estaba llamando por teléfono. Sospecharon que la maleta podría ser de ella.

Ella los miró y apagó el teléfono. Andrés se acercó.

-¿Ya terminaron su trabajo? – preguntó a modo de saludo.

-No – contestó Andrés.

-¿Y entonces?

-Señora, ¿usted se olvidó algo?

-¿Qué? - contestó ella desaprensiva.

Luego se quedó un minuto pensando, se dio cuenta de que podría ser.

-¡Mi maletín! – dijo angustiada.

- ¿Puede ser que sea éste?

Andrés le mostró lo que había encontrado y ella lo reconoció. Sintió un gran alivio, cuando se lo entregaron. Lo abrió y contó, rápidamente, el dinero.

Advirtió que no faltaba nada.

-Muchas gracias – dijo aliviada.

-De nada - contestaron juntos.

-Éste es el local de mi papá que se descompuso aquí y yo vine para reemplazarlo por unas horas. Me olvidé el maletín por el apuro, es para hacer un pago urgente, - contestó agitada.

-Nos vamos, en cuanto termine el trabajo le aviso – contestó Andrés a modo de dar por terminada la charla.

Y ambos se marcharon.

Se encontraron en la puerta de la obra con Pedro que había hecho las compras y se dispusieron a terminar con prontitud el trabajo. Les preguntó el porqué del atraso y se lo comentaron.

Un par de horas después llegó la arquitecta, quién, muy contenta, le dijo a Andrés:

-Mirá Andrés, no tengo dinero. Pero quisiera agradecerte de alguna manera el favor, puedo regalarte un billete de lotería, es un Quini, el premio es grande, sortea hoy, por ahí tenés suerte.

-Gracias señora - aceptó el obsequio casi más por no ofenderla que por esperar el resultado.

-A la suerte hay que tentarla – dijo Pablo.

Andrés guardó el billete de lotería con cuidado. Ya habían terminado la labor.

Ella tomó nota, vio el trabajo realizado y quedó muy conforme.

-Ya es tarde, mañana te espero en el local, así te hacemos el pago por el trabajo correspondiente – le dijo la arquitecta a Andrés.

Al día siguiente dejaron todo ordenado y se marcharon. Los muchachos lo acompañaron a Andrés y cuando llegaron al local, se enteró de que había ganado un premio. Afuera lo estaban esperando los compañeros. Con voz mesurada y muy contento les participó:

-¡Gané un premio!

-¡Fantástico! – se miraron y exclamaron al unísono.

-Bueno, al final voy a poder empezar con este premio el emprendimiento que estaba esperando hacer.

-Ahora podés empezar de nuevo – le dijo Pablo.

-¿Y ustedes, qué van a hacer?, yo ya terminé mi tarea, gracias a tu consejo, Pablo, ahora puedo salir de esta situación.

Pablo asintió con la cabeza, Andrés continuó:

-Ya les pagué por el trabajo que hicieron, no es mucho, ¿necesitan más dinero? – preguntó inquieto Andrés.

-No gracias – respondió Pedro.

-Seguimos viaje, estamos buscando algunas respuestas – contestó Pablo.

-Bueno ojalá las encuentren – afirmó Andrés con entusiasmo.

Y lo acompañaron a la terminal de micros, para que regresara con su familia.

-Mientras se iban pasaron nuevamente por el maxiquiosco, allí se quedó un momento Pablo con Karina, mientras ella le preguntaba:

-¿Se van?

-Sí claro – respondió Pablo.

-¿Y por qué no te quedás?, por ahí, de última, podés conseguir un trabajo acá con nosotros – le respondió la joven sugerente, conocedora de su belleza.

-Gracias por todo, pero no.

-Sos una persona especial, presiento que adónde vayas te va a ir bien – le dijo la muchacha.

Se despidieron. Con tristeza, ella lo vio partir.

Llegaron a la terminal y preguntaron por el viaje de regreso. El autobús estaba por salir, la gente formaba fila para subirse, era el único micro en esa misteriosa tarde. Andrés puso su bolso, que tenía las valiosas herramientas, en la parte de carga, subió y se despidió de los dos amigos. Les dejó un papel donde anotó su dirección y les dijo que vivía en el Gran Mendoza y que, si alguna vez lo necesitaban, lo buscaran en esa ciudad.

Al subirse, Pablo dijo.

-¿Tuvo suerte no?

-No, Pablo – contestó - no fue sólo cuestión de suerte, fue la consecuencia de la recta razón, la Prudencia.

-¿Te parece Pedro?

-Sí, claro, buenos fines, necesitan de buenos medios. Y los valores, para ser un buen medio, necesitan siempre actuar juntos de manera armoniosa, como un equipo. En este caso administrando correctamente la Justicia, la Templanza y la Fortaleza, obtuvo mejores resultados que con la mentira y el engaño, y eso, Pablo, es la esencia de la Prudencia.

-Entiendo.

-¿Vamos? – le preguntó Pedro.

-Sí, dale – le respondió todavía pensando en las deducciones de Pedro.

Estaban contentos, lo vieron a Andrés subiendo y ubicándose dentro del autobús, de modo que continuaron su misteriosa marcha. Era la hora de partir, un viento cálido empezó a soplar. Buscó el número de su asiento, luego de lo cual puso el pasaje en su billetera. En ese momento se le cayó de ella una estampita, no lo advirtió. Una señora que estaba en un asiento cercano le advirtió.

-Señor, se le cayó algo.

-¿Dónde? – respondió Andrés.

La mujer le señaló con la mano lo que se le había caído y observó un pequeño papel en el suelo. Lo levantó, intuyó algo. Se acordó, misteriosamente, de aquello que le había dicho su hija, vio la estampita, y tuvo una sensación extraña, era una sencilla estampita de San Cayetano Patrono del pan y del trabajo. Se quedó unos instantes observándola. La miró a la señora:

-Gracias – le dijo con una fuerza que le brotaba más allá de su garganta.

Después entró una suave brisa por una ventana abierta del micro, un pasajero la cerró. Entonces levantó la mirada y vio una paloma en una rama que luego voló. Después miró hacia la plataforma a ver si sus amigos aún estaban. Los buscó con la mirada para darles un último saludo pero ellos ya se habían marchado.

El conductor del micro le pidió que se sentara, el micro arrancó y comenzó la marcha. El día era hermoso y el movimiento de las ramas de los árboles anunciaban la llegada del tan temido viento zonda que comenzó a soplar. Lo advirtió desde su asiento, pero no lo molestó. El micro estaba lleno de

pasajeros y todos cerraron sus ventanillas, los remolinos de viento principiaron a levantar el polvo y las hojas del suelo y así, finalmente, meditando sobre todo lo que le había ocurrido, supo que había recibido, sin darse cuenta, algún tipo de amparo y volvió a guardar la estampita.

De esa forma, sobre ese día diáfano, seco y caluroso, el vehículo emprendió, lentamente, su marcha. El polvo que se levantaba del ripio acompañaba su movimiento, en esa misteriosa mañana.

CAPITULO 7:

FE, ESPERANZA, AMOR DE CARIDAD

Era una mañana de cielo claro, el sol apenas salía. Se encontraban en un parque enorme con grandes y frondosos árboles. Los dos amigos caminaban sin hablar.

-Pablo te noto preocupado, ¿Te pasa algo? – dijo Pedro abriendo el diálogo.

Se detuvieron un momento, el silencio se cortaba con un cuchillo hasta que el amigo le contestó con angustia:

-Si, mirá, hace rato que estoy pensando y hace mucho que sólo venimos dando vueltas. Me habías dicho que me podías ayudar a encontrar la fuente que... -

Pablo hizo un gesto, como señal de que se había olvidado, - ya me acuerdo: que me bilocó, no me salía la palabra. Y, sin embargo, ha pasado tiempo y no hay muestras de cambio. ¿A título de qué estamos en esto?

-¿A qué te referís? – preguntó Pedro.

-No estoy seguro, supongo que no encuentro respuestas, ¡que todo este esfuerzo es inútil!, me tendría que haber quedado en aquel lugar, al final no me ayudás en nada - exclamó con rabia y casi desesperado.

-Pero no me podés contestar así - le explicó extrañado el amigo.

-Pero sí, para qué cuernos me sirvió todo esto, ¡explicame!, ayudar a los demás, los valores, qué sentido tuvo todo este esfuerzo, ¿entendés?, si estoy hecho pelota al final.

-¿Pero qué te está pasando? – le preguntó Pedro con verdadera preocupación.

-¿Por qué no te vas de acá?, estoy hartito, cansado de todo esto, ¿sabés?

-Pará, tranquilizate un minuto.....- trató de aquietarlo mirándolo represivamente.

-Andate - le pidió el amigo.

-¿Qué? – Pedro lo miró extrañado por la demanda.

-Andate, yo me arreglo solo, no te preocupes - insistió con ira por segunda vez.

Pedro se quedó perplejo, no se esperaba esta situación, meditó y mantuvo el silencio, esperó otra contestación.

- Te lo digo por tercera vez, andate - repitió.

-Contené la bronca, podés tomar una mala decisión.

Un profundo sentimiento de cólera y desazón se había instalado en el ánimo de Pablo. Para él su relación de amistad con Pedro ya no tenía sentido, quizás su amigo al final, no fuera más que otro pobre fracasado, cosa que el aludido intuyó.

-¿Entendiste o no?, no te lo voy a decir otra vez – vociferó reafirmando su sentencia.

-No me vuelvas a contestar así otra vez, acordate de lo que hablamos cuando estábamos con Dante, ¿entendiste? - le regañó Pedro con calma, pero atento a sus reacciones.

-Yo puedo solo – le contestó con cierta arrogancia.

En ese momento, en la lejanía, se escuchó cantar un gallo, y Pedro recordó aquello que había hablado con su maestro:

“Señor, estoy dispuesto a ir contigo a la cárcel y a la muerte.”

“Yo te aseguro, Pedro, que hoy, antes de que cante el gallo, habrás negado tres veces que me conoces.”

Cuando se esfumó el recuerdo, volvió a pensar y se percató de que él también, de joven, había cometido la equivocación de rechazar a su maestro. Triste por ese viejo error, pero intuyendo la nueva situación, le dijo a Pablo:

-Ya no puedo enseñarte nada más, quizás alguien te esté esperando - caminó unos pasos hacia atrás y dando media vuelta se retiró lentamente. En ese momento, se le cayó un objeto brillante con forma de llave. Sin darse cuenta siguió. Pablo notó el objeto caído pero, embargado por la furia, no le avisó.

Decidió seguir solo, caminó unos metros, de repente se sintió mal, se colocó la mano en el rostro y se preguntó, “¿Qué hice?”. Entonces volvió a mirar hacia atrás pensando que quizás podría decirle algo más. Pedro ya no estaba, se había quedado solo.

Se empezó a desesperar, si había algo a lo que Pablo le tenía un profundo temor, era a la soledad.

Caminando, habló consigo mismo en voz alta: “Todo me sale mal” y le pegó un puñetazo a un bebedero que se hallaba cerca de él, luego tomó su mano dolorida.

Se sentó sobre una escalinata que había en el lugar, se encogió sobre sus rodillas y tomó su cabeza con las manos quedándose así un largo rato.

La mañana era fresca y el sol tibio, las horas pasaron y Pablo sintió el calor de los rayos. Ya no se sentía dominado por la ira, pero estaba triste, deprimido y apenado, no había vuelta atrás. Estaba perdido entre ambos mundos. “Cómo continuaría ahora”, se dijo. Se incorporó de esa posición casi fetal y se puso de pie.

Siguió caminando por unos instantes y algo le llamó la atención. Una gran bandada de aves se encontraba en las cercanías. Llegaban de todas partes y

se posaban para darse un festín. Con su canto melodioso ellas rompían con el silencio del lugar. Se dirigió hacia allí.

Vio una fuente de agua con azulejos decorados y un amplio banco hecho de listones de madera barnizada con una base de hierro de color negro. Había un niño en él y un espacio al costado para sentarse. El niño estaba vestido de blanco y tenía una hogaza de pan sobre las piernas y con sus manos separaba las migas para repartirlas a las palomas y gorriones que allí se acercaban.

Entonces Pablo se sentó y luego de un largo silencio refirió:

-Tengo hambre y sed.

El niño lo miró y le ofreció el pan y el agua que tenía en una hermosa cantimplora de cerámica, finamente torneada.

-Tomá – le anunció con serenidad.

-Gracias - respondió Pablo.

Comió y bebió, aquello que le era convidado, y notó lo extraña que era la cantimplora.

Al terminar, el niño lo miró un instante y le preguntó:

-Hacía rato que te esperaba, Pablo, ¿Por qué tardaste tanto?

-¿Me conocés?

-Un poco, y sé, además, que estás preocupado - respondió el niño.

-Si de algo te sirve, creo que estoy perdido y muerto, no tengo arreglo.

-¿No pensás que las cosas pueden cambiar? – sostuvo el niño.

-No estoy seguro, sé, por todo lo que aprendí últimamente, que las cosas están mal, que hay algo que no está funcionando bien, pero no sé ni cómo ni porqué – respondió muy preocupado Pablo.

-Es posible – afirmó el niño.

-Esto es un desastre, no tiene arreglo.

-No creas, las personas pueden renacer, ésa es la respuesta – alegó el niño.

-¿Pero qué es eso?

-Te aseguro que el que no renace de lo alto no puede ver el Reino de Dios.

-Eso es imposible. ¿Cómo un hombre puede renacer cuando ya es viejo?

¿Acaso puede entrar en el seno de su madre y volver a nacer? – precisó Pablo.

-Eso es lo que me preguntó Nicodemo hace mucho tiempo. Te aseguro que el que no nace del Agua y del Espíritu no puede entrar en el Reino de Dios. Lo que nace de la carne es carne y lo que nace del Espíritu es Espíritu. No te extrañes de que te haya dicho: “Ustedes tienen que renacer de lo alto”.

-¿Pero cómo es posible todo esto?

-Hacé memoria, quizás en tus recuerdos y en todo lo que aprendiste puedas, con seguridad, encontrar la respuesta.

Y Pablo recostó, otra vez, su torso y pecho sobre las piernas, se tapó el rostro con las manos y caviló. Buscó dentro de sí, intuyó. Entonces meditó con inspiración pensando que quizás, aquel niño, podía tener algo de razón.

Recordó aquello que le había dicho Pedro, en el sur, apenas llegados del Purgatorio y antes de conocer a Raúl: “Algunas cosas sabemos cómo empiezan pero no cómo terminan, no hagas daño inútilmente.”

Pablo, ofuscado, le había replicado:

”Yo hago lo que se me da la gana.”

Luego surgió un antiguo recuerdo. Memoró cuando era niño, que empujaba a otro compañero que tenía al lado y el padre mirándolo le dijo: “muy bien Pablito, aprendiste a pegar.”

Recordó algo más, aquello que le dijo Pedro, cuando la camioneta se descompuso y hubo que arreglarla por Juana: “Pablo se mostró curioso y les dijo que tenían suerte.”

A lo que Pedro le había contestado:

“No es suerte, las personas que tienen éxito en sus tareas son las más determinadas, nunca dejes un trabajo sin cumplir.”

Y volvió a recordar algo que le dijo su padre cuando era muy pequeño: “Pablito no hiciste tu tarea escolar, bueno no importa, si todo en la vida se hace sin trabajar.”

Y siguió pensando, aquella vez que había conocido al hermano de Karina y tuvo que buscar la pelota que había encontrado.

“Escuché sin querer la conversación, ¿por qué le pediste que mintiera?”

“Porque pensé en la ganancia inmediata”. Había contestado desatento.

“Te faltó Prudencia”, añadió Pedro en aquella oportunidad.

“No entiendo. ¿Por qué Prudencia?”

“Si tenés Templanza y Fortaleza primero, la justicia llega después, esto es Prudencia, es decir, tener la capacidad de ver lo que no es inmediato.”

“Bueno yo no entiendo lo que me querés decir, la Prudencia no me interesa. Mejor voy a comprar la bebida que vine a buscar y sigo con el trabajo”, había concluido Pablo ofuscado.

Luego le llegó otro recuerdo:

Iba con su padre a un comercio y, como no llegaba a comprar un artículo que necesitaba, pensó, dudó, pero al final, lo robó. Después su padre le había

dicho: “Muy bien Pablito, robaste, fuiste muy astuto y engañaste. Así tenés que ayudar a tu papá.”

Luego de recordar todas estas cosas reflexionó, lo miró al niño que lo acompañaba, y dijo:

-Toda mi vida estuvo mal y recién ahora puedo darme cuenta, ¿Por qué?

Y el niño le respondió:

-Ésa, Pablo, es la esclavitud del pecado, y ahora que te das cuenta, sos un hombre nuevo, un hombre libre.

Pablo se tomó la cabeza, se encogió en su propio cuerpo como era su costumbre, se puso a llorar y sus lágrimas cayeron al piso.

Y el niño se apoyó sobre su espalda para sostenerlo en ese momento de dolor.

Pablo, así se enderezó, y siguió reflexionando:

-¿De qué me sirve arrepentirme si yo al final no sirvo para seguir ninguna ley?

-La Ley es la letra, pero los dones y las virtudes perfectas, Pablo, son como la música, están para ser vividos y compartidos – aseveró el niño.

Meditó un momento, Pablo se dio cuenta de algo y le respondió:

-Entonces todo esto no se trata sólo de aprender a vivir sino también de aprender a escuchar.

-Exacto - añadió el pequeño.

Hubo un momento de silencio entre los dos. Se sintió algo confundido.

-¿Por qué desperdicias tu pan en esos pájaros?

- Yo no lo desperdicio, los hombres se parecen a estos pájaros, todos comen de mi pan, pero algunos son como los gorriones, comen de él se van y se

olvidan de mí, y por eso viven en peleas; pero otros son como las palomas comen de él y permanecen conmigo y por eso viven en paz.

Finalmente - añadió - tenés que tomar una decisión, si querés vivir como un gorrión o como una paloma.

-No entiendo - contestó Pablo.

-Ya vas a entender.

-¿Puedo darle yo también a las palomas?

-Sí claro.

Tomó algo de pan e inmediatamente se posó sobre su mano una paloma blanca para comer de él.

-Es una señal de buen augurio, hiciste un gran esfuerzo para llegar hasta acá, significa algo. Pedí un deseo y Dios te lo va a conceder - comentó el niño.

-¿Y qué puedo pedir? – se interrogó en voz alta Pablo.

-Meditá, seguramente ya lo sabés - le afirmó el niño.

El tiempo pareció detenerse. Como si ese momento fuese a durar para siempre.

Pablo reflexionó, sabía que tenía que pedir lo correcto y lo mejor.

-Ya sé, deseo..., deseo un corazón que sepa escuchar, que sea comprensivo, para juzgar y discernir entre lo bueno y lo malo.

El niño se alegró profundamente por la elección.

-Pediste un corazón sabio y entendido. Finalmente, Pablo, te das cuenta de que se necesita mucho más que los valores para obrar el bien y ser una persona íntegra, se necesita de un cambio de corazón y de los Dones Espirituales que vienen de Dios. Que así sea y recordá que el fuego que viene

del hombre a veces quita la vida, pero el fuego que trae la Energía de Dios, la renueva.

Y la paloma voló.

-Se fue - dijo Pablo.

Luego de ese momento hubo una conversación entre ellos, pero quedó sólo entre ellos, quizás el niño le hubiera dicho algo más. Al terminar ese misterioso diálogo sintió una enorme llama que venía de arriba y subió la mirada. Se levantó inmediatamente.

-¡Casi me incinero! – exclamó.

Miró hacia el costado y el niño ya no estaba.

-¿Dónde fuiste, Maestro? - dijo Pablo.

Caviló y miró a su alrededor, ya no estaba ni triste ni angustiado, estaba seguro de lo que tenía que hacer, sentía paz y felicidad. Volvió sobre sus pasos, y encontró la llave de plata que se le había caído a Pedro. Se inclinó y, al tomarlo, dijo para sí mismo en voz alta: “Es hora de volver”.

De repente todo se volvió oscuro, y regresó al lugar donde se hallaba cuando se había despertado y encontrado, más tarde, con Dante. Estaba nuevamente en aquella selva oscura cercana al Infierno.

Seguía la penumbra, pero no se angustió, se sentía seguro y escuchó una voz femenina cerca de él. Se oía en dirección a su espalda, giró su cuerpo y la divisó:

-Pablo, corazón. ¿Dónde estabas?, te busqué pero no pude encontrarte, algo nubló mi visión.

Pablo giró su cuerpo

-Me acuerdo de vos, ¿Quién sos?

-¿Ya te olvidastes de mí? Soy Alexandra.

-Ah, ya sé. Vos sos la chica que conocí en la fiesta de Gino.

Ella, de un modo muy seductor, le contestó:

-Así es Pablo. ¿Dónde estuviste?

- Con unos Amigos, quizás vos sepas qué hago acá entonces.

Ella se extrañó por la respuesta, no esperaba eso, abrió los brazos, miró a su alrededor y con un feo gesto de rechazo le dijo:

-¿Con unos amigos?, ¿Dónde están?

Pablo no contestó. Entonces ella lo miró provocativamente y sonrió.

-Vení, seguime, éste no es lugar para hablar.

Lo tomó de la mano. Entonces Pablo le preguntó:

-Esperá, ¿quién sos?

-Ya te lo dije, ¿tanto te interesa? – le contestó con indiferencia Alexandra.

Mientras caminaban el lugar cambiaba, se hacía todo oscuro y aparecieron algunas luces tenues. En esa penumbra no se notaban paredes ni límites de algún tipo. Había en el lugar ciertos muebles acomodados, esparcidos por aquí y allá, sobresalía entre ellos un gran televisor.

El lugar estaba iluminado por velas sostenidas por altos pedestales y una gran chimenea donde había un fuego que dominaba la escena.

-Si querés podés acomodarte en algún lugar - sugirió Alexandra mientras rozaba sus dedos sobre los muebles.

-Busco respuestas.

- Ah ya, respuestas. La verdad es que yo te biloqué, estás en dos lugares simultáneamente, con un cuerpo sutil por un lado y uno físico por el otro, no hubieras sobrevivido al accidente sino lo hubiera hecho, ¿esto era lo que querías saber?

-Bueno ahora ya tengo una respuesta, ¿te lo debo agradecer entonces?

-Sería bueno, ¿no te parece?

-¿Por qué lo hiciste?

-Hay un tema pendiente entre nosotros, la charla quedó, en parte, inconclusa, además noté algo en vos que me llamó la atención.

-¿Qué cosa?

-Lo que hablamos esa noche.

-¿Te parece importante? En los últimos tiempos las cosas no me estuvieron saliendo para nada bien - continuó Pablo.

-Ya sé, te referís a Helena. Una chica fina, hermosa, de buenos modales y buen pasar económico. ¿Pero sabés qué?, olvidate de ella, le gusta otro muchacho y, aparte, no va a perder ni cinco minutos de su tiempo con alguien como vos, para ella sos un mediocre y un tarado.

-Eso ya lo sé - añadió con tristeza.

-Es bueno que lo sepas - y Alexandra se dirigió a un pequeño mueble que había cerca y tomó dos copas y sirvió una bebida, - tomá algo conmigo y vas a ver que te vas a sentir después mucho mejor - continuó diciendo sin sacar su mirada de él.

-No, gracias, no quiero.

-Olvídate de ella Pablo, yo sólo quiero que te sientas mejor, además, puedo alivianar el peso que te oprime, no es poco lo que te ofrezco, si me hacés un lugar en tu vida, puedo lograr que sea fácil y exitosa - y añadió - son los vivos los que tienen éxito.

-Sí, como el que me encerró con el auto.

-No le echés la culpa a nadie por lo que te pasó. Los errores se pagan ya en esta vida. Estás en esta situación por la Regla del Retorno. "Cosecharás tu siembra", ¿conocés esa frase no?

Pablo no contestó, se mordió los labios. Ella se acercó, bebió lo que tenía en el vaso y lo acarició.

-¿Me deseás?

Pablo evitó la contestación mirando en otra dirección. Entonces ella tomó los breteles de su vestido negro y los hizo caer al costado de sus hombros, y su vestido cayó.

-¿Qué te parece así?

Alexandra quedó en ropa interior y lo tomó con su mano del mentón y la mandíbula y lo besó, y con el otro brazo lo acercó apoyándolo sobre su espalda.

Pablo puso sus manos sobre los hombros de ella y tomó distancia.

-Disculpame, Alexandra, pero no te deseo - respondió Pablo.

-¿Me decís que no, me rechazás?, recordá que estás bilocado.

Hubo un momento de silencio, subió su vestido rápidamente y le habló con despecho:

-Voy a entretenerme entonces con la realidad Pablo, y vamos a ver qué decidís, si querés que estemos juntos o morirte de pena frente a lo que te voy a mostrar ahora.

Alexandra tomó un control remoto y le señaló la pantalla de un televisor, lo encendió y añadió:

-Observá con cuidado lo que te voy a mostrar.

-¿Qué cosa? – preguntó Pablo.

-La Argentina se caracteriza porque en cada década prevalece un vicio por sobre todos los demás.

Hubo un minuto de silencio entre ambos.

-Cuando naciste Pablo, en la década del '70, fue la década del **odio**. Los hombres se entregaron a ese vicio, creyeron que la muerte y la violencia podían resolver los problemas, y el odio triunfó.

-Mirá Pablo.

Y sobre la pantalla surgieron imágenes de la década del '70:

La increíble llegada de Perón a la Argentina. Sobre un improvisado balcón para recibir al líder en Ezeiza, los dirigentes peronistas exhibiendo sus armas para finalmente disparar a los jóvenes que esperaban a Perón con un saldo trágico de muertos y heridos.

El cruel asesinato de Rucci en la puerta de su casa y su triste velorio.

La asunción de Isabelita, sus violentos discursos y López Rega dictándole lo que iba diciendo.

El golpe de estado del '76 y la asunción de los jefes militares.

El apoyo de los civiles.

Los operativos militares con miles de detenidos y desaparecidos.

Los infames festejos del Mundial de 1978.

Los militares torturando en la ESMA, picaneando mujeres desnudas, fusilando adolescentes (los chicos de la noche de los lápices) y robando bebés.

Las infames declaraciones de Camps justificando la masacre de Jóvenes inocentes.

Las madres de Plaza de Mayo en sus primeras rondas.

La guerra de Malvinas. El discurso de Galtieri en el balcón. Los soldados sin abrigo y enfermos, otros estaqueados. La rendición a los ingleses. Los festejos británicos.

Finalmente las imágenes se detuvieron. La pantalla se apagó.

Alexandra y Pablo se observaron y ella continuó su discurso.

-Los '80 – con un gesto de desagrado dijo la joven - fue la década de la **pereza**.

Los hombres soñaron con la democracia, con la esperanza que da la libertad, pero los sueños durmieron y nunca se concretaron.

Y Alexandra tomó de nuevo el control remoto y le mostró otros archivos:

Imágenes con los continuos cambios de precio y la inflación cabalgante.

Mesas de dinero y financieras amasando fortunas.

Gente haciendo colas en las puertas de Bancos y Casas de Cambio para comprar y vender dólares.

Cierre de fábricas y continuos reclamos sociales que nunca tuvieron respuesta.

La pobreza en aumento.

Colas en las calles para obtener un miserable puesto de trabajo.

Paros Generales y conflictos entre políticos y sindicalistas.

Economistas mintiendo en sus disparatados discursos ignorando la realidad.

Vaciamiento de Empresas, fortunas amasadas en las mesas de dinero, hiperinflación y saqueos.

La renuncia anticipada del presidente y su traspaso del cargo al nuevo.

Las imágenes de la pantalla se detuvieron.

-Y ahora, finalmente, mi década favorita – levantó la cabeza y las manos como festejando de antemano lo que le estaba por decir. Alexandra continuó con una cruel sonrisa de satisfacción -. La los '90, la segunda década infame. Fue la década de la **avaricia**, los hombres sólo pensaron en la comodidad del dinero fácil y la avaricia triunfó.

Y le mostró imágenes de gente haciendo cola para comprar electrodomésticos y chucherías importadas.

Todo por 2 pesos.

Los discursos exitistas de los políticos.

Los increíbles festejos en los programas periodísticos por las privatizaciones.

Los Menemtruchos.

La Ferrari y los bailes del presidente con odaliscas.

Maria Julia y el tapado de visión.

Las valijas de Amira Yoma.

Miles de chicos argentinos luchando por sobrevivir buscando alimento en la basura.

Aperturas de grandes cadenas de supermercados y cierre de pequeños negocios.

Fábricas quebradas.

Viajes al exterior y todo tipo de ostentación.

Aumento de las protestas sociales, primeros piquetes.

Niños pidiendo en la calle y haciendo malabares.

Gente desesperada suplicando el pan duro en las panaderías.

-Finalmente Pablo, a estos malaventurados, después de tantas “avivadas” y de tantas imprudencias, les terminó pasando lo peor. ¡Ya no sienten nada por los valores que Dios pone en el corazón de los hombres! – exclamó - , ¡ya no sienten **Amor por Dios** ni por el **Prójimo**, ya no sienten la **Fe** ni la **Esperanza**! Ya no les queda nada. Se quedaron vacíos, no tienen el valor para levantarse y salir adelante. Mirá ahora lo que está pasando en la Argentina:

Alexandra tomó el control remoto y le mostró:

Las colas en los bancos y las discusiones para retirar los dólares.

Los primeros “arbolitos”.

Saqueos en general, saqueos a los supermercados, los pequeños negocios desvalijados, un chino y su familia llorando porque le vaciaban el negocio, y la policía observando sin hacer nada. Un hombre robando un display de papas fritas y chizitos y justificando su accionar ante un periodista.

Los disparos en los bancos.

Discusiones inútiles de los políticos.

Las primeras imágenes de la Plaza de Mayo, el día jueves por la noche del 19 de diciembre, con un periodista y un vehículo que se acercó, luego del discurso del presidente y la gente de los barrios aledaños acercándose para manifestarse.

La represión de esa noche.

Alexandra satisfecha por todo lo que le había dicho a Pablo, sintió que era suficiente.

Tomó el control remoto para apagar el televisor.

Lo observó tratando de adivinar sus sentimientos. Y le añadió:

- Pero vos Pablo parece que sos otra cosa, parece que sí te queda algo de dignidad, ¿decime?:

Y con enorme furia continuó:

-Y ahora, ¿Sin tu Amor y sin la esperanza de un futuro mejor, con qué me vas a rechazar, con qué te vas a levantar y salir adelante sin mí?

Pablo meditó, y finalmente con serenidad y discernimiento le respondió:

-Comprendo todas estas cosas sin odio y sin desánimo. Cada vicio tiene un valor que se le opone, vamos a ver entonces:

Tomó el control remoto, encendió el televisor y le fue indicando:

-Al **Odio** se le opone la **Templanza**.

Y apareció por la pantalla aquello que le había enseñado Pedro, cuando conoció a Raúl:

“Luego de esto se acercó a los dos amigos y les dijo que quizás les podría conseguir trabajo a ambos. Sin embargo Pedro le contestó que tenían que seguir otro camino.”

“¡Cómo cambió de actitud!”, había dicho el joven.

” A veces, Pablo, para apreciar un valor, es necesario conocer primero su opuesto y, en este caso, un hombre supo del valor de la templanza porque fue conciente del precio de su opuesto: el odio”.

Pablo lo había mirado extrañado, pero sintió que tenía razón. Asintió moviendo la cabeza. Luego de lo cual había tocado el hombro de su amigo, se sonrieron y se encontraron enormemente aliviados.

Las imágenes se detuvieron, la pantalla se puso lluviosa, sin voz.

Luego hizo que comenzara otro archivo:

-A la **Pereza** se le opone la **Fortaleza** – le dijo mientras se exponía la evidencia:

“En la casa, mientras Pablo cocinaba unos panes en el horno, le había preguntado a Pedro qué le quiso decir cuando se encontraron.”

“Quizás te diste cuenta de la importancia de la Fortaleza.”

En aquel momento Pablo se había interesado.

“¿Y por qué es importante la Fortaleza? “

” La fortaleza, es la virtud que nos permite superar las dificultades en los trabajos que realizamos, y esto es muy importante, porque la felicidad, Pablo, es siempre producto del esfuerzo hacia el Bien”, terminó respondiéndole Pedro.

Extrañado por la afirmación, le había replicado:

“¿Qué la felicidad es siempre producto del esfuerzo hacia el Bien? ¿Te parece?”

“Claro que sí, comprobalo vos mismo”, había contestado Pedro.

Las imágenes se detuvieron.

Continuó pasando experiencias ya vividas:

-A la **Avaricia** se le opone la **Justicia** – le añadió y le mostró accionando nuevamente el control remoto:

“A veces los valores se oponen entre si, y cuando esto ocurre lo justo es que prevalezca el valor mas importante,”

-“¿Y cuál es ese valor?”, “¿el valor mas importante?”

-“El Amor de Caridad, el Amor a Dios y al Prójimo es el valor más importante.”

-“¿Y quién es mi prójimo?” – había preguntado Pablo.

-“Quien necesita de tu ayuda” – había respondido Pedro.

El televisor quedó *Stand By*.

Y añadió:

-Para la correcta administración de los valores morales, la **Prudencia** - y le enseñó lo que había vivido con Andrés en otra imagen:

“¿Tuvo suerte no?”

“No, Pablo – le había contestado - no fue sólo cuestión de suerte, fue la consecuencia de la recta razón, la Prudencia.”

“¿Te parece Pedro?”

“Sí, claro, buenos fines, necesitan de buenos medios. Y los valores, para ser un buen medio, necesitan siempre actuar juntos de manera armoniosa, como un equipo. En este caso administrando correctamente la Justicia, la Templanza y la Fortaleza, obtuvo mejores resultados que con la mentira y el engaño, y eso, Pablo, es la esencia de la Prudencia.”

“Entiendo.”

- Y finalmente para la perfección de lo moral, **LA CARIDAD**, el amor a Dios y al prójimo y así por último le mostró lo vivido:

“Había tomado algo de pan e inmediatamente se posó sobre su mano una paloma blanca para comer de él.”

“Es una señal de buen augurio, hiciste un gran esfuerzo para llegar hasta acá, significa algo. Pedí un deseo y Dios te lo va a conceder”, le había comentado el niño.

“¿Y qué puedo pedir?”, se había interrogado en voz alta Pablo.

“Meditá, seguramente ya lo sabés”, le había afirmado el niño.

Pablo había meditado, para pedir lo correcto y lo mejor.

“Ya sé, deseo..., deseo un corazón que sepa escuchar, que sea comprensivo, para juzgar y discernir entre lo bueno y lo malo.”

El niño se había alegrado por la elección.

“Pediste un corazón sabio y entendido. Finalmente, Pablo, te das cuenta de que se necesita mucho más que los valores para obrar el bien y ser una persona íntegra, se necesita de un cambio de corazón y de los Dones Espirituales que vienen de Dios. .”

Entonces Pablo terminó diciendo:

-Creo que tengo con qué levantarme y seguir adelante, ¿no te parece?

Alexandra lo miró con un gesto de asombro.

-¡Pero si a vos todo te sale mal!, ¡Esto no es posible! – exclamó incisiva Alexandra.

Alexandra y Pablo se miraron fijamente durante un segundo.

-¡Sos un tonto! – afirmó con odio Alexandra.

Ella ya no podía retenerlo. Entonces dio media vuelta y se fue, y su figura de desvaneció en la oscuridad...

Pablo se quedó sólo y recordó aquello que le había dicho el niño acerca del fuego, miró sus manos y todo se hizo ígneo y resplandeciente...

Pablo se levantó sobresaltado sobre la cama del hospital.

Graciela, su tía, lo miró asombrada.

-Pablo te recuperaste, ¡qué milagro!

-Creo que tuve un largo sueño.

-¿Cómo te sentís?

-Bien, pero algo mareado.

En la habitación Pablo apoyó los pies en el piso y miró que tenía una llave de plata, a lo que su tía comentó:

-Pero eso no lo tenías antes.

-Lo perdió un amigo, pero seguro de que está muy lejos.

Un enfermero se encontraba en la habitación levantando algunos instrumentos que habían colocado los médicos. Al llegar uno de ellos le pidió que se retirara. Lo vio a Pablo y se sonrió, cerró la puerta tras marcharse. En el pasillo se encontró con alguien más quién le preguntó al enfermero:

-¿Pedro, que pasó que dejaste tu trabajo?

-¿Acaso cuando se pierde una oveja, el pastor no deja el rebaño y no cesa hasta encontrarla?

-Es verdad, pero eso te lo enseñé yo.

-Así es.

Y los dos contentos se marcharon juntos por los pasillos, donde se abrió una intensa luz y sus figuras se desvanecieron.

-Pablo, Giselle me trajo hace algunos días algunas cosas de casa, podés cambiarte, esperame que ahora yo hablo con los médicos.

Los médicos lo observaron. Viendo que estaba bien, la llamaron a Graciela. En el pasillo y con la reserva del caso se lo notificaron a ella y autorizaron la salida del paciente.

-Ya te dieron el alta, pero tenés que tomar alguna medicación – dijo Graciela.

-Está bien.

-Pablo, yo tengo que ir a hacer unos trámites en la mesa de entradas.

-¿Estás sola?, ¿Y Giselle?

-Ya hablé por teléfono con ella. La vas a encontrar en el estacionamiento de la entrada con el coche.

-Voy para allá - le contestó con una sensación de paz.

Se cambió utilizando la ropa que le había dejado Graciela y se fue con tranquilidad de aquel lugar, llegó a la entrada y, al mirar la calle, no la pudo divisar a Giselle, pero sintió una presencia al lado suyo.

-¡Bienaventurados los puros de corazón por que ellos verán a Dios!

Pablo giró, vio una figura familiar y se alegró.

-Hola, Dante.

-Hola Pablo.

Dante hizo un momento de silencio y continuó diciendo:

-Te felicito, venciste el pecado por medio del único camino posible, a través del camino del bien.

-Gracias, estoy muy aliviado, ya terminó todo.

-No Pablo, con la Vida Eterna y la Gracia de Sabiduría vos podés ahora hacer por los demás lo que tus Maestros hicieron por vos, no te olvides.

-¿Qué me querés decir con eso?

-Es la Regla de Oro, haz por los demás lo que te gustaría que hicieran por ti.
¿Contamos con tu ayuda?

-¿Pero por qué me decís eso?, ¿acaso es Justo?, ¿los demás hicieron algo por mí?, ¿les debo algo?

-Lo que decís es justo pero inmisericorde, la Justicia y los valores morales son disposiciones humanas y por eso imperfectos por su propia naturaleza, así deben ser perfeccionados por la Ley de Dios, el Ágape, el Amor al Bien. Lo que te estoy pidiendo no es Justicia sino Benevolencia.

-Eso es difícil.

Pablo asintió y movió la cabeza afirmando aquello que Dante le dijo. Y continuó:

-Las personas simples y sencillas están siendo oprimidas por el deseo del mal, la ignorancia y el engaño. Vos podés rehabilitarlas.

Pablo lo observó durante un momento y le preguntó:

-¿Pero vos pensás que como están las cosas en este país pueden cambiar?

Dante se lamentó por aquello que Pablo dijo, pensó que quizás él no comprendiera bien el mensaje. Entonces movió sus manos, con las palmas hacia arriba y le aclaró:

-Claro que sí. El Reino de Dios, se parece al gusano que primero se hace capullo, se transforma y del que al final sale una mariposa. Es también, como el árbol desnudo, que al llegar la primavera brota, se llena de hojas y finalmente fructifica. ¿Comprendés ahora?

Pablo meditó un momento aquellos que Dante le enseñó, luego añadió:

-Es también como la Parábola del Tesoro Escondido, ¿No?

-Así es. Hallaste el Tesoro. Ahora sos una persona nueva, como un niño, tenes un mundo nuevo que descubrir. No te olvides de todo lo que aprendiste.

¿Contamos con vos?

-Si, claro.

Entonces apareció Graciela, que lo miró asombrada.

-Pablo, ¿estás bien?, ¡hablás solo!

-¿Te parece? - entonces miró hacia un costado y donde estaba Dante sólo había una paloma la que inmediatamente voló.

Graciela escuchó a alguien que la llamaba.

-Allá esta Giselle, recién llega, seguramente. ¿Vamos Pablo? - le dijo Graciela.

-Dale.

Se encontraron y su prima se alegró de verlo bien. Finalmente estaban juntos los tres, felices y parecía que al final todo terminaría bien para ellos. Y así se marcharon en el vehículo de Giselle.

Mientras viajaba, Pablo sintió en su mente una emoción que no era suya, tomo su cabeza y se reclino sobre su pecho.

-¿Que te pasa Pablo? – grito Giselle.

El coche se detuvo, su tía lo miro.

-¿Volvemos? – pregunto Graciela mirándolos a los dos.

Pablo se reincorporo lentamente, extendió su mano

-Esta todo bien, llévame a donde te diga, ellos están cerca.

Ellas se miraron desconcertadas.

-Bueno vamos – dijo Graciela

Durante el trayecto vio a dos de sus viejos amigos con unas pancartas.

-Perdón pero yo quiero bajarme acá.

-Pablo, ¿estás seguro?, ¿no querés ir a casa? – preguntó Graciela.

-No te bajes – dijo Giselle.

-Están mis amigos, tengo que ir a verlos, después voy para allí.

-¡Tené cuidado, mirá que están reprimiendo en Plaza de Mayo, hay muertos y heridos, no vayas para allá!

-Quedate tranquila, no quiero líos.

Pablo se bajó del coche, y se acercó a sus amigos.

- Hola, ¿para dónde van?

-Hola Pablo, justo estábamos pensando en vos, vamos para Plaza de Mayo, hablamos con Graciela y Giselle pero no tuvimos tiempo de ir a verte, con el desastre que está pasando.

-No vayan, no tiene sentido, ¿qué van a cambiar así?

-No hay otro remedio, los políticos son todos unos ladrones, se quedaron con nuestros ahorros...

Los tres se miraron. Hubo silencio entre ellos, quizá ya las palabras estuvieran de más. Pablo se ofuscó, le parecía absurdo que ellos se arriesgaran a ir hacia el lugar del desastre.

-Yo no voy a ir hasta allá, es una locura.

-Nosotros seguimos – le contestaron.

-Pero...

Entonces dio media vuelta y decidió irse pero Giselle ya se había marchado. Sus amigos siguieron otro camino, y mientras se iba pensó y exclamó:” ¡Es increíble que sean tan estúpidos!”

Se retiraba de la plaza cuando pasó por una esquina. Había una pizzería amplia, luminosa con un gran televisor. El local llamó su atención. Fijó la mirada en la pantalla y vio cómo, en la plaza, se sucedían las imágenes de la represión.

La gente miraba anonadada, eran pocos, los mozos, el cajero y algunos comensales. Ellos se acomodaban frente al televisor como metales al imán. El televisor parecía tener tanta vida propia como para absorber a los televidentes. Bajó la mirada y suspiró. Miró hacia atrás y pensó en todo lo que había pasado en su vida. Helena ya era un recuerdo, todo lo que había aprendido también. Con una mezcla de alegría y tristeza miró hacia adelante y decidió seguir. Y vio a un mendigo que llevaba su carrito de supermercado y, detrás de él, iban dos niños mal vestidos.

Pablo lo miró y dijo:

-¿*Quo Vadis, Domine?* (en latín: ¿Dónde vas Señor?)

-Sigo a tus amigos para que me crucifiquen por segunda vez.

Él advirtió en su corazón quién era.

El mendigo siguió su camino y Pablo pensó aquello que le había dicho Dante: “¿Contamos con vos?”

Y la respuesta que él le había dado: “Sí, claro”.

Entonces meditó y sintió que no podía traicionar a sus maestros. Se entristeció y se arrepintió de lo que había hecho con sus amigos.

Observó al mendigo y luego a sus compañeros que se marchaban. Por unos instantes no pudo moverse. Pero, pese a todo, sabía en su corazón que podía evitarles lo peor.

Volvió rápidamente sobre sus pasos y se acercó a ellos.

-Esperen tenemos algo más importante que hacer.

-¿Qué cosa? - preguntó uno de sus ellos.

-¡Pescar hombres!

-Uy, Pablo ya conozco esa historia, no vengas con eso, decime ¿si te pegan en una mejilla, qué vas a hacer, dar la otra?

-Eso significa algo - respondió Pablo.

-¿Y qué significa?

-Que no podemos crecer como personas sino perdonamos con humildad las ofensas que nos hacen los demás.

-Pero Pablo - continuó su otro amigo -, que cambien los demás primero y después cambiamos nosotros.

-¿Te puedo hacer una pregunta?

-Sí.

-Vos en tu casa tenés un amplio jardín con árboles frutales, ¿no es cierto?

-Sí, claro.

-Y cuando los árboles dan fruto, ¿vos que hacés?, ¿esperás que los pájaros salvajes coman primero para después recoger lo que queda?

-¡No!, ¡cómo voy a hacer eso!

-Bueno, si esperás que los demás cambien primero, eso es lo que estás haciendo.

El mendigo siguió sus pasos. Pasó cerca de ellos sin que lo advirtieran, se detuvo y se sentó en un banco.

Pablo se agarró de los hombros de sus amigos, y les mostró al mendigo, pero ya no era un mendigo sino Cristo. Ellos al verlo se taparon el rostro.

Pablo los soltó y volvieron a ver al mendigo.

Entonces les dijo:

-No se preocupen, yo tengo la Fe y la Esperanza de que las cosas van a cambiar, un Maestro me enseñó cómo.

Pablo les relató aquello que sabía, y sus amigos al terminar de escucharlo dijeron:

-Pero yo nunca había escuchado esto.

-Y yo tampoco respondió el otro.

-¿Vamos?

Uno de sus amigos tomó las pancartas y las dejó en el chango del mendigo.

-¿Y ahora qué hacemos?

Entonces Pablo les dijo:

-Tenemos que continuar con lo que empezó hace 2000 años.

Pablo recordó la llave que mantenía en su bolsillo, lo tomó y lo observó. Tuvo una visión:

Estaba Jesús caminando por el Mar de Galilea y mientras sus huellas se borran por las olas de ese pequeño mar, se acercó lentamente a una barca.

Se encontraban dos hombres discutiendo fuertemente entre sí. Levantó sus manos y los llamó.

Eran Simón Pedro y su hermano Andrés, a quienes dijo:

-Sígueme, y yo los haré pescadores de hombres.

Jesús le dio a cada uno una llave.

Y cada uno tomó la llave que Jesús les ofrecía.

Dejaron sus redes y lo siguieron.

Entonces Pablo dijo:

-Esta llave ya no es para mí – y se lo entregó a un amigo.

-¿Que es esto?- pregunto con curiosidad.

-Es la llave de la ciencia, la llave del mundo – contesto Pablo.

-Gracias – y su amigo respondió amablemente con una sonrisa.

Y todos juntos se marcharon por esa amplia plaza, mientras el sol salía pleno esa mañana.

Entonces, una paloma se posó sobre la mano de un niño todo vestido de blanco a quién acompañaba otro vestido de igual manera. Se acercaron al mendigo que ahora era Cristo.

Uno se colocó a la derecha y otro a la izquierda.

Entonces el primero le preguntó:

-Maestro, ¿Qué le enseñaste a Pablo?

-Lo que le enseñó a la humanidad desde hace dos mil años:

“TE ASEGURO

QUE EL QUE NO RENACE DE LO ALTO

NO PUEDE VER EL REINO DE DIOS”

Y el niño a su izquierda dijo:

JUAN, CAPÍTULO 3 VERSÍCULO 3

Cristo lo observó, asintió con la cabeza y le respondió:

-Así es.

Y el niño a su derecha preguntó:

-¿Maestro, y qué significa?

Y Cristo respondió:

-Como le ocurrió a Pablo, cuando los hombres escuchan y viven la Palabra de Dios, el Reino de los Cielos surge con fuerza, y los hombres renacen y perciben el Reino, y cuando esto sucede, la sociedad cambia para beneficio de todos.

El niño a su izquierda le dió su paloma, Cristo la tomó y al soltarla dijo:

- ¿Cuento también con vos?

-Amén, respondieron los niños.

La paloma voló hacia ese nuevo amanecer, la plaza en la que habían permanecido se encontraba vacía.

Pablo y sus amigos ya no estaban.